







EL QUIJOTE Y SU ÉPOCA



# EL QUIJOTE Y SU ÉPOCA

POR

JOSÉ DE ARMAS

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y «THE HISPANIC SOCIETY  
OF AMERICA»; INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA DE LA  
HISTORIA, DE CUBA, ETC.

= 63<sup>bis</sup> =



RENACIMIENTO

MADRID  
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES  
LIBERTAD, 172

1915

ES PROPIEDAD

---

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono 4.967.

## PRÓLOGO

A Cervantes, dice Víctor Hugo, hay que leerlo «entre líneas», porque «tiene su aparte». Más que un *aparte* existen muchos en el *Quijote*. Hay sátiras numerosas contra hombres y sucesos de la época, constantes alusiones, que llamaríamos hoy de *actualidad*, y las cuales saltaban de la pluma del autor mientras escribía la regocijada historia de su hidalgo.

Imposible que fuera de otro modo. Los que sólo ven en el *Quijote* una obra de imaginación y una sátira contra los libros de caballerías, no comprenden el genio de Cervantes. La novela y la sátira forman la armazón, el esqueleto del libro. Todo el resto, los rellenos que lo completan, hasta su alma, ha sido tomado de la realidad, admirado ó sufrido en la vida. Ningún gran escritor ha hecho jamás otra cosa. Nin-

gún gran genio creador ha apartado la vista de su país y de su tiempo.

No es concebible, por ejemplo, que Dante describiera en las torturas eternas sólo á personajes históricos y legendarios, y á sus contemporáneos los olvidara; que viera las sombras de París, Tristán e *piu de mille* de los grandes pecadores del amor y no tuviera un recuerdo para Francesca y Paolo. De la propia manera sería imposible que Cervantes, insigne artista observador de los hombres, y además, soldado en Italia, cautivo en Argel, empleado del Tesoro, autor dramático, pretendiente á un destino en América, á otro en Nápoles, todo lo cual significa, como también su biografía lo demuestra con hechos, que se ocupó siempre de los asuntos públicos de su país, dejara de sembrar de «apartes»—es decir, de alusiones intencionadas á la política, á los árbitros de ésta, y en general, á cuanto llamara grandemente la atención en España—el libro en que trazó un cuadro tan completo de la sociedad española.

La expulsión de los moriscos; las amenazas de guerra con Turquía en tiempos de don Felipe III; la Inquisición; el problema, candente

aun antes de entonces, de la exuberancia del estado eclesiástico; los escándalos de la Corte y la ceguera ó «encantamiento» del Rey; la altivez y cinismo de Lerma y sus paniaguados; los grandes robos al Tesoro; la prevaricación é injusticia de los jueces; las necedades del conde de Cabra y de los duques de Villahermosa; los amores de Lope de Vega y sus malandanzas con cómicos; y otros personajes, acontecimientos y hasta instituciones: unos encumbrados, otros humildes, unos claramente zaheridos, otros con mayor embozo, unos amonestados con gravedad, otros blanco de burlona alegría, recibieron así, como por turnos y según iba desarrollándose la acción de la obra, los dardos del gran satírico. La época—Víctor Hugo lo observa también—no permitía el ataque abierto y franco.

Quienes leyeren este libro hallarán en él más ampliadas estas razones y explicados algunos de aquellos *apartes*, no todos, ni la mitad, ni la cuarta parte siquiera, porque el *Quijote*, en esta suerte de hallazgos, es mina casi sin explotar. Por todo ello, á mi entender, y para el *Quijote* lo mismo que para otras creaciones de su índole—la de Rabelais y la de Swift, principal-

mente—, tanta importancia ó más que el comentario gramatical y filológico tiene el histórico. Aquél explica la forma, el ropaje, las palabras; éste revela las entrañas del pensamiento.

Dos grandes aspectos tiene, pues, la novela de Cervantes: el de monumento literario y de la lengua, que ocupa un puesto único en la historia del arte y principalmente en la del Renacimiento, y el de documento social, reflejo de su época en conjunto y en detalle, galería de retratos y caricaturas observados colectiva é individualmente en todas las clases que formaban la sociedad española en los reinados de don Felipe III y don Felipe IV.

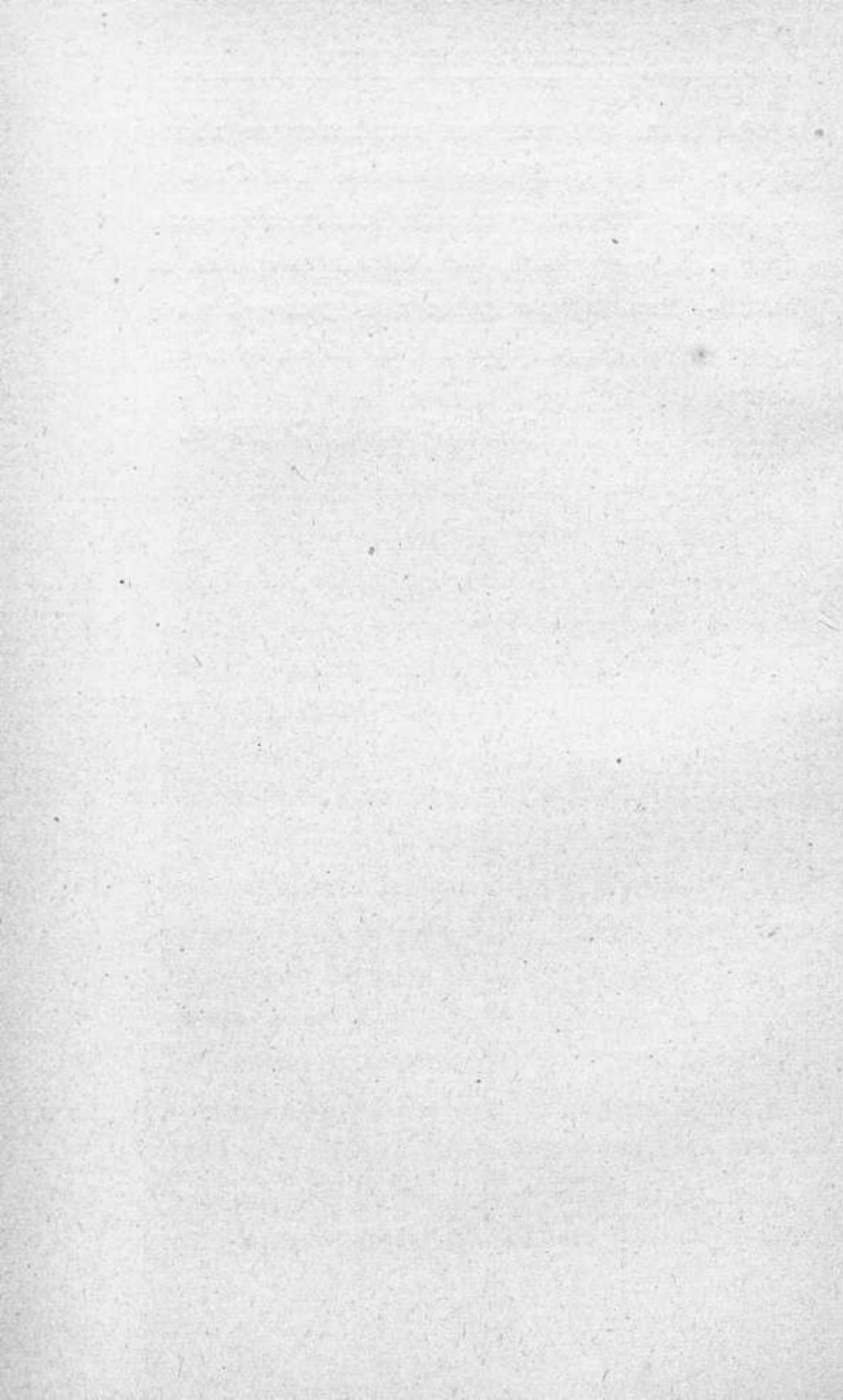
A una y otra luz he procurado presentar el *Quijote* en este libro. La vida de Cervantes es la introducción necesaria á ese estudio, y su complemento las comparaciones que ofrece la sátira cervantina y la personalidad de su ilustre autor con otras obras y figuras inmortales de la literatura europea.

Fuerza ha sido repetir bastante de lo que escribí sobre la propia materia en 1905; pero con la enmienda de algunos yerros y la adición de más del doble de nuevas investigaciones é ideas. Cervantes y el *Quijote* no son asuntos

agotables ni que una vez estudiados se abandonan. Su fascinación es inmensa. Del *Quijote* se puede asegurar que cada lectura abre más deseos de la siguiente, y de Cervantes que en la historia literaria sólo existe otro genio—Shakespeare—que ejerza sobre la posteridad igual encanto.

JOSÉ DE ARMAS Y CÁRDENAS.

Madrid, Junio 1914.



# VIDA DE CERVANTES <sup>(1)</sup>

## I

Difícil es juzgar el carácter de cualquier hombre, siendo la Naturaleza humana tan «ondulante y diversa», como observó Montaigne; pero mucho más cuando se trata de uno de aquellos pocos inmortales, apartados ya de nosotros por

---

(1) *Miguel de Cervantes Saavedra*, a memoir, by James Fitzmaurice Kelly, F. B. A. Gilmor, professor of Spanish in the University of Liverpool. Oxford, Clarendon Press, 1913. *Efemérides cervantinas ó sea resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Emilio Cotarelo y Mori. Madrid, 1905, 8.º—*The Life of Miguel de Cervantes Saavedra*, by James Fitzmaurice Kelly C., de la Real Academia Española. London, 1892, 4.º—*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, etc., con la vida de Cervantes y el análisis del *Quijote*, por D. Vicente de los Ríos. Madrid, 1780, 4 vols. 4.º m.—*El Ingenioso Hidalgo*, etc., nueva edición, corregida de nuevo con nuevas notas, nuevas estampas y nuevamente aumentada, por don Juan Antonio Pellicer, etc. Madrid, 1797, 5 vols. 8.º—*Vida de Miguel de Cervantes*, por D. Martín Fernández de Na-

larga distancia del tiempo, y de cuya vida tenemos noticias á menudo contradictorias.

En primer lugar, preciso será alejarnos de la ciega idolatría que sólo ve actos sublimes en la vida de los hombres ilustres, sobre todo de los que, como Cervantes, hondamente nos conmueven en sus obras, despertando con mágica elocuencia los sentimientos más generosos de nuestra alma.

Lo que se llama ahora el genio, la «influencia secreta» ó el mayor desarrollo de ciertas

---

varrete (edición de la Academia). Madrid, 1819, 4.º—*El Ingenioso Hidalgo*, etc., compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra y comentado por D. Diego Clemencín. Madrid, 1833-1839, 6 vols. 4.º—*Obras completas de Cervantes*, dedicadas á S. A. R. el serenísimo señor infante D. Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza (t. I, con las *Nuevas investigaciones sobre la Vida de Cervantes*, por D. Cayetano Alberto de la Barrera). Madrid, 1863, 4.º m.—*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Jerónimo Morán. Madrid, 1863, fol.—*La verdad sobre el Quijote. Novísima historia crítica de la vida de Cervantes*, por D. Nicolás Díaz de Benjumea. Madrid, 1879, 4.º—*Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Leopoldo Ríos. Madrid, 1899, 2 vols 4.º m.—*La casa de Cervantes en Valladolid*, por D. Felipe Picatoste. Madrid, 1888, folleto.—*Nuevos documentos referentes á Cervantes y su familia*, descubiertos y publicados por D. Cristóbal Pérez Pastor, presbítero. Madrid, 1896, 4.º—*Documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por el presbítero D. Cristóbal Pérez Pasor, doctor en Ciencias*, publicados á expensas del Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de

aptitudes imaginativas que hace á algunos sobresalir en grado eminente sobre los otros, no redime á los privilegiados poseedores de cualidad tan excelsa de los defectos comunes á los demás humanos. La creencia, noblemente expresada por Vauvenargues, de que «los grandes pensamientos salen del corazón», no implica, además, que cuantos han pensado, sentido y escrito con profundidad y belleza superior á la de sus contemporáneos, fueran precisamente almas generosas é immaculadas. Los ladrones

---

Guzmán y Boza, marqués de Jerez de los Caballeros. Madrid, 1897, 4.º m.—«Partida de bautismo de Isabel Chiticalla y primer testamento de doña Isabel de Cervantes» (*Cervantes en la Exposición histórica europea*, por D. Manuel de Foronda. Madrid, 1894, 4.º)—«Escritura de las capitulaciones celebradas para el matrimonio de doña Isabel de Cervantes y D. Luis Molina». (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Junio 15 1874.)—«La hija de Cervantes», por D. Julio de Sigüenza. (*La Ilustración Española y Americana*, 8 de Mayo de 1882.)—«Cervantes en Valladolid», por D. P. de Gayagos. (*Revista de España*, Marzo y Abril, 1884.)—«Partida de defunción de doña Magdalena, hermana de Cervantes». (*Crónica de los Cervantistas*, Cádiz, Abril 23 1872.)—*Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, 14 vols. Madrid, 1890 y s. s. fol.—«Cervantes y Lope en 1605», por J. E. Hartzembusch. (*La España Literaria*, Sevilla, 1863.)—*Cervantes estudió en Sevilla*, por D. Francisco Rodríguez Marín. Sevilla, 1901.—*Cervantes y su época*, por D. Ramón León Máinez. Jerez, 1902, fol.—*Cervantes y sus obras*, por don José María de Asencio. Barcelona, 1902, 4.º

en cuadrilla pueden, por ejemplo, enorgullecerse de contar entre sus compañeros poeta tan lleno de melancolía y desengaño del mundo como François Villon, y un asesino puede ser artista insigne y escribir un libro encantador, como Benvenuto Cellini. Maquiavelo no fué un malvado, por lo que de su vida sabemos, á pesar de *El Príncipe*, y Bacon fué un infame, á pesar de los *Ensayos*. Los libros no revelan con exactitud la bondad ó maldad de sus autores, ni menos la hombría de bien es consecuencia precisa de la afortunada condición de escritor ilustre.

Por regla general, los que manejan bien una pluma y tienen que hablar de si incurren en la debilidad de pintarse tan llenos de perfecciones morales como se describen de palabra los tipos más ordinarios de la especie humana. Ejemplos rarísimos de escritores que se confiesan viles tenemos, es cierto, en Casanova y en Samuel Pepys; pero las *Memorias* del primero acusan la vanidad enfermiza de los criminales, y las del segundo no se escribieron con ánimo de darlas á la luz pública. Nadie, en una palabra, puede ser su propio juez, y menos un gran escritor. Cervantes no fué una excepción de esta regla.

Las obras inmortales de la literatura (*La Divina Comedia*, los dramas de Shakespeare, el *Quijote* y el *Fausto*, para mencionar solamente

las que más suelen citarse reunidas) pueden ofrecernos algunos datos biográficos interesantes sobre sus autores; pero de las buenas ó malas condiciones personales de éstos, exceptuando los rasgos del temperamento en el estilo, tan sólo la opinión que ellos de sí mismo se formaron, opinión interesada y recusable siempre. En cambio, son documentos valiosos para el estudio del medio social y de la época. Ningún crítico más profundo del siglo XIII que Dante; ningún pintor más exacto de las costumbres, ideas y pasiones de aquella época tormentosa de los finales del Renacimiento en los siglos XVI y XVII que Shakespeare ó Cervantes; ningún exponente más ilustre que Goethe de los largos años de vacilación y duda precursores de la verdadera ciencia moderna, al concluir el siglo XVIII y comenzar el XIX.

Pero quisiéramos nosotros que los genios, especialmente si nos han dejado en sus libros inagotables manantiales de entretenimiento ó de meditación, hubieran vivido sin mancha en el mundo, hubieran pasado por la vida sin dejar en los «zarzales del camino» jirones de la virtud, y sentimos repugnancia invencible cuando alguna prueba se descubre de que no fueron tan puros en la realidad como aparecen en sus obras.

Hará cosa de medio siglo se descubrió entre los papeles de la biblioteca de los condes de

Altamira, en Madrid, un legajo de la correspondencia privada de Lope de Vega con el duque de Sessa, y de modo que no cabía lugar á dudas, se vió que el *Fénix de los Ingenios Españoles* fué un mal sacerdote y un hombre de pocos escrúpulos. Verdadera tormenta se levantó entonces entre los admiradores del ilustre autor dramático. Deseaban éstos que Lope se conservara á nuestros ojos como lo describió su amigo Montalbán: alegre y divertido en la juventud, un tanto pendenciero y duelista por demasiada afición á las mujeres, disculpable en sus años, pero siempre noble, hidalgo, incapaz de rebajar su propio decoro ni de mancillar después sus canas en intrigas y oficios impropios de un caballero. Por muchos años tratóse de ocultar la pecaminosa correspondencia, que sólo ha ido conociéndose del público poco á poco, y el venerable don Aureliano Fernández Guerra, inflamado en santa ira inquisitorial, llegó á exclamar: «¡Ojalá una mano piadosa la hubiera quemado!» (1).

De la misma manera, cuando en 1884 publicó don Pascual de Gayangos su descubrimiento de las *Memorias de Valladolid*, documento en el cual aparece Cervantes en el año

---

(1) En carta al autor de este libro sobre su opúsculo *El Quijote de Avellaneda y sus críticos*, publicado en la Habana en 1884.

de 1604—el mismo de la primera edición del *Quijote*—entre los jugadores y tertulianos de la casa de un tal Lope García de la Torre, recibieron la nueva los cervantómanos con incrédula sonrisa. ¡El autor del *Quijote* jugando á los naipes! ¡Cervantes ganándole doscientos ducados á la mujer de Lope García! ¿Cómo pudo en tales trances ponerse quien concibió la noble figura del hidalgo manchego, quien creyó y dijo con elocuencia tanta que podía desprenderse en el mundo la hacienda, pero no la honra? Mas si cabe hoy la duda de que el individuo mencionado en las *Memorias de Valladolid* fuera el gran novelista, es porque había varias personas de su mismo nombre en España, y no porque Cervantes no pudiera, como cualquier otro español de su época y de la nuestra, sentarse á una mesa de juego.

La caterva de ciegos adoradores del inmortal escritor, capitaneada por Benjumea, confundiendo el genio con el hombre, le presentó como un santo immaculado, incapaz del menor defecto ni del pecadillo venial menos pícaro. Para ellos, Cervantes vivió por encima de todas las debilidades humanas. Especie de Amadís de Gaula y de santo á un tiempo, llenó su vida sólo con acciones heroicas, desinteresadas y caballerescas...

Por desgracia, entusiasmo tan exagerado no se funda en los hechos, y por fortuna, los que

sabemos de la vida de Cervantes no le describen tampoco como un malvado, ni siquiera como un pecador empedernido. Aquella manera de juzgar á los genios, suponiéndolos incapaces de las debilidades de los demás, trae, por lógica consecuencia, que cuando sus faltas se descubren, éstas resultan agrandadas por la ley inevitable del contraste. Importa tener en cuenta que el genio está sujeto también á necesidades fisiológicas y al triunfo y la derrota en «la lucha por la vida»—según ahora decimos—por las mismas ó semejantes causas que los demás hombres. Preciso es disculparle también, como á ellos, con indulgencia cristiana cuando le vemos caer del alto pedestal donde nuestra admiración le coloca y salpicarse con el fango de la realidad, porque con la misma vara ha de medirse á todos, llámese Miguel de Cervantes quien juzguemos ó Lope García de la Torre.

La idea que de la persona de Cervantes nos formamos hoy es la de un hombre pobre, de nobles rasgos, aspiraciones elevadas y bastante desgraciado, en una sociedad pobre también y en la cual eran difíciles los medios de ganarse decorosamente la subsistencia. A sus tropiezos personales se unieron, sobre todo en sus últimos años, las necesidades de una familia compuesta de mujeres. *Primum vivere*. El vientre tiene exigencias horribles, lo mismo para el genio que para el imbécil. ¿Qué extraño, pues, si algu-

na vez el genio doblega también su fiero orgullo ante el tirano implacable? El propio Cervantes escribió que el nombre de honrado era difícil darlo al pobre, y Rabelais, su hermano en la inteligencia y en la risa, pensó que el vientre, «Messere Gaster», era un amo inflexible: *el gran maestro de todas las artes* «aunque ha hecho el bien al mundo de inventar todas las máquinas, todos los edificios, todas las armas de guerra, todas las sutilezas, *et tout pour la trippe*».

## II

Es indudable que Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547, aunque no quieran rendirse á esta evidencia los cabezudos habitantes de la villa de Alcázar de San Juan, que se empeñan en llamarle su paisano, presentando una partida de bautismo, de fecha posterior á la de Alcalá, de otro Miguel de Cervantes, á quien inútilmente atribuyen la gloria de haber escrito el *Quijote*. Pero el punto ha quedado resuelto por el erudito cervantista don Ramón León Máinez y por el laborioso don Cristóbal Pérez Pastor, quien tanto descubrimientos importantes ha hecho sobre la historia literaria española, y especialmente sobre Cervantes. Decisiva es la solitud que en 1580 redactó y firmó el verdadero manco de Lepanto, cuando hubo de iniciar, «por

convenir á su derecho», un informativo sobre sus méritos y servicios. No es de sospechar siquiera que Cervantes ignorara el lugar de su nacimiento, ó deliberadamente lo cambiara en un documento de tanta importancia para él, donde no podía convenirle duda alguna sobre la identidad de su persona. En aquella solicitud se declara él mismo «natural de Alcalá de Henares». Su familia, según el Sr. Rodríguez Marín ha descubierto, provenía de Córdoba (1).

Su padre, don Rodrigo, llamado *el Sordo* por padecer de este mal de un modo incurable, fué cirujano. Carecía de bienes y lo mismo su madre, que se llamaba doña Leonor de Cortinas.

---

(1) En 1914 ha publicado el Sr. Rodríguez Marín dos obras de la mayor importancia sobre este asunto: el folleto titulado *Cervantes y la ciudad de Córdoba* y el extenso libro *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, que ha impreso á sus expensas la Real Academia Española. Los 122 documentos descubiertos tras ímprobos y afortunadas labores por el ilustre cervantista demuestran, con efecto, que desde el bachiller Rodrigo de Cervantes, bisabuelo del escritor, la familia de éste radicó en Córdoba, de donde fueron su abuelo, el licenciado Juan de Cervantes, y también su padre, Rodrigo de Cervantes, el cirujano. La interesante historia de las vicisitudes de esta familia y de las primeras impresiones de la niñez de Cervantes, tal como se deducen de los documentos dados á luz por el Sr. Rodríguez Marín, ha sido contada por D. Miguel S. Oliver en dos notables artículos de *La Vanguardia*, de Barcelona, del 1.º y 8 de Mayo de 1915.

Tuvieron siete hijos, y el cuarto fué el único ilustre. El apellido *Saavedra* que se añadió éste por parecerle tal vez más aristocrático y sonoro, era de parientes lejanos. Cuanto se ha dicho y sigue diciendo de la gran nobleza de su familia puede inspirarse también en el deseo de los biógrafos de hallar siempre lo mejor y más envidiable en todo lo que con él se relaciona; pero, en realidad, ni extraño es que fuera noble, ni era la nobleza en aquel tiempo cosa rara en España.

Para dejar de tener un árbol genealógico robusto y floreciente preciso era confesar lo que pocas veces confesaban buenos cristianos y gentes que deseaban vivir en el aprecio de sus convecinos: la procedencia de judíos ó de moros. La condesa de Aulnoy, aunque algo posterior á Cervantes, de la época de Calderón, nos cuenta en su entretenido *Viaje á España* que el cocinero de su amigo don Federico de Cardona se preciaba de ser de tan buena sangre como el rey y «hasta un poco más». El conde de Froeber, que visitó la Península por la misma época, refiere también que habiendo contestado á un santanderino, el cual deseaba entrar á su servicio de criado, que no conociéndole exigía antes de aceptarle ver «sus papeles», el otro entendió por esto sus títulos de nobleza, y volvió al poco rato con un árbol genealógico que arrancaba de la época de Don Ordoño II.

Pero entonces, como ahora, más importante que ser de origen noble era ser rico, porque, según recordó después Sancho Panza que decía su abuela, «el tener y el no tener son los dos solos linajes que quedan en el mundo», y según dijo antes, en el siglo XIV, el arcipreste de Hita: *mucho fas el dinero, et mucho hes de amar*. Lo cierto es que ni la familia de Cervantes tuvo dineros ni él nunca llegó á alcanzar la condición de rico, más efímera que la de genio, pero más respetada, sin duda, en la sociedad. Pocos, muy pocos españoles no sufrían sin embargo del mismo infortunio. Era general la pobreza en España. El erario público estaba en situación aflicta. Felipe II, con todo su gigantesco imperio, era el monarca de menos recursos en Europa, y sin contar la constante dificultad que tuvo siempre para «poner una pica en Flandes», sus apuros eran á veces verdaderamente cómicos. Según consta de las cartas publicadas por el mismo Gayangos, del embajador español en Londres, duque de Feria, éste fué allí con instrucciones de Felipe para captarse con cuantiosos regalos la voluntad de la reina Isabel, sobornar á los nobles principales, negociar hasta el matrimonio de Isabel y Felipe y obtener por la diplomacia y el dinero lo que más tarde se quiso por la fuerza con la *Invencible Armada*. Lo de la diplomacia fué bien, según parece, al

principio; pero el dinero no llegó nunca (1).

La aventura de la Armada, felizmente para los ingleses, no se repitió por falta de bríos, sino por haberse agotado todos los recursos. Grande había sido también el esfuerzo para la empresa inútil que culminó en Lepanto, y finalmente, son hechos históricos conocidísimos, las necesidades pecuniarias que pasó en sus campañas el duque de Alba y la quiebra final del Banco de Génova, á consecuencia de la quiebra de don Felipe.

Esta situación duró todo el tiempo de la vida de Cervantes y continuó agravándose hasta el

---

(1) «El crédito de los 40.000 ducados y las joyas que se me avían de enviar no son venidas, y aquí no veo otro modo de negociar si no es con dádivas y dijes. Suplico á V. M. mande que se me envíe crédito largo, pues V. M. ve cuánto más cuesta ganarse un reino con fuerza que con maña.» *Carta de Feria á Felipe II en 14 de Noviembre de 1558.* Antes de publicarla Gayangos en su continuación de los *State Papers*, de Bergenroth, se la facilitó á D. Adolfo de Castro, y puede verse en la página 64 del *Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España*, por el mismo Castro, Cádiz, 1852. D. Gómez Suárez de Figueroa no era sino conde de Feria cuando recibió de Felipe II su célebre misión diplomática. Aunque generalmente se le llama duque al referirse aquellos sucesos, Felipe no vino á concederle el ducado hasta 28 de Septiembre de 1567. (V. *Apuntamientos para la historia del rey D. Felipe de España, por lo tocante á sus relaciones con la reina Isabel de Inglaterra desde el año 1558 hasta el de 1576*, por D. Tomás González. Madrid, sin fecha. Publicación de la Real Academia de la Historia.)

siglo XVIII, cuando hubo de gobernar el gran rey Don Carlos III. Reinando el hijo de Felipe II, cuando se publicó el *Quijote*, España entera vivía pendiente de la llegada de los galeones de América; mas éstos (según consta en todos los documentos de aquel tiempo y cuenta el viajero Antoine de Brunel, testigo imparcial) no traían nunca en barras de oro y plata lo bastante para cubrir una tercera parte de las necesidades. Si pobre estaba el rey, miserable vivía el pueblo. En las obras de Cervantes y en las de Hurtado de Mendoza, Quevedo, Mateo Alemán, Vélez de Guevara, Vicente Espinel, y en general, casi todos los escritores españoles de costumbres en *el siglo de oro*, podemos ver descrita esta situación horrible.

Es, por tanto, de suponer que los hijos de don Rodrigo, el sordo y el pobre, no pasaron una infancia muy regalada, y que nuestro Cervantes no se educó con los mejores maestros, siendo entonces la educación privilegio de los ricos. Por lo pronto, con haber nacido en Alcalá de Henares, la célebre Compluto, y existir allí la famosa Universidad fundada por el cardenal Jiménez de Cisneros, no consta que siguiera en ella curso alguno. Se cree que estudió en Madrid y en Salamanca; pero no hay pruebas. Rodríguez Marín afirma que estudió en Sevilla. A Madrid se trasladaron sus padres por 1554. Según sus obras lo demuestran, fué hombre de vasta lectura y

no vulgares conocimientos, adquiridos por su propia diligencia, pues sus medios escasos le impidieron poseer libros que citaba de memoria y equivocando á veces, como lo ha probado Clemencín, el nombre de los autores. Por su confesión sabemos—y muchas veces se ha repetido—que leía hasta los papeles rotos que encontraba por las calles. En 1568 enseñó gramática en el estudio del presbítero Juan López de Hoyos, y en 1569 figuró por primera vez como autor en una pobre colección de versos en memoria de Doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, publicada por el mismo Hoyos, quien le llama «mi muy caro y amado discípulo». Al siguiente año pasó á Italia, en el servicio de camarero de monseñor Acquaviva, nuncio apostólico, y la causa parece haber sido que dió unas heridas al «andante en Corte» Antonio Sigura, dictándose contra él una sentencia durísima. Pero cierto ó no esto último (los cervantómanos, naturalmente, lo niegan), es el caso, y fué lo más propio de su carácter, que dejó de ser camarero en Italia y se alistó de soldado. Sirvió á su bandera cinco años, y hallóse durante este tiempo en acciones memorables. ¿Quién ignora su heroico comportamiento como soldado de infantería en la galera *Marquesa*, en lo más recio de la batalla de Lepanto, donde recibió tres heridas gloriosas, que fueron siempre su orgullo, entre ellas la que hubo de mancarle de «la si-

niestra mano», para probar, como dijo Lope de Vega, después de su muerte,

... que una mano herida,  
puede dar á su dueño eterna vida?

La conducta de Cervantes en Lepanto se conoce no sólo por su propio testimonio. En 1578 los alféreces Mateo de Santisteban y Gabriel de Castañeda, testigos presenciales, la declararon en España en un documento judicial, á solicitud del padre del escritor insigne. ¿Quién ignora su valiente comportamiento en el ataque de la goleta de Túñez y el recuerdo que siempre conservó y transmitió á la posteridad en bellísimas páginas de la *Galatea* y el *Quijote*, de su vida de soldado en esos tiempos y de sus proezas militares?

En 1575, sin haber logrado un ascenso por falta de protección é influencia, regresaba á España licenciado del servicio, con ánimo de obtener una recompensa en la Corte. Llevaba en el bolsillo, según él y su familia aseguraron, cartas de presentación para el rey suscriptas por Don Juan de Austria y el duque de Sessa (1), cuando el 6 de septiembre fué detenido su barco por piratas moros, que le llevaron en cautividad á Argel con sus compañeros, entre los cuales

---

(1) Este duque de Sessa, consejero de Felipe II, quien le llamaba el *duque de Seso*, fué uno de los abuelos del protector y compañero de aventuras de Lope de Vega.

estaba su hermano don Rodrigo. Los cinco años que pasó después en tan dura esclavitud llenan las páginas más dramáticas y románticas de su vida.

Desde que en 1752 el padre Sarmiento descubrió un ejemplar de la *Historia y topografía de Argel*, publicada por el padre Haedo en vida misma de Cervantes, describiendo las hazañas de éste en el cautiverio, mucho se ha dicho sobre época tan dolorosa de su existencia, en la cual probó poseer un raro temple de alma. Parece, es verdad, que en la obra de Haedo el propio Cervantes tuvo parte, leyéndola en manuscrito y tal vez corrigiéndola. Su padre, su madre y sus hermanas doña Magdalena y doña Andrea, hicieron grandes esfuerzos por rescatarlo, y lograron reunir tan sólo la cantidad necesaria para libertar á don Rodrigo. A la vuelta de éste en 1578 iniciaron informaciones judiciales sobre los méritos y proezas de Cervantes á fin de arbitrar recursos para su libertad ó influir en el Gobierno para que los proporcionara. En Argel y luego á su regreso él mismo formó también otros expedientes en que constan, con nuevos testimonios, su generosidad y valor y la infamia de su enemigo el fraile Juan Blanco de Paz, que hubo de denunciarlo á Hassan Aga—el bey argelino—en la ocasión de uno de sus intentos para fugarse. Pero descontando cuanto pueda haber de exageración

interesada en todas estas relaciones, resulta indudable que sufrió mucho, que trató de evadirse cuatro veces, demostrando en todas ellas un ánimo esforzado, y hasta que concibió el proyecto de una sublevación general de los esclavos en Argel esperando la protección y el auxilio del rey de España (1).

Hasta qué punto trató de llevar á la práctica tan vasto plan no lo sabemos, pero me inclino á creer que nunca pasó de una idea. No se le juzgó ni tan temible ni tan importante por los moros cuando debió su libertad á la circunstancia de no haber alcanzado los fondos que llevaban dos frailes redentores para rescatar á un cautivo de mayor calidad, llamado don Gerónimo de Palafox. Fué rescatado con pocos dineros, 500 escudos de oro, proporcionados por su madre, sus hermanas y otra gente humilde y por la Orden á que los frailes pertenecían, completándose la cantidad con 50 doblas de limosna con que para ese fin ayudó Francisco Caramanchel, doméstico de don Iñigo de Cárdenas Za-

---

(1) Recientemente el cónsul de España en Orán, según dicen los periódicos, ha identificado la cueva en que Cervantes estuvo escondido largo tiempo con otros esclavos cristianos en uno de sus más notables intentos de evasión. Otra vez fué interceptada una carta suya pidiendo auxilios á Orán. El mensajero de Cervantes fué ejecutado y á Cervantes le sentenció Hassan á recibir 2.000 palos. Sin duda no se cumplió esta parte de la sentencia.

pata, del Consejo real. El padre redentor, fray Juan Gil, anduvo de prisa en reunir los 500 escudos. Hassan, cumplido el término de su gobierno, preparábase á regresar á Constantino-  
pla con todos sus esclavos, y ya Cervantes estaba á bordo del barco y con cadenas en los pies. Sin la actividad de aquel buen fraile y la caridad de los que le ayudaron, el autor del *Quijote* habría muerto obscura y miserablemente en la capital de Turquía. Cuando pensamos en su milagrosa salvación, á la que debe el mundo su libro sublime, ¿no asalta al ánimo la duda de que una ciega casualidad pueda dirigir los destinos de los grandes hombres?

En la *Epístola á Mateo Vázquez*, secretario de Felipe II, escrita en no muy buenos tercetos desde la esclavitud, apunta Cervantes la idea de la conveniencia para los españoles de extender sus dominios por el continente africano. Esto prueba su profunda sagacidad política, de la que es también el *Quijote*, en otros respectos, testimonio elocuente, pero no indica, en modo alguno, la efectividad de sus propósitos de dirigir en Argel una revolución tan trascendental como la que menciona el padre Haedo. Por lo pronto, que se entretuviera en escribir tercetos quien tenía en la cabeza ponerse al frente de veinticinco mil esclavos y destronar á un monarca cruel y poderoso, parece, á la verdad, absurdo. Cervantes no era un revolucionario, ni, á pesar

de su valor militar, un héroe de la clase de Rienzi ó Masianelo. Era ante todo un insigne escritor, y el «hombre de letras», aceptando el modismo de los franceses, no suele servir mucho para otras cosas cuando su mérito en ese campo de actividad mental es verdaderamente grande.

La multitud de facultades de un Leonardo de Vinci es caso tal vez único en la Historia, y aun así, nada realizó verdaderamente completo aquel pasmo del ingenio humano. Nuestra limitada inteligencia excluye más de una especialidad, y por otra parte, los literatos pertenecen generalmente á la clase de hombres que Augusto Comte llamó «contemplativos» y que carecen de las dotes prácticas de los que el mismo filósofo llamó también «hombres de acción». Que esto le ocurrió á Cervantes ¿quién puede dudarlo? Aceptemos su valor heroico y su imaginación vasta y profunda; pero confesemos que le faltó la habilidad de llevar á término, en circunstancias favorables, los proyectos de su exaltada fantasía. Fué tal vez, como su héroe inmortal, demasiado soñador para prosperar entre los hombres. Sirvió, en una palabra, para escribir el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, que es ya mucho servir en el mundo, y no para conquistar imperios ni destronar monarcas de modo más real del que hubo de hacerlo, durante el breve tiempo de su locura, el señor don Alonso Quijano, vecino de Argamasilla.

## III

Al desembarcar en España en 1580, sus primeros esfuerzos fueron, naturalmente, para obtener del Gobierno en Madrid—y ahora con más razones—la recompensa que en 1575 había ambicionado. La libertad sin la fortuna, ó por lo menos sin medios de vivir, puede ser á veces pesada cadena, y siguiendo la opinión de Rabelais, la tiranía del vientre resulta algo más insoportable que la del mismo bey argelino Hassan Aga. Desarrolló entonces nuestro autor la actividad febril que notamos en el informativo á que ya se ha hecho referencia; pero ni el Gobierno le prestó la menor atención, ni sus hazañas y sufrimientos despertaron el menor interés público. Eran muchos entonces los que regresaban del cautiverio con historias parecidas y en circunstancias iguales. De haberse atendido todas las informaciones semejantes á la suya en el siglo XVI, no habrían bastado al Gobierno español las minas del Perú para recompensar servicios patrióticos. ¿Qué hacer, por tanto? Algunos de sus biógrafos dicen que volvió á alistarse en el Ejército y sirvió otra vez en la Armada, á las órdenes del ilustre don Alvaro de Bazán, distinguiéndose en la expedición contra las islas Terceras. Si Cervantes

hizo esto—lo cual es muy poco probable—, no fué por amor á la gloria, después de sus desengaños, ni por alcanzar tampoco la recompensa que no había podido obtener por sus méritos anteriores. Como uno de los personajes que pintó luego en el *Quijote*, pudo aplicarse la copla aquella:

A la guerra me lleva  
mi necesidad;  
si tuviera dineros,  
no fuera en verdad.

Se supone que estuvo en Lisboa en esta época, y se sabe que, en 1581, Felipe II, encontrándose en la capital portuguesa, le confirió una misión sin importancia para Orán, desempeñada en el término de un mes y pocos días. Pero ya en 1583 no servía en el Ejército—si hubo de servir segunda vez—, pues consta que le empenó ese año en Madrid, por 30 ducados, al genovés Napoleón Nomelín unos paños de tafetán propiedad de su hermana Magdalena.

Dícese que escribió entonces *La Galatea*, para casarse con sus productos. El hecho es que en 1585 salió á la luz esta novela, y Cervantes se casó en 1584 con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias, lugar muy cercano á Madrid, quien no ha de suponerse por sus muchos nombres que aportara al matrimonio bienes considerables. Lo

que llaman tradición los biógrafos del escritor ilustre, y es casi siempre la fantasía de ellos mismos, ha inventado muchas noticias sobre este matrimonio. Se habla de la oposición á las bodas de un tío de la novia, del rencor de Cervantes, quien retrató luego al tío en la figura de Don Quijote; y para dar más colorido romántico á los amores, suponen á doña Catalina la protagonista que con pura y ardiente pasión se describe en *La Galatea*. Lo que está fuera de duda, y ésa no es tradición ni invención de nadie, es que Cervantes se casó en 1584, y en 1585, poco más ó menos, tuvo una hija con otra mujer.

Para explicar la existencia de esta niña, que desempeñó papel importantísimo en la vida de Cervantes, han querido los cervantómanos descubrir inauditas cosas. En primer lugar, dijeron que había nacido antes del matrimonio, en Lisboa, de una dama portuguesa, la cual, naturalmente, declaran que murió antes, también, de casarse Cervantes con doña Catalina de Salazar. El entusiasta Benjumera, empeñado en pintar á Cervantes tan casto y tan fiel como Don Quijote, inventó, agarrando por los cabellos un párrafo del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, que Isabel era hija adoptiva de Cervantes. Pero ¿de qué valen estas fantasías ante la realidad de los hechos? La querida de Cervantes, como veremos después, llamábase Ana de

Rojas. Que por mucho tiempo no apareció públicamente como hija de Cervantes el fruto de tales amores, lo prueba que en 1599 aparece en otro documento «Isabel de Saavedra, hija de Alonso Rodríguez y Ana Franca, su mujer», entrando á servir en casa del propio Cervantes á la hermana de éste, doña Magdalena, sin duda para cubrir las formas y ocultar la verdad de su filiación á doña Catalina. En 1608 llamábase, ya sin ocultaciones, «doña Isabel de Cervantes Saavedra, viuda de don Diego Sanz é hija *legítima* de Miguel Cervantes Saavedra», como lo declaran en el propio año don Juan Urbina y Cervantes en unas capitulaciones matrimoniales de la misma doña Isabel. Hija de Cervantes también resulta en 1622, muerto ya su ilustre padre, en un pleito que sostuvo el Urbina sobre la propiedad de una casa en Madrid. Finalmente, para que no quepa sombra de duda sobre el nacimiento de doña Isabel, aunque en las capitulaciones antes citadas la llama Cervantes «hija legítima» con piadosa intención paternal, en 4 de junio de 1631 hizo ella misma su testamento, y en él se declara «hija de Miguel de Cervantes y de doña Ana de Rojas».

Motivos hay para suponer—dice el Sr. Pérez Pastor—que Ana Franca y Ana de Rojas fueron una misma persona. Consta en favor de Cervantes que no desamparó á Isabel en nin-

gún tiempo. En 1605 doña Catalina de Salazar conocía la verdad, si no hubo de declarársele mucho antes, porque en ese año la familia fué encarcelada en Valladolid, según veremos después, y doña Isabel aparece en el proceso como «hija natural» del gran escritor. Para terminar este incidente, diré que los nuevos documentos dados á la luz no sólo destruyen la leyenda de la dama portuguesa, madre supuesta de doña Isabel, sino igualmente la historia de que ésta profesó en un convento de Madrid, de donde fué monja Marcela del Carpio y Luján, hija de Lope de Vega, porque ya hemos visto á la de Cervantes casada dos veces y testando quince años después de muerto su padre. A los sesenta y siete años de edad murió ella en Madrid, el 20 de septiembre de 1652.

Volviendo á 1585, el nacimiento de esa niña, el cuidado de doña Ana de Rojas (si ella y su marido Rodríguez eran tan pobres como Cervantes), las nuevas obligaciones contraídas por el matrimonio con doña Catalina y el sostenimiento de su madre y sus dos hermanas, fueron cargas pesadas para los hombros del desdichado autor. Estuvo este año en Sevilla, donde un tal Gómez de Carrión le prestó sin usura 500 ducados por el término de seis meses. Sus apuros fueron grandes, pero su espíritu optimista no desmayó sin embargo. *La Galatea* es una obra

extensa, de *long haleine*, y demuestra no sólo laboriosidad, sino entusiasmo intenso.

Por haber dicho en el prólogo de este libro, que llamó *égloga* y calificó también de *primicias de un corto ingenio*, que «muchos de los disfrazados pastores de ella lo eran sólo en el hábito», hanse dado sus biógrafos á descubrir que además de él y de su dama—quizás sus damas, por cuanto ya se ha dicho—andan revueltos en la obra Luis Barahona de Soto, Francisco de Figueroa, Pedro Láinez y otros amigos suyos, encubiertos bajo los nombres de Lauro, Tirso y los demás pastores. Sobre si Cervantes se pintó en Damón ó en Elisio, se ha gastado mucha tinta. Probablemente alguien se pondrá ahora á averiguar bajo qué nombre se oculta al pobre marido de doña Ana. Mas lo cierto es que Cervantes escribió *La Galatea* en Madrid para tentar fortuna en la profesión literaria, eligiendo el género pastoril, tan en boga entonces á causa de la popularidad de *La Diana* de Montemayor, y siguiendo las aguas de Luis Gálvez de Montalvo, que dos años antes había publicado, con provecho, la insulsa novela *El Pastor de Filida*. Quiso llamar la atención no sólo del público, sino de los autores mismos, é incluyó en su libro el largo *Canto de Caliope*, en el cual menciona, en versos alguna vez felices y con grandes elogios, á los principales escritores del tiempo.

Pero *La Galatea* no tuvo en ningún sentido el éxito que esperaba. Le produjo escaso dinero: 1.336 reales, pagados por Blas de Robles en 1584, y entonces le ocurrió la idea—para él bien desgraciada—de buscar en el teatro suerte mejor. Su afición á este género fué siempre grande, y es cosa cierta que jamás hubo de conformarse al fallo adverso de sus contemporáneos. El teatro español estaba entonces en mantillas, y Cervantes trató de hacer algunas reformas, de que él mismo nos habla, como es la de introducir en la escena personajes alegóricos y reducir la acción á tres jornadas en lugar de cinco. Según Ticknor, ni una ni otra cosa fueron novedades; pero sus obras dramáticas, comparadas á las de Bermúdez, Argensola, Virués, Juan de la Cueva y otros contemporáneos suyos, revelan cualidades superiores. *La Numancia* tiene, en verdad, alguno que otro rasgo digno de Marlowe, y lo mismo *Los tratos de Argel*. El espíritu católico de la famosa *Devoción de la Cruz*, de Calderón, y algunos versos fáciles se encuentran en *El Rufián dichoso*, y *El Gallardo español* es una comedia casi tan hábil como las mejores de Lope. Por el propio Cervantes sabemos que fueron muchas de estas obras representadas con aplauso, que escribió cerca de treinta, y sin embargo de la buena acogida del público—que no sería tanta, después de todo—, se retiró de la profesión de au-

tor dramático porque «tuvo otras cosas en qué ocuparse». «Entró luego—añade—el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica.»

#### IV

Con excepción de unas pocas composiciones poéticas nada importantes; de dos ó tres sonetos, entre ellos el inmortal que todos conocemos, con estrambote, y de algunos elogios al frente de libros de otros autores, su actividad literaria casi se apagó durante veinte años. Desde *La Galatea* hasta el *Quijote* no dió á la imprenta libro alguno, durmiendo, según su propia frase, tan largo tiempo «en el silencio del olvido». Duro fué, sin duda, para él su desengaño cuando vió desvanecidas las nobles esperanzas que concibió en la escena, y triste la resignación con que, humillado y vencido, hubo de colgar la pluma y sumirse humildemente en la obscuridad. Debemos suponer que sus mayores esfuerzos en el teatro duraron desde el estreno de su comedia *La confusa*, en 1585, año también de la publicación de *La Galatea*, y en el cual murió su padre, don Rodrigo, hasta 1588, cuando se trasladó á Sevilla, habiendo obtenido de don Antonio Guevara, consejero de Hacien-

da, un modesto empleo en el comisariato de provisiones para la Armada.

Por cinco años desempeñó este destino, haciendo en cumplimiento de su obligación constantes viajes por Andalucía. En 1588 aparece en un documento acopiando trigo con 12 reales diarios de sueldo, por comisión de don Diego de Valdivia, alcalde de la Audiencia de Sevilla, y consta que sacó y almacenó por la misma orden trigo y cebada en Ecija, contra la voluntad de las autoridades eclesiásticas, que hubieron de excomulgarlo dos veces. Le confirió Valdivia varias otras comisiones análogas en 1589 «por la satisfacción que tenía de su persona y experiencia de Cervantes en semejantes cosas»; mas parece que esta ocupación no fué continua ni estable. Entre sus autógrafos, publicados por la Academia de la Historia, hay una solicitud dirigida al Ayuntamiento de Carmona en 12 de febrero de 1590 para sacar cuatro mil arrobas de aceite.

No podía conformarse hombre de sus aspiraciones y sus méritos á situación de tan escaso lustre, y envió una instancia al rey en este año, solicitando nada menos que un puesto de gobernador en Guatemala. Pensó quizás entonces, como Voltaire, con más éxito en Francia, en el siglo XVIII, hacerse rico antes de hacerse famoso, y volver á la patria para escribir libros inmortales, después de tener los cofres bien repletos de

talegas. Pero fracasó en esto como en casi todo en su vida. Falto de buenos padrinos, su solicitud fué negada en 1593. Ya en 1592, después de sufrir prisión en Castro del Río por acusársele de vender 300 fanegas de trigo sin orden para ello, había quedado cesante en el comisariato de Sevilla. Resultó este año alcanzado en sus cuentas en la suma de 3.773 reales, que, probablemente, pagaría antes de 1593. Acordóse entonces, otra vez, de su pluma de autor dramático, y firmó un contrato con el comediante Rodrigo Osorio, comprometiéndose á escribir seis comedias «que resultaran de las mejores que se han presentado en España».

Mas si difícil le fué antes prosperar en este camino, mucho más había de serle ahora. La sombra de Lope de Vega era ya incontrastable, y para Cervantes no había lugar junto al que llenaba con su fama los teatros de España. Pobreza, decepciones, hambre, fueron lotes siempre de Cervantes y de su infeliz familia. Dobló la cabeza hondamente amargado y solicitó de nuevo un puesto obscuro para librar el diario sustento. El sueldo mayor que hubo de ganar por entonces fué de diez reales al día, la recompensa hoy de un gañán. En 1593, su madre, doña Leonor, murió en Madrid en la miseria. En 1594 obtuvo la comisión de cobrar algunas cantidades por el Estado en varios pueblos de Granada, y con tan mala suerte que al siguiente año giró

á la Corte 7.400 reales de su recaudación en Vélez-Málaga en una letra de cambio que compró á un tal Simón Freire de Luna, y la letra fué protestada, alzándose Freire con los fondos. Regresó á Madrid sin tardanza, y pasó grandes apuros, tratando de arreglar este desagradable tropiezo. En 1597 se le encarceló al fin en Sevilla, habiéndole encontrado la Tesorería General descubierto en la escasa suma de 2.641 reales. Salió en libertad bajo fianza con obligación de presentarse á los treinta días en Madrid y cubrir el déficit; pero no consta que lo pagara nunca.

De 1598 á 1603 hay pocos datos ciertos sobre su vida. Residió en Sevilla largo tiempo. Tomás Gutiérrez, un cómico retirado, le prestó dineros, le salió fiador, le dió posada y fué, según parece, su mejor amigo. Para que le fiaran unas pocas varas de tela común con que cubrir sus carnes salió responsable por él un licenciado Francisco del Aguila. Por otro documento, también de 1598, aparece fiador suyo por una cantidad de bizcochos el procurador de la Real Audiencia de Sevilla, Jerónimo de Vargas. Se le requirió inútilmente cuatro ó cinco veces para que rindiera sus cuentas, y parece que viajó por la Mancha, según se desprende del *Quijote*; pero todas las leyendas y tradiciones sobre su estancia y contratiempos en Argamasilla de Alba no se fundan en pruebas evidentes. En 1603 decla-

ró de nuevo en el proceso por desfalco, hallándose en Valladolid, y se supone que volvió á ser preso algo antes de esta época, aunque de ello no hay otro indicio sino que ya entonces debió haber comenzado á escribir su gran novela, y ésta, según su propia confesión, se «engendró en una cárcel».

Mucho trabajo se han tomado los eruditos en averiguar si esta cárcel fué la de Sevilla ó la de Argamasilla de Alba. Para Benjumea no fué ninguna, y la frase de Cervantes ha de entenderse metafóricamente. Pero aunque es indudable que en Sevilla fué encarcelado, Argamasilla de Alba parece el lugar de donde «no quiso acordarse» el gran escritor y, según indican los burlescos epitafios de los *acedémicos* que terminan la primera parte de su libro y ciertas alusiones del maligno Avellaneda, no tuvo Cervantes motivo para que le inspirara ese punto las mayores simpatías.

Este caso de una obra inmortal concebida en una prisión no es el único en la historia literaria. El arcipreste de Hita se ocupó en la cárcel en componer su poema sobre los peligros del amor carnal. Don Pedro López de Ayala entretuvo sus ocios y esperanzas de prisionero con la descripción en su *Rimado de Palacio* de las miserias y pequeñeces de las cortes. Privados de la libertad, como en todas las graves circunstancias de la vida, los hombres se expresan de muy di-

versos modos. Silvio Pellico se resignó, y su libro fué un lamento. Cervantes protestó, y su libro fué una carcajada.

## V

Cervantes no rió tanto hasta entonces. Su vena satírica apenas había encontrado desahogo en algún soneto ó en algún entremés de teatro. *La Galatea* es seria, monótona á fuerza de lirismo y falsedad romántica. Sus obras dramáticas suelen ser tragedias, y entre ellas, *La Numancia* es dantesca por lo horrible. Pero en el *Quijote* estalló su risa, porque la risa no es siempre el patrimonio de los afortunados. El dolor que hace llorar á los más, á algunos hace reír, y de estos pocos fué Cervantes. ¿No es el *Quijote*, á pesar de su alegría, un grito de dolor? No podía resignarse el escritor insigne á conservar su pluma ociosa; pues, como todos los genios, presentía el aplauso de los siglos, que pudo escuchar regocijado dentro de las sombrías paredes de la prisión. La vocación literaria, además, no abandona al que la posee, ni en la próspera ni en la adversa fortuna, y así como César y Marco Aurelio, rodeados de gloria militar, próximo el uno á la corona del mayor imperio del mundo, ciñéndola el

otro, hallaron horas de reposo en medio de sus campañas para escribir sus mejores ideas, Cervantes, pobre, obscuro, lidiando por la subsistencia en una sociedad como la de España en el siglo XVII y en los rigores de la cárcel, halló en la idea de su *Quijote* consuelo á sus derrotas y desengaños. Su libro no podía ser otra cosa que una sátira. Viejo ya en esta época, abatido por el infortunio, manteniéndose unas veces del pobre oficio de copista, otras cobrando con humildad á la puerta de un magnate algún recibo de las modestas labores de las mujeres de su familia, todos los horizontes, excepto el de la gloria, para él se habían cerrado.

En 1604, ya el *Quijote* estaba impreso y había comenzado á circular en el público. Vivían entonces con Cervantes en Valladolid, además de su esposa, que se ausentaba alguna vez á Esquivias, su hermana doña Magdalena de Sotomayor, su hermana doña Andrea de Cervantes, viuda tres veces y con una hija de veintiocho años, llamada doña Constanza de Ovando, y su hija Isabel, soltera todavía. Doña Magdalena, que no sabemos por qué se llamaba Sotomayor y otras veces Pimentel de Sotomayor, era hija legítima de don Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas, según consta en varios de los documentos que Pérez Pastor ha publicado. Aquellas pobres mujeres, especialmente esta hermana, que parece llevaba

la dirección de la familia, y doña Andrea, que se dedicaba á trabajos de costura, ayudaban al sostenimiento común. Se ha descubierto un recibo de puño y letra de Cervantes, extendido por 778 reales á favor del marqués de Villafranca y en cobro de labores de doña Andrea. Cervantes también encontraba medios de hacer algunas copias y agenciar unos pocos negocios. Entonces fué, probablemente, cuando comenzó á visitar á los jugadores con quienes parece hubo de verlo el portugués Tomé Píñheiro de Veiga, autor de las *Memorias de Valladolid*. Habíase trasladado á esta ciudad con su familia por razón de estar la Corte en ella y esperando le alcanzara algún mendrugo. Algunos creen que se le encargó por el Gobierno un trabajo literario y le atribuyen el opúsculo, impreso por Juan Godínez en 1605, relatando las fiestas por el nacimiento del príncipe don Felipe, aunque recientemente se ha descubierto que la pesada relación de esas fiestas fué obra del cronista Antonio de Herrera. De todos modos, á su humilde casa no llegaba la protección de los poderosos, y en aquel hogar donde imperaba la miseria tuvo la calma de espíritu necesaria para reír de sus infortunios y terminar sus páginas inmortales.

De fuera penetraban los ecos de la fama de Lope de Vega. Cervantes, aunque comprendía el mérito de Lope, veía también sus defectos.

Juzgáballe, sobre todo, como el cruel y constante obstáculo á su fortuna; y fijos en él los ojos, resuelto á abrirse paso en el mundo de las letras, aunque preciso fuera para ello lidiar con el ídolo de los españoles, se decidió al fin, inflamado en sus antiguos bríos de Lepanto, á presentarle batalla formidable. ¡Contraste grande el que ofrece la vida de esos dos españoles ilustres! Si el señor Fitzmaurice-Kelly está en lo cierto, Lope de Vega llegó á ganar una suma que, reducida á moneda de hoy, representa más de cien mil dólares, lo que en aquellos tiempos en España equivalía á la riqueza que ahora nos asombra de los millonarios norteamericanos. Añádase á esto su lujo casi insolente y su influjo en la Corte, hasta el punto de burlar los tribunales de justicia no cumpliendo las sentencias que contra él se dictaban. Así ocurrió en el caso de sus libelos en 1587 contra Elena Osorio y Jerónimo Velázquez, según el curioso proceso publicado por los señores Pérez Pastor y Tomillos, y en el rapto de doña Isabel de Urbina (no obstante la alta posición del padre de ésta), con la cual hubo de casarse más por su voluntad que de nadie forzado.

En el teatro, dentro y fuera de bastidores, el poder de Lope era supremo: verdaderamente ésa fué «su monarquía». Aunque su mérito era superior al de sus rivales y llevaba, por tanto,

bien puesta la corona, no fué amigo de darles protección ni oportunidad de lucir sus talentos. Alarcón fué su enemigo por esta causa. Torres Ramila lo acusó de envidioso á los autores dramáticos. Cervantes creyó que sus comedias por culpa de Lope no fueron todas representadas. También entre los ricos que amaban las letras ó tenían la vanidad de hacer creer que las amaban, fué Lope el autor favorito, el objeto de sus generosidades mayores. Ayudóle para esto, sin duda, su carácter cortesano y hasta su manga ancha en materia de mujeres, pues sirvió de secretario algún tiempo, muy á gusto del engraido aristócrata, al duque de Alba don Antonio, de quien ensalzó las aventuras amorosas en *La Arcadía*, y casi de alcahuete al duque de Sessa, según lo demuestra la correspondencia escandalosa que ya he mencionado. Lope, en suma, no fué de una superioridad moral comparable á la de su genio, y confúndese su carácter con el de la generalidad de sus más vulgares contemporáneos. Los individuos de su estampa, cuando les acompañan la diligencia y el don de gentes, tan inapreciable para los que aman la sociedad y el mundo, siempre prosperan. No es de extrañar, por tanto, que mientras los nobles le protegían de tal manera y se honraban firmando versos en su elogio, Cervantes, más independiente y altivo, apenas lograra que el duque de Béjar consintiera

ver su nombre en la dedicatoria de la primera parte del *Quijote*. Avellaneda lo dice cruelmente: Cervantes estaba falto de amigos, y los nobles se ofendían de que tomara sus nombres en la boca.

¿Qué podía hacer Cervantes sino defenderse? Trabajo hubo de costarle hasta publicar su libro. Dispuesto ya á reír, enderezó á Béjar, como para burlarse de su ignorancia, aquella ridícula dedicatoria, compuesta de frases de Francisco de Medina y de Fernando de Herrera en la edición hecha por éste en 1580 de las obras de Garcilaso. El librero Francisco de Robles aceptó el manuscrito de mala gana, sin sospechar que iba á pasar por él á la inmortalidad, y lo imprimió, pobre y descuidadamente, en Madrid, en el taller de Juan de la Cuesta. Pero el golpe fué dado y Lope hubo de sentirlo. Cuando leemos, después de trescientos años y libras de las pasiones de la lucha, los detalles de esta guerra literaria, nuestras simpatías han de inclinarse naturalmente hacia el que, viejo y solo, combatió contra su rival endiosado y una corte de necios soberbios ó viles aduladores. Su gran habilidad fué abandonar el teatro, en que era inferior, y tomar el campo de la prosa y la novela. El gran error de Lope fué disputarle también la palma en este terreno, donde nadie en el mundo ha podido siquiera igualarle.

El sabio don Martín Fernández de Navarrete, asombrado de que dos hombres tan ilustres llegaran á manifestaciones tales de odio, trató inútilmente de probar que fueron buenos amigos. Navarrete ha querido también colgarle á Góngora los ataques entre Lope y Cervantes, y Hartzzenbusch quiso igualmente dulcificar algunos detalles del rudo combate. La romántica idea de que los genios no pueden tener las pasiones de los demás hombres inspiró la fácil musa de Narciso Serra en las populares escenas de *El loco de la guardilla*, donde aparecen Cervantes y Lope de Vega compitiendo en amistosos sentimientos. Pero lo cierto es que hubo entre ambos rivalidad grande, y que el libro orgullo tan legítimo de España, el gran *Quijote*, que el mundo entero aplaude regocijado, fué uno de los tremendos proyectiles lanzados á Lope por Cervantes en lo más recio de la titánica lucha. De esto hay pruebas claras, precisas, indudables, en el libro mismo y en documentos de la época. El tiro fué tan estupendo, el esfuerzo tan gigante, tan admirable la maestría del golpe, que Lope y sus amigos quedaron suspensos y confusos. Hasta nueve años después no intentaron contestar al formidable ariete con el menguado y cobarde dardo del *Quijote* de Avellaneda. Refugiáronse en el libelo y envenenaron sus flechas; pero Cervantes había vencido ya, y desde la cumbre del

Parnaso pudo reír del ejército maltrecho y confuso de sus enemigos. Avellaneda, el hijo infame de la envidia, fué á ocupar su puesto junto á Zoilo. Cervantes se colocó junto á Homero, y el *Quijote* ocupó su noble lugar entre las obras inmortales.

Avellaneda dice que el móvil de Cervantes fué ofenderlo á él, «y *particularmente* á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar». Quién era ese Avellaneda que tuvo el honor de recibir tal ofensa, la posteridad lo ignora. Trabajo cuesta creer que fuera el mismo Lope. Lo esencial es que el *Quijote* fué *particularmente* enderezado á combatir á éste, y que Lope de Vega sintió las fuerzas de su coloso enemigo, se ve en su prisa por escribir en agosto de 1604 la necedad de que era un necio quien alabara la novela sublime.

Razón humana y poderosa movió á Cervantes á entrar en la lucha. Menospreciado por el Gobierno en un país donde los medios de vida eran tan escasos, escribir libros y tratar de venderlos, granjeándose á la vez ricos protectores, era el único recurso posible en sus tristes cir-

cunstancias. Pero ¿en cuál de los géneros de literatura entonces en boga podía probar su ingenio sin tropezar con la rivalidad de Lope? En el teatro ya sabemos que era imposible. Lope, en el género pastoril, obscureció *La Galatea* con *La Arcadia*. *El peregrino en su patria*, del mismo Lope, era novela popularísima, si bien no encuentra hoy lectores fuera de los eruditos. Cervantes no fué gran poeta, ó mejor dicho, hábil versificador, y asustábale la fama del *Isidro*, de *La Jerusalén*, de *La Dragontea* y tantos otros poemas con que hizo crujir las prensas el más fecundo de los escritores que ha existido. ¿Qué otro libro podría servirle, pues, para atraer sobre sí la atención pública, sino la historia «de un hijo seco, avellanado y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno»?

La idea de una sátira contra los libros de caballerías, por mucho que éstos fueran ya tan de capa caída que sólo entreteníase en escribir uno de ellos el señor de Cañada Hermosa, le ofreció un campo no explotado y libre, por el momento, de la terrible competencia de su rival. Allá fué, pues, Don Quijote á dar de lanzadas á Lope de Vega, «sin anotaciones en las márgenes», como dice el prólogo, y «sin anotaciones en el fin del libro, como otros aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, Platón y de toda la ca-

terva de filósofos que admiran á los leyentes y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elegantes».

Allá fué Don Quijote á pegarle de testarazos al ilustre Lope, sin citas «de la Divina Escritura», sin pintar en un renglón «un enamorado distraído y en otro hacer un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oílo ó leelle». Allí fué á combatir *El Ingenioso Hidalgo*, sin listas de autores al principio «por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro», y sobre todo, fué sin sonetos encomiásticos, «á lo menos, sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos».

¡Qué censura tan admirable y cómica la de Cervantes al pretencioso estilo de su encopetado adversario! En *El Peregrino*, en *La Arcadia*, en las *Rimas*, nótanse todos estos defectos de mal gusto en que incurrió Lope. Contiene *El Peregrino* una lista alfabética de autores, desde Aristóteles hasta Zeuxis y Zoilo, y encuéntrase *La Arcadia* llena también de ridículas acotaciones. Clemencín contó veintiocho composiciones métricas en aplauso del autor al frente de las *Rimas* publicadas en 1604, y entre ellas algunas firmadas por el príncipe de Fez, el duque de Osuna, el marqués de la Adra-

da, los condes de Villamor y Adacuaz, el comendador mayor de Montesa y tres poetisas. También en el *Isidro*, publicado en 1599, llegó Lope al colmo del ridículo en esto de las citas, acotando desde la Crónica del Cid hasta los Trenos de Jeremías. Trizas quedó hecho, pues, el gran Lope Félix de Vega Carpio en el prólogo del *Quijote*, y abochornado y confuso cuando Cervantes le probó lo fácil que era hacer gala de tanta erudición y tan numerosos admiradores, pues bastaba para lo primero recordar unos cuantos latinajos, de puro sabidos olvidados, y para lo segundo, hacerse uno mismo los sonetos y prohijarlos «al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapizonda!»

El tiro más directo tal vez de todo el prólogo inimitable es aquel en que alude á los muchos amigos de que se jactaba Lope Félix:

«Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón que os dará su dístico:

*Donec eris FELIX, multos numerabis amicos  
Tempora si fuerint nubila, solus eris.»*

¿Por qué dice don Diego Clemencín que de la acusación de envidia hecha por Avellaneda á Cervantes «difícilmente se puede absolver á éste. á pesar de sus esfuerzos para diluirla»? En primer lugar, la crítica de Cervantes en su

prólogo es justa y dentro de términos moderados para la persona de su enemigo. Ninguna ofensa puede encontrarse en tan festiva y á la vez tan culta censura, y si Lope hubo de sentirse personalmente lastimado por ella, fué á causa de su soberbia y de sus malos sentimientos contra Cervantes.

No puede llamarse exactamente envidia tampoco á la defensa de un derecho. Cervantes no era un Torres Ramila, despechado y vulgar. Era el escritor de más genio que había entonces en España y uno de los primeros del mundo, y no podía conformarse, ni era justo que lo hiciera, á permanecer en el olvido ó á servir de corifeo, como los demás, á Lope de Vega. Si sufrió ante el duro contraste de su miseria y la prosperidad de Lope, no merece tan natural sentimiento una acerba censura. Cervantes, ya lo he dicho, no fué un santo, y su genio disculpa lo que podríamos llamar su humana tristeza ante los triunfos de un rival afortunado. El mismo se defendió en la admirable frase que se encuentra en el prólogo de la segunda parte del gran libro, replicando al desvergonzado Avellaneda:

«He sentido también que me llame envidioso y que como á ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada.»

En el capítulo XLVIII de la primera parte del *Quijote*, y en medio de la severa crítica que contra Lope encierra todo el diálogo sobre las comedias entre el cura y el canónigo, hallamos el mismo levantado sentimiento disculpando á su enemigo de sus yerros en el teatro y echando la responsabilidad sobre los cómicos. Pero Lope no fué tan culto ni tan generoso en sus réplicas. Entre los graciosos sonetos que se dirigieron uno y otro después de la publicación de la primera parte del *Quijote*, los de Lope de Vega son crueles y soeces, y de su taller, si no de su propia mano, salió en 1614 el *Quijote* de Avellaneda. Aunque no se ha aclarado todavía quién fué ese indigno personaje, fuerza es sospechar que con ese pseudónimo se encubrió alguno de los escritores zaheridos junto con Lope en el escrutinio de la librería de Don Quijote, ó alguno de sus compañeros de disipación lastimado en otra parte del libro. Esto último es lo más probable. Yo he dado mis razones para suponer que fuera el duque de Sessa (1).

Uno de esos individuos, sin duda con conocimiento y anuencia del ilustre autor dramático, fué quien lanzó la bastarda continuación

---

(1) *Cervantes y el duque de Sessa. Nuevas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda y su autor.* Habana, 1907.

de la novela de Cervantes, llena de insultos para éste, pero escondiendo la mano y ocultando el rostro. La teoría de que Avellaneda fué el padre Aliaga no es defendible ya, después de las razones alegadas por el señor Tubino en su obra *Cervantes y el Quijote*. La posteridad, en resumen, y es lo que importa, ha dado á Cervantes la victoria, porque ni Nassarre, ni Lesage, ni Germond de Lavigne, que ensalzan los méritos de Avellaneda, pesan nada ante el juicio unánime de los demás hombres.

## VI

En junio de 1605 tuvo la nueva desgracia Cervantes de que cerca de la puerta de su casa en la calle del Rastro en Valladolid mataran en riña al caballero don Gaspar de Ezpeleta. Acudió él á las voces de los combatientes y de los otros vecinos, auxilió al moribundo, y fué á los pocos días preso con toda su familia, por sospechas de complicidad en el delito. Se ha dicho que Ezpeleta llevaba amores con doña Isabel; y por los chismes y enredos de la beata Isabel de Ayala, quien declaró ante el alcalde de casa y corte, se ha supuesto que las mujeres de la familia de Cervantes eran de livianas costumbres y que él lo consentía. Los señores

Máinez y Pérez Pastor han hecho el bien de publicar el proceso, y todas esas calumnias se han desvanecido. La mujer por cuya causa murió Ezpeleta era casada, y no resulta, en las averiguaciones, de la familia de Cervantes. Aunque la casa en que éste vivía era una posada, que podía dar albergue á toda clase de gentes, de ello el desdichado escritor no fué, en verdad, responsable. Nunca pudo él elegir su casa á gusto, porque no viven los pobres donde quieren, sino donde pueden. El caso es que á los pocos días, no resultando cargos contra Cervantes y su familia, fueron puestos en libertad, y se deduce de la causa que el juez los detuvo buscando pretexto para no dirigir las investigaciones por otros lados, donde seguramente tropezaría con gentes de mayor influencia. Cristóbal de Villarroel, así llamábase el alcalde, no sabía (los contemporáneos nunca lo saben) que el infeliz á quien atropelló de un modo tan indigno daría más lustre á España que cuantos magnates albergaba entonces la orgullosa Valladolid.

En el mismo año de 1605 Cervantes estuvo probablemente en Madrid, ocupado en su libro, del cual se hicieron seis ediciones, casi todas sin autorización suya ni de Robles y en perjuicio de sus intereses. Hasta en esto fué desgraciado, á pesar del éxito grande del *Quijote*. En 1606 ningún dato importante tenemos sobre su vida.

En 1607 residía en la calle de la Magdalena, en Madrid, y allí le encontramos en un extraño y curioso enredo de familia. Con su hija Isabel, viuda de don Diego Sanz, con el cual ignoramos cuándo hubo de casarse, se comprometió á contraer matrimonio, en 28 de agosto de 1608, don Luis Molina, vecino de Cuenca, y en el término de un mes. En el documento redactado en esa fecha, donde consta este contrato, aparece lo siguiente: Isabel tenía de su primer esposo una niña de ocho meses de edad; Cervantes y don Juan Urbina, gran señor y secretario del rey, prometieron dotar á Isabel en 2.000 ducados, dentro de tres años después de celebrado el matrimonio con Molina, y una casa en la red de San Luis, propiedad según parece de Urbina, se convino que pasara en usufructo á la niña, llamada Isabel. A la muerte de ésta la casa pasaría en propiedad á Cervantes, aunque del matrimonio hubieran resultado hijos.

Para explicar su intervención en esta dote Urbina manifiesta vagamente que «la da por algunas causas que á ello le conmueven». Molina cumplió lo pactado por su parte, casándose, pero Cervantes no pagó á su tiempo los 2.000 ducados, por lo que en noviembre de 1611 su yerno trabó embargo en propiedades del fiador, y Urbina tuvo que pagar toda la dote de doña Isabel. En 21 de enero de 1622 demandó Urbina á ésta y su marido, alegando que la casa le per-

tenecía, porque doña Isabel tenía sólo derecho á usufructuarla, y Cervantes, fallecido en 1616, había otorgado declaración á favor de Urbina y sus herederos (1).

Desde 1605 hasta 1616 vemos á Cervantes mudar de casa en Madrid más de seis veces, sin duda por dificultades pecuniarias. Sábese que en 1607 pidió á Robles un adelanto de 450 reales sobre sus derechos de autor del *Quijote*. Su actividad literaria fué grande, sin embargo, y buena prueba de ello son, además de sus Co-

---

(1) Véase después de esta biografía el capítulo titulado «Una última desgracia de Cervantes». Es un hecho curioso, además de esta dote de doña Isabel, que en la familia de Cervantes las mujeres adquirieran á menudo propiedades por escritura pública en forma de *donaciones*. En 1568 doña Andrea recibió un donativo considerable en telas, joyas y dinero del italiano Juan Francisco Locadelo, que da por razón que ella y su padre (lo que nada tiene de extraño si éste fué médico) le «regalaron (sic) y curaron algunas enfermedades». A este donativo pertenecían los tafetanes que por orden de doña Magdalena empeñó Cervantes en 1583. En 1574 D. Alonso Pacheco donó á la misma doña Magdalena 500 ducados, que ésta no pudo cobrar sino en 1580, después de pleitos y diligencias. El mismo D. Alonso, en 1571, donó también otros 500 ducados á doña Andrea, y su hermano D. Pedro Portocarrero reconoció deber á ésta la misma cantidad. En 1581 D. Juan Pérez de Alcega, natural de Azpeitia (como el famoso vizcaíno que combatió con Don Quijote), se comprometió á entregar en otra escritura 300 ducados á doña Magdalena por que ésta no le exigiera el cumplimiento de una promesa de matrimonio.

medias, las *Novelas Ejemplares*, publicadas en 1613; el *Viaje al Parnaso*, en 1614; la segunda parte del *Quijote*, en 1615, terminada apresuradamente por la aparición del libro de Avellaneda; las *Comedias y Entremeses*, el mismo año, y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que dejó escritos y publicó su viuda. Más conocido y estimado, pero siempre en guerra con Lope y los suyos, acudía á la Academia de literatos, fundada en casa de don Francisco Silva, y participaba en sus bulliciosas sesiones. Su nombre

---

En 1596 doña Constanza de Figueroa ó de Ovando, la sobrina de Cervantes, recibió 1.400 ducados de D. Pedro de Lanuza (hermano del célebre Justicia de Aragón), en virtud de los cuales «le da libre de todo y cualquier derecho que contra él tenga, aunque fuese y pueda ser promesa de casamiento». La misma doña Constanza, en 1613, recibió 1.000 reales de D. Juan de Avendaño, quien se los envió desde Trujillo, en el Perú. Resulta por lo menos evidente de todos estos hechos que las mujeres de la familia de Cervantes demostraron poseer más «talento práctico», como diríamos hoy, que el gran escritor. Un tropiezo, sin embargo, le ocurrió á doña Magdalena. Siendo «mozo soltero» D. Fernando de Ludeña, según refiere ella en su testamento, le prestó doña Magdalena 300 ducados, «y después de casado con doña María Ana de Urbina» le negó la deuda. Ludeña luego le hizo firmar con amenazas una cédula librándole de responsabilidad, y después de prometerle «á solas» darle, «mientras él viviese, sus alimentos», y dejarla, si moría, «con qué vivir», nada hubo de cumplirle. En 1613 Ludeña pagó... pero con un soneto y bastante malo, en elogio de las *Novelas ejemplares*.

admirábase ya fuera de España, y en 25 de febrero de 1615 recibió la visita de los embajadores franceses que vinieron á Madrid con Noel Brulart de Sillery para acompañar hasta Francia á doña Ana de Austria, desposada con Luis XIII. Pero la gloria no amenguaba su pobreza. Ya en 1613 tuvo, como Avellaneda diría, que «acogerse á sagrado», ingresando en una de las Asociaciones religiosas de Esclavos del Santísimo Sacramento, de la Orden de San Francisco. El conde de Lemos y el arzobispo Sandoval, á quienes ha inmortalizado con sus elogios, parecen haberle favorecido algo con limosnas, aunque no tanto como él dice. Su esposa, doña Catalina, por todo lo que de ella sabemos, era una apacible mujer; pero su hogar derrumbábase ya, muerta doña Andrea en 1609 y doña Magdalena en 1611, casada su hija, y él, á pesar de su temple de espíritu, atacado de la cruel dolencia que le llevó á la tumba.

El hambre seguía tocando con su escuálida mano á las puertas del hogar de aquel pobre viejo. ¿Qué otra cosa podía hacer sino tomar los hábitos? Todos los hombres de valía entonces en España terminaban en brazos de la Iglesia, y él, agobiado por tantas necesidades, no había de ser una excepción. Prefirió antes de dar este paso, que quizás le repugnó cuando todavía era fuerte y capaz de la lucha, probar otros medios. Solicitó en vano del conde de Le-

mos y de sus favoritos, los Argensolas, un puesto en Nápoles; pero al fin sus fuerzas se rindieron, y próximo á la muerte, reclamó las limosnas de la Orden Tercera de San Francisco y profesó para tener derecho á ellas.

El mundo entero recuerda su prólogo del *Pericles*, su admirable descripción de sí mismo, sus nobles palabras á Lemos, «puesto ya el pie en el estribo», su humilde carta á Sandoval dándole las gracias por un socorro y sus últimos instantes, en aquella triste casa de la calle del León, esquina á la de Francos, demolida por ruinoso en 1833. En 23 de abril de 1616 falleció el más ilustre de los españoles, pero entonces este hecho pasó inadvertido. Vistieron su cadáver con los hábitos franciscanos, dejáronle descubierta el rostro como era privilegio de la Orden, y unas pocas personas caritativas lo llevaron al día siguiente al convento de Trinitarias descalzas en la antigua calle de Cantarranas, donde recibió sepultura, sin que sepamos el punto siquiera. Importancia no podía tener para los vecinos de Madrid, ocupados en sus egoístas pasiones ó en los problemas que á sus propias vidas acarrea el tirano inflexible, el «Messere Gaster» rabeliano, que un viejo, vencido en la anhelosa lucha, se desplomara al peso de las desdichas. Los genios son como las torres. A distancia se comprende su altura, pero á su lado es imposible medir su elevación y admirar su grande-

---

za. El pobre y casi solitario entierro de Cervantes no turbó, pues, ni un momento las ocupaciones de la Corte, y ni los escritores notaron la ausencia del más grande entre todos ellos. Sólo Francisco Urbina y Luis Francisco Calderón, ingenios medianos, (pero almas sencillas, cantaron sus alabanzas y pusieron humildes flores sobre su tumba. Ni Quevedo, que nunca le tuvo envidia, se ocupó de su muerte. Lope de Vega, sin duda, se sintió más tranquilo, y tal vez sonrió en lo más hondo de su alma, al saber que se había helado para siempre la mano burlona que dirigió el lanzón de Don Quijote...



## UNA ULTIMA DESGRACIA DE CERVANTES

No sólo por necesidades de dinero, con tenerlas tantas, solicitó Cervantes un destino del favor del conde de Lemos.

Cuando en 1610 Lemos fué nombrado virrey de Nápoles, se hallaba el que la posteridad designa con el más alto título de «Príncipe de los Ingenios españoles» en un enredo de familia del cual se ha dado ya sucinta cuenta y cuya mejor solución, para él, hubiera sido encontrar un empleo fuera de España.

Isabel de Saavedra, su hija única, era casada con un Luis Molina, sujeto de pocos ó ningunos escrúpulos. Esta Isabel, la que en célebre loa pintó Hartzenbusch como una monja casi santa, aunque hija de Cervantes no sabía escribir, mas por otros méritos—nada literarios por consiguiente—se había hecho acreedora, antes de su matrimonio, á la buena voluntad de don Juan de Urbina. ¿Quién era Urbina? Un poderoso,

secretario nada menos que del rey. «Por ciertos respetos», según reza un papel con su firma y rúbrica, prometió este señor dotar á Isabel de Saavedra en dos mil ducados, y mientras la dote se hacía efectiva, dió en usufructo á ella y á su marido una casa situada en la red de San Luis.

Podrá suponer el piadoso lector—conociendo la posición de Urbina, que además era hombre casado y Molina un protegido suyo—por cuáles «respetos» toda esta transacción se hizo y por qué apareció en la escritura pública falsedad tan notoria como que la casa era de Cervantes y Urbina sólo fiador de la promesa. No tratemos de desvirtuar con vanas sensiblerías la recta interpretación de los hechos. Sin mucha perspicacia, cualquiera ha de comprender, leyendo los documentos sobre este asunto publicados por don Cristóbal Pérez Pastor, que en la red de San Luis se estableció entonces, aunque guardándose las apariencias, lo que llaman en nuestros días los franceses un *ménage à trois*.

En ningún tiempo de la historia la felicidad en esa clase de hogares ha sido duradera. Molina resultó un marido de Quevedo, que poníalos pareciendo que se los ponían á él. Surgieron graves disgustos entre el matrimonio por una parte y Urbina por la otra. Aproximábase la fecha—agosto 28 de 1611—de pagar la dote. Isabel y su esposo se aprestaron á reclamarla por la vía

judicial; mas antes de ir contra el fiador tenían que demandar á Cervantes, como al cabo lo hicieron, y poner de manifiesto su insolvencia. A más del escándalo, revelábase con tal proceder la falsa declaración de la escritura, y ¿no era lógico que el pobre Cervantes, que en todo este asunto hubo de obrar poco airosamente, pero sin malicia, deseara poner distancia por medio? Así lo cree el docto profesor Fitzmaurice-Kelly, y la suposición parece bien fundada.

No es la primera vez que vemos á Cervantes desempeñar un papel pasivo y resignado en análogos enredos de las mujeres de su familia. Lo de hacerse pagar ciertas obligaciones por medio de escrituras y promesas de hombres ricos lo aprendió Isabel de sus tías Magdalena y Andrea. Su prima Constanza siguió también este camino. Por «respetos» parecidos á los de Urbina, y á veces más claramente confesados, aparecen, como ya hemos visto, en otros papeles deudores de Magdalena, de Andrea y de Constanza, el genovés Juan Francisco Locadelo, don Alonso Pacheco Portocarrero, don Pedro, su hermano, don Juan Pérez de Alcega, don Fernando de Ludeña, don Pedro de Lanuza y don Juan de Avendaño.

Nosotros no quisiéramos saber estas cosas. Menos aún convencemos de que Cervantes las sabía. Pero examinando bien nuestros escrúpulos, ¿no son exagerados y no encierran quizás

hasta una cruel injusticia? Ante todo, la memoria de Cervantes no padece porque sus hermanas, su sobrina y su hija no se resignaron á morir de hambre para darnos el gusto hoy de leer que llegaron á viejas tan íntegras en su virginidad como las heroínas de los libros de caballerías. Luego todo lo demás que sabemos de esas mujeres las honra. Con excepción tal vez de Isabel, fueron generosas y caritativas (1). Magdalena y Andrea se sacrificaron en reunir con su madre los fondos para rescatar á Rodrigo y á Miguel de la esclavitud de los moros. Magdalena, más que una hermana, fué para el mismo Miguel una madre. Ella trajo al hogar á esa propia hija, fruto de ilegítimos amores de Cervantes, y empleó todos los medios para que su presencia no turbara la paz entre el último y su esposa.

En la lucha difícil por el sostenimiento común, Cervantes y sus dos hermanas manifestaron igual abnegación. En Madrid, por 1583, le vemos empeñando, por orden de Magdalena, lienzos de algún valor, que fueron un regalo reci-

---

(1) En marzo 30 y septiembre 21 de 1639—veintitrés años después de la muerte de Cervantes—Isabel declaró ante el inquisidor Juan María de la Parra en contra de una infeliz loca llamada María Bautista. (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, vol. II, páginas 319-328.) Mas para juzgar este hecho hay también que tener en cuenta la época.

bido por Andrea de Locadelo. En Valladolid, en 1603, le vemos cobrar del marqués de Villafrauca recibos de Andrea por trabajos de costura. ¿Por qué hemos de indignarnos si ellas, y después Constanza é Isabel, tan pobres y desvalidas todas como Cervantes, trataron de defenderse lo mejor posible de las burlas de hombres de posición social superior á la suya, en un país donde las murallas que existían entre las clases altas y las bajas eran más infranqueables que ahora?

Ocurre que los pujos aristocráticos de Cervantes—humanos rasgos de disculpable vanidad—y el entusiasmo que su genio despierta hacen á muchos de sus admiradores poner en olvido que el autor del *Quijote*, con todo su aditamento de Saavedra y sus proezas militares, perteneció á la clase de los humildes. Su padre fué médico de provincia en el siglo XVI, que es como si dijéramos un barbero. Ni sus padres, ni sus hermanos, ni él conocieron no ya la abudancia, sino siquiera un tranquilo bienestar. El que hoy aparece un coloso, era entonces uno de tantos infelices como vivían en España de expedientes, sin bienes de fortuna, sin empleos lucrativos y—á pesar de su popularidad, siempre relativa, de escritor, y que sólo tuvo en la vejez—sin consideraciones sociales de ninguna especie. ¿Cómo hemos de pretender que ni él ni los suyos tuvieran otra vida y otras costumbres que

las impuestas por la realidad en su medio y en su época?

Desde luego que este aspecto del problema no es el de la virtud absoluta; pero es el cristiano y el caritativo. Más gallardamente aparecería Cervantes tan iracundo y severo con sus hermanas y con su hija como el héroe de un drama de Calderón; pero dejando á un lado lo injusta que habría sido esta actitud con aquellos seres infelices, seguramente que ocupado en celar á Magdalena, Andrea, Constanza é Isabel no hubiera escrito sus libros inmortales. Lo mucho que sufrió por esas y otras causas, su experiencia dolorosa en contacto con lo que un ingenio del siglo XIX hubo de llamar «impurezas de la realidad», ¿no han inspirado sus páginas más profundas y más amargas?

Ya un año antes de su muerte sabido es que uno de los caballeros de la embajada de Francia que hubo de visitarlo en Madrid observó, al contemplar la pobreza en que vivía, que si la necesidad era el acicate de su pluma, «plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo». Al Consejo de Indias—que en 1590 se negó á nombrarlo gobernador en Guatemala—se debe que no terminara su carrera probablemente más feliz, pero entre el montón vulgar de indianos enriquecidos. Casi estoy por decir también ahora que debíamos agradecer á Lemos

que no le llevara á Nápoles. Ocupado en la rutina de un empleo oficial ¿hubiera tenido tiempo y humor para concluir las *Novelas Ejemplares* y la segunda parte de las aventuras de su ingenioso hidalgo?

Nada de extraño tendría que el incidente de Isabel y de Urbina—del que, sin duda, se murmuró en la corte—influyera en la decisión de Lemos. De todos modos, fué una de las últimas desdichas que ensombrecieron la existencia tan poco afortunada de Cervantes. El dolor y la miseria no le abandonaron ni en los umbrales de la muerte. ¡Estúpido sería que nosotros, en vez de admirar su filosófica resignación y de alegrarnos de que expresara en sus libros con ironía regocijada el mundo de sus amarguras, quisiéramos que se condujera ante la realidad como un «quijote», precisamente para que el mismo *Quijote* no hubiera podido escribirlo nunca!



# EL "QUIJOTE,, Y SU TIEMPO

## I

1604-1605

El privilegio del rey para imprimir el *Quijote* es de 26 de septiembre, y la tasa del Consejo es de 20 de diciembre de 1604. Ya en primero del mismo mes y año había firmado la fe de erratas en Alcalá de Henares el corrector oficial Francisco Murcia de la Llama, y dudas no pueden caber, por tanto, de que el libro estaba terminado y listo para la venta antes de 1605. Tenemos, pues, que aceptar una de dos conclusiones: ó hubo una edición de 1604 que se ha perdido, ó ejemplares de la misma de 1605, que se imprimió con fecha adelantada, circularon en 1604. La primera hipótesis es de todo punto indefendible, pero ¿cómo explicarnos sin la segunda la popularidad del libro de Cervantes en 1604?

Se ha dicho que Lope de Vega conocía el manuscrito, y por esto pudo escribir á 14 de agosto de 1604, en su célebre carta de Toledo, hablando de poetas: «Ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe el *Quijote*.» Pero tal suposición es inadmisibile, porque entonces andaba muy enconada la enemistad entre Lope y Cervantes, que llegó al terreno de las injurias, y en el prólogo y en otras partes de la gran novela se ataca al primero con no poca saña. Era Lope, pues, la última persona á quien Cervantes hubiera confiado su obra antes de imprimirla; pero nótese, además, en la carta de Toledo (Cervantes vivía en Valladolid) que Lope de Vega habla á su correspondiente, de quien sabemos sólo que era un médico, como si éste también conociera el *Quijote* (1).

(1) Esta carta, muy traída y muy llevada entre los cervantistas porque en ella vuelve á mencionarse á Cervantes con desprecio junto al poeta, enemigo de Lope, Julián de Almendáriz, la publicó por primera vez Shack (*Nachtrige zur Geschichte der Dram und Literatur in Spanien*, Frankfurt am Meins, 1854). Es un monumento de gracia y donosura, con rasgos dignos de Molière. He aquí una parte: «Vñ, viva, cure i medre, i ande al uso; no cumpla cosa que diga, ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, guarde el rostro á la amistad... no más por no imitar á Garcilaso en aquella *figura correctionis* cuando dijo:

«A sátira me voy mi paso á paso»,

Se ha supuesto, igualmente, que leyó el manuscrito del *Ingenioso Hidalgo* el autor de *La Pícaro Justina*, impresa en 1605, pero escrita y aprobada en agosto de 1604, y el cual declaró, en muy malos versos por cierto, de esta obra, que Don Quijote era personaje tan famoso como Doña Oliva, Guzmán de Alfarache, Lazarillo de Tormes y Celestina (1). Pero claro es que si no se hubiera ya impreso su his-

---

cosa para mí más odiosa que mis librillos á lo Almendáriz i mis comedias á lo Zervantes. Si allá murmuran de ellas algunos que piensan que las escribo por opinión, desengañéles vuesa merced i dígales que por dinero. Dios guarde á vuesa merced; le guarde de Vergara el Zirujano Real, que ya le damos este atributo como á monesterio con túmulo, pues no ha curado tanto con las manos como destruído con la lengua. De la mia guarde vuesa merced la segunda parte de esta carta; i lo que digo acerca de esos casamientos que me dize este amigo que se tratan, lo que le aconsejo que lo mire bien; duerma sobre ello antes que sobre ella, porque es una cárcel de la libertad i una abreviatura de la vida; quien se casa por cuatro mil dará dentro de pocas horas cuarenta mil por no haber casado; pero vuesa merced es muy cuerdo y lo mirará mejor que yo. De Toledo y 14 de agosto de 1604.—*Lope de Vega Carpio.*»

(1) Los versos de *La pícaro Justina*, en el metro quebrado que luego hizo popular Cervantes, los copian todos los biógrafos de éste. El autor los llama «Sextillas unísonas de nombres y versos cortados». El «Libro de entretenimiento de la pícaro Justina, en que debaxo de graciosos discursos se encuentran prouechosos auisos», se imprimió en Medina del Campo por Cristóbal Lasso Vaca, en 1605, pero la licencia es de «22 de Agosto de 1604». El autor,

toria mal podría tener Don Quijote tan extraordinaria popularidad. Que la tuvo y no mintió el de la *Justina* está probado. En Semana Santa de 1605 eran ya tan populares los personajes de Cervantes que en una calle de Valladolid se reunieron más de doscientas personas para hacer burla «á un Don Quijote», el cual callaba, dice un documento de aquellos días, «como calló Sancho» (1).

según D. Nicolás Antonio, se ocultó con el pseudónimo de «Licenciado Francisco López de Ubeda, natural de Toledo»; pero, según el Sr. Foulché-Delbosc, López de Ubeda fué el verdadero nombre de un médico toledano (*Revue Hispanique*, X, 236). Menéndez y Pelayo creía, no obstante, que D. Nicolás Antonio pudo estar en lo cierto, y que Ubeda serviría de testafarro á Andrés Pérez, como mucho después sirvió D. Francisco Lobón de Salazar al padre Isla, apareciendo autor de *Fray Gerundio*. Véanse mis *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*, Madrid, 1910, pág. 226. Como de Pérez se reprodujo la novela en la biblioteca de Rivadeneyra (vol. XXXIII). El autor de *La pícara Justina* figura entre los enemigos de Cervantes, que en el *Viaje al Parnaso* le colocó entre los malos poetas, llamándole «capellán lego del contrario bando». Por este motivo es uno de los varios á quienes se atribuye el *Quijote* de Avellaneda. En un ejemplar de *La pícara Justina*, en italiano (Venecia, 1624, 4.<sup>o</sup>) he leído en la primera página la siguiente afirmación, escrita con letra manuscrita del siglo XVIII: «El autor fué un licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas».

(1) *Memorias de Valladolid*, Memorias en portugués, del Museo Británico. (Add. 20.812). Las extractó también Gayangos. (*Revista de España*, marzo y abril 1884.)

Revélase, además, en la obra misma, el deseo de su autor por que viera pronto la luz y la rapidez con que le dió los retoques finales. Concíbese que así fuera en 1614, cuando la necesidad de contestar á las agresiones de Avellaneda le movió á precipitar la continuación; pero ¿qué le apuraba en 1604? No sólo se observan en la primera parte los famosos descuidos que fué sacando como con pinzas Clemencín y los otros que el mismo Cervantes confesó en la segunda con inalterable buen humor, pero nótese también que capítulos enteros parecen escritos y agregados á última hora y otros como cambiados de su lugar primitivo, alterándose el plan de la novela.

Tengo para mí que así deben considerarse, por ejemplo, desde el V al VII, que comprenden el escrutinio de la librería de Don Quijote, el cual, probablemente, le ocurrió escribir después de la hazaña de los molinos de viento y la fiera y descomunal batalla con el vizcaíno en Puerto Lápice. Dígolo porque á los comienzos de la obra, en el capítulo II, cuando el héroe cabalga solo por los campos de Montiel, y nada se ha dicho aún de esos sucesos, se lee lo siguiente: «Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la de los molinos de viento; otros, que la de Puerto Lápice.» Esto no indica, como creyó Clemencín, una falta grave de Cervantes, sino que su primer

plan fué describir aquellas dos aventuras en la primera salida, y así lo hizo, mas luego las dejó para la segunda, cuando ya iba el caballero en compañía de Sancho, olvidándosele después de hacer la alteración borrar la frase antes citada. De todos modos, parece cierto que hubo en el gran escritor, en 1604, algo así como un nervioso deseo de que su obra (empezada, sin duda, lo más tarde en 1602) saliera pronto al público.

Hay otro indicio para creer que ya en febrero de 1604 tenía gran parte escrita, y que fué entonces cuando la revisó con rapidez y la dió á la imprenta. Sospéchase que uno de los personajes del tiempo á quienes más atacó en la primera parte fué el secretario de Estado don Pedro Franqueza, conde de Villalonga. Tuvo éste en 1603, con motivo de su condado, serias dificultades (1). Al fin, en febrero de 1604, después de haber intervenido hasta las Cortes, se le confirmó el nombramiento por el rey. Todas las satíricas alusiones, sin embargo, que al condado de Franqueza parecen encontrarse en la primera parte del *Quijote* indi-

---

(1) Rawdon Brown («El Ingenioso Hidalgo, etcétera, With Ms notes by Rawdon Brown, 1814, cuatro volúmenes»). Ejemplar del Museo Británico, C. 60 cl 1. También *The Atheneum*, 12 y 19 abril 1873. Las notas manuscritas son superiores á este último artículo, muy aventurado en sus afirmaciones.

can que aun andaba muy por los aires cuando se escribieron (1).

El *Quijote*, por todo lo expuesto, es un libro de 1604, aunque la fecha de 1605 se halle en la primera edición que hasta ahora ha llegado á nuestra noticia.

## II

### POBREZA Y ESPÍRITU DE AVENTURAS

La situación de España cuando apareció esta obra era, en verdad, triste y sombría. Cervantes la abarcó de una mirada, y como en la historia más imparcial del tiempo, podría estudiarse en las páginas del *Quijote*. Con mucha razón se ha dicho, pues, que *El Ingenioso Hi-*

---

(1) «No sé nada—respondió Sancho—; sólo sé que... se me ha deshecho mi condado como la sal en el agua (cap. XXXV). «Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole que... le prometía, en viéndose pacífica en su reino, darle el mejor condado que en él hubiese.» (Ibríd.)

«De ser conde no estuvo en un tantico  
Si no se conjuraran en su daño  
Insolencias y agravios del tacaño  
Siglo, que aun no perdona ni á un borrico.»

(Del *Burlador*, académico argamasillesco, á Sancho Panza, cap. LIV.)

*dalgo* es un vasto y pintoresco panorama en el que podemos ver, por maravilloso modo, reflejado el cuadro que España presentaba á fines de siglo XVI y comienzos del XVII (1).

A pesar de los galeones de América (que jamás alcanzaban, como hemos visto, á remediar con sus barras de oro las necesidades públicas ni privadas), la pobreza y hasta el hambre que también pintó Quevedo en admirables rasgos reinaban tiránicamente en el vasto territorio de la Península. La escasez de las ventas, los apuros de Sancho Panza y las flaquezas de sus alforjas están en la memoria de todos. Hasta los nobles de más lujo y boato (como acontecía á los duques que, según Pellicer, fueron nada menos que los de Villahermosa) estaban llenos de trampas y de deudas (2). En 1596 «no

---

(1) *Estado social que refleja el «Quijote»*. Discurso premiado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, escrito por D. Julio Pujol y Alonso. Madrid, 1905, página 8.

(2) «...Y aunque el duque, mi señor, lo sabe... hace orejas de mercader... y es la causa que, como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún momento» (*Don Quijote*, pág 2, cap. XLVIII). En el reinado siguiente, el observador é imparcial viajero Antoine de Brunel refiere que no había más nobles ricos en España que el duque de Alba, el marqués de Leganés y el conde de Oñate. Los demás vivían de pensiones del rey. *Voyage d'Espagne*

había un real en Castilla», según refiere un historiador contemporáneo, habiendo desaparecido en pocos meses, para satisfacer las famélicas necesidades del Tesoro y de la nobleza, más de treinta y cinco millones que entraron el año anterior por Sanlúcar (1).

Disimulaban los nobles la verdad de su miserable estado con fiero orgullo de españoles, manteniendo el ánimo arrogante y la frente alta en los mayores infortunios de la vida; pero el ojo observador podía comprender que tanta empinada grandeza se cubría muchas veces con capas raídas ó trajes mal zurcidos y que ayunaban por fuerza los soberbios hidalgos. «Tú, segunda pobreza, que eres de lo que yo hablo» (escribió Cervantes en uno de los párrafos más inspirados de su libro), «¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalla á los zapatos y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por

---

*curieux, historique et politique fait en l'annee, 1655. París, 1665, 4.º, cap. VII. Las casas de Madrid, con raras excepciones, eran de tierra, por no alcanzar el dinero para material más sólido. (Ibíd.)*

(1) El cronista Gil González Dávila: *Historia de la vida y hechos del ínclito monarca amado y santo D. Felipe III.* (Vol. III de la *Monarquía Española, de Salazar de Mendoza*, Madrid, 1771, fol.)

la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?... Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita del palillo de dientes con que sale á la calle, después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos; miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago.»

Nada de extraño tiene, pues, que con estómagos ligeros ó vacíos se hicieran grandes locuras y se acometieran empresas disparatadas. «Le hago saber que imagino (exclamaba uno de los personajes del *Quijote*), como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener todos los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire.» No se templaban á la dura prueba de la reflexión y la experiencia los planes concebidos por la exaltada fantasía; muy al contrario, cerrábanse los ojos á la realidad, como si el mundo fuera siempre cual se sueña y no cual se conoce por los hechos. Procediendo de modo tan opuesto á la verdad, negábase Don Quijote á ver las cosas como eran (de aquí la contienda inmortal sobre el yelmo de Mambrino), y entre otros rasgos de su locura, que parecen contener críticas de carácter general, negábase también á probar por se-

gunda vez si la celada que había hecho de cartón resistiría ó no los golpes de su tizona, admitiéndola, sin más experiencia, por obra fortísima de acero (1).

El mismo año de la publicación del *Quijote* ocurrió el hecho más extraordinario tal vez en la historia del desgobierno español, y que á fuerza de cómico y estupendo sólo tiene semejanza con la fenomenal disputa sobre el yelmo de Mambrino. La Hacienda se hallaba en situación tan afflictiva que faltaban á veces los dineros para la mesa del rey. Los 23 millones de ducados en los cuales se calculaban los ingresos, respondían casi todos al pago de deudas, según refiere el embajador de Venecia Simón Contarini. En esta situación, el secretario don Pedro Franqueza, conde de Villalonga, convenció á Lerma y al Monarca de que poseía un secreto infalible para desempeñar el Tesoro, y hubo de conseguir facultades extraordinarias que le permitieron disponer á su voluntad de los fondos públicos. A esta comisión se dió el nombre de *desempeño*. Los escandalosos robos de Franqueza, sus prevaricaciones, su cinismo sin igual, evidenciáronse en la causa que al fin se le formó en 1606; pero lo

---

(1) «...Y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la disputó y tuvo por finísima celada de encaje.» (Parte I, cap. I.)

portentoso es que el año antes presentara á Lerma y á Felipe III, con gran admiración de ambos, un estado con todas las deudas desempeñadas y un sobrante considerable para la corona. Aunque esta colosal mentira produjo gran escándalo, y el Consejo de Hacienda, presidido por don Hernando Carrillo, se negó á firmar el decreto de aprobación de las peregrinas cuentas, tan seguro estaba don Felipe de la realidad de todo aquello, que manifestó su disgusto al Consejo y confesó, bajo su firma, en cédula real suscrita por él, que *el desempeño de su hacienda era un hecho y ésta quedaba libre y aumentada en catorce millones de renta* (1). Con igual asombro al de Carrillo y sus compañeros quedáronse haciendo cruces en la venta cuantos vieron á Don Quijote y otras personas sostener que una vulgar bacía de barbero era un yelmo de oro, y una albarda de jumento rico jaez de caballo.

No obstaba aquella situación de general penuria, á la que en tiempo tan corto relativamente había llegado la nación después de la época grandiosa de los Reyes Católicos, para que altos y bajos, grandes y plebeyos, estuvie-

---

(1) *Los favoritos de Felipe III*. D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga, secretario de Estado, por Julián Juderías. (De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*), Madrid, 1909, pág. 29.

ran dispuestos á seguir la mala política de acometer empresas de gigante ajenas á sus verdaderos intereses y para las que siempre les sobró, sin duda, el ánimo, pero les faltaron los recursos. Ni siquiera guardaron en privado la previsión y el hábito de ahorro en que ya desde entonces se fundó la superioridad económica de los franceses, además de las ventajas de una tierra más fértil. Aunque pobres, eran pródigos. Los viajeros que visitaron España en el siglo XVII, entre ellos el ya citado Antoine de Brunel (y cuando la situación se agravó á un punto increíble, la condesa de Aulnoy y el penetrante embajador marqués de Villars), hablan de la esplendidez rumbosa de los españoles, no obstante el gravísimo estado de sus haciendas. Don Quijote es un gráfico ejemplo, pues olvidó la administración de sus bienes, vendió «muchas hanegas de tierra de sembradura» para comprar libros de caballerías, y á fin de realizar su segunda salida allegó una razonable cantidad «vendiendo una cosa, empuñando otra y malbaratándolas todas». (Parte primera, capítulo VII.)

Apenas sonaba la trompa bélica, aquel pueblo heroico, pero hambriento y debilitado, olvidábase de sus males y poníase en pie. Cuarenta y dos años nada más habían transcurrido de la hazaña de Lepanto y ya era imposible repetirla por falta de hombres y de dinero, cuan-

do en 1613 la empobrecida nación quiso hacer un alarde naval contra el turco, muy superior, es indudable, á las fuerzas de que podía disponer (1). Cervantes se burló de esta gran alharaca, apuntando como el medio mejor para el rey de combatir á los infieles, apelar á la media docena de caballeros andantes que tal vez vagaban por España. «Cuerpo de tal, dijo á esta sazón Don Quijote, ¿hay más sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que sólo bastase á destruir toda la potestad del turco?» (Segunda parte, capítulo 1.)

### III

#### EL MAL GOBIERNO

Para realizar proezas como la de Malta á pretexto de defender la fe ó el prestigio del mismo rey, agobiábase al pueblo con tributos y

---

(1) Véase el curioso libro *Relación verdadera de las prevenciones que en todos los Estados de Italia se hacen así en los presidios de tierra como de galeras y bajeles para guardar la bajada del gran turco, que se tiene por muy cierto que viene sobre Malta, con otras novedades de este año 1613*. Enviada por el capitán Juan de Flores, entretenido en la Corte Romana. Granada, 1613, fol.

esquilinábase la vinatería, única industria floreciente que había quedado. Las de lanas y sedas, lo mismo que la agricultura y el comercio, habían sido aniquiladas por los impuestos ruinosos que comenzaron á pesar sobre el país desde el reinado de don Alfonso XI, el creador de la alcabala, y siguieron decretando los Reyes Católicos. Pero los Austrias llevaron á tal extremo los tributos, que parecían *adrede imaginados*, según observa un distinguido economista español, para sumir á España en bancarrota irremediable (1).

Defendíanse aun los vinos, y en marzo de 1604, el duque de Lerma arrancó, no sin grandes protestas públicas, á las Cortes reunidas en Valencia, una contribución extraordinaria sobre la fabricación y venta de ese producto. Quizás aluda á semejante medida el destrozo que en la hacienda del ventero hizo Don Quijote cuando libró su «brava y descomunada batalla» contra los cueros de vino tinto (2).

Otra vez, según consta en documentos de la época é imitando á Carlos V y Felipe II, mandó don Felipe III á sus agentes apoderarse de

---

(1) *Examen crítico-histórico del influjo que tuvo en el comercio, industria y población de España su dominación en América*, por D. José Arias y Miranda. Madrid, 1854, pág. 81.

(2) Rawdon Brown, Ms. Notes.

las barras de oro y plata que de América venían consignadas á particulares, dejándoles, en cambio, papeles donde el pago se les ofrecía «con formalidades aparatosas» (1). Debíase esto y mucho más, según los gobernantes del tiempo, á la necesidad de mantener muy alto el honor nacional. Lo mismo creía Don Quijote, según el cual debíanle mantener los venteros á cambio del insufrible trabajo que se tomaba en andar por el mundo vengando los agravios de los otros.

En sus admirables *Estudios del Reinado de Felipe IV*, tan llenos de imparcialidad y elevación, observó Cánovas del Castillo que el párrafo del *Quijote* más aplicable á la situación de España era el famoso diálogo con el ventero, en el capítulo XVII de la primera parte:

«El ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuesa merced me venga ningún agravio... Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta... ¿Luego venta es ésta?, replicó Don Quijote... Pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que podrá hacer, por ahora, es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros an-

---

(1) Véase Modesto Fernández y González: *La Hacienda de nuestros abuelos*, Madrid, 1874, pág. 81.

dantes... Porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciera, en pago del insufrible trabajo que padecien buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que ver con esto, respondió el ventero; págueme lo que se me debe y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.»

Siguió en esta conducta don Felipe el mal consejo de su abuelo y de su padre, quienes agotaron las riquezas de España para seguir su infructuosa y turbulenta política en el extranjero. Contra el tributo extraordinario sobre la harina, que en tiempo de Felipe II se propuso en las Cortes para sufragar gastos estrafalarios y exorbitantes, pronunció el procurador don Francisco Antonio Alarcón un discurso digno de inmortalizarle entre los más famosos políticos españoles. «Pregunto (decía aquel denodado representante del pueblo): ¿qué tiene que ver para que cesen acullá las herejías, que nosotros acá paguemos tributos de la harina? ¿Por ventura serán Francia, Flandes, Inglaterra, más buenas cuanto España fuese más pobre?» «Sin duda es dañosísimo (añadía) que entiendan los enemigos, y aun los amigos extranjeros, que las

cosas de esta monarquía han llegado á tanto extremo, que ni para librarnos de la guerra ni de las herejías de otros reynos ya hay otro remedio, como dicen los señores de la Junta, sino quitarnos el pan de la boca... Esta es condición de las cosas humanas, que á los príncipes y reynos empeñados y necesitados los amigos les pierden el respeto, los enemigos el temor, no pudiendo cumplir en aquéllos las promesas ni contra éstos executar las amenazas.»

«El tributo de la harina (terminaba con valerosa elocuencia), como lleno de dificultades, de inconvenientes, de desigualdad, no debe ni puede en ninguna manera concederse ni consentirse; pues sin fingir nada podemos decir lo que los de Andria á Themístocles, que yéndoles á echar un tributo dijo que para que lo concediesen llevaba dos dioses muy poderosos: la persuasión y la fuerza. A lo cual respondieron que también ellos tenían otros dos dioses más valientes que les defenderían de no pagarlo, que eran la pobreza y la imposibilidad» (1).

¿Fueron escuchadas y atendidas, acaso, estas elocuentes y nobles palabras? Tanto valían

---

(1) Este admirable discurso, atribuído también al licenciado Gonzalo de Valcárcel, lo copió de un código de la Biblioteca Nacional, de Madrid, D. Adolfo de Castro, publicándolo en su ya citado *Ensayo filosófico*, pág. 81.

los ruegos del ama, de la sobrina, del cura y del barbero para que no arruinara su hacienda Don Quijote y dejara de salir por el mundo en busca de gigantes y malandrines.

El abandono general de la agricultura en aquel tiempo y de todas las artes y comercios útiles dentro del territorio de España es cosa harto sabida.

Hasta poseer ganados—los agricultores se quejaron siempre de la protección que en contra de ellos se dispensó á la ganadería—llegó á ser casi imposible. Recuérdese la relación del ganadero á Sancho sobre los cuatro puercos que había vendido, y en los cuales «le llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían» (1).

Dedicábase la juventud únicamente al ejercicio de las armas ó á buscar fortuna en el Nuevo Mundo («engaño común de muchos y remedio particular de pocos», según el mismo Cervantes escribió en *El Celoso Extremeño*) ó á refugiarse en la más cómoda vida de la Iglesia, á lo que apelaban, sobre todo, los «más discretos» (2). La muchedumbre eclesiástica era

---

(1) Segunda parte, cap. LV.

(2) «Hay un refrán en España, á mi parecer muy verdadero... y el que yo digo claramente dice: Iglesia ó mar ó casa real; como si más claramente dijera: quien quiera valer y ser rico siga á la Iglesia ó navegue, ejercitando

tal (y se dijo también entonces con notable entereza) que constituía una verdadera plaga. Fray Luis de Miranda entregó á Felipe III un memorial en el cual propuso enérgicos remedios para impedir el creciente aumento de la clerecía, y lo mismo hicieron el Regidor de la ciudad de Toledo, licenciado Jerónimo Cevallos, y otros preclaros varones, entre los que descolló el intrépido Sancho de Moncada, autor de los *Ocho discursos sobre la restauración política de España* (1). Fray Angel Manrique, obispo más tarde de Burgos, probó en 1624, en su *Socorro que el Estado eclesiástico podía hacer al Rey Nuestro Señor, con provecho mayor suyo y del reino*, que «el extinguir los muchos mo-

---

el arte de la mercancia ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: más vale migaja de rey que merced de señor...» «Vine á concluir en que cumpliría su gusto y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á mi Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca.» (*Don Quijote*, primera parte, cap. XI.)

(1) Todos estos trabajos los recopiló D. Juan Isidro Fajardo y Monroy, de la Academia Española, ocultándose para ello con el seudónimo de D. Juan Yáñez: *Memorias para la historia de D. Felipe III, rey de España*, recogidas por D. Juan Yáñez. Madrid, 1724, 4.º Los discursos de Moncada se imprimieron en Madrid en 1619, fol.

nasterios estaba tan lejos de ser contra piedad, que antes la piedad misma pedía que se hiciera» (1). A este número considerable de frailes alude Don Quijote también en uno de sus más notables diálogos con Sancho. «Sí, respondió Sancho; pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes. Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que de los caballeros». (Segunda parte, capítulo VIII.)

También se nota en otras partes del libro que no tenía Cervantes la mejor voluntad á los eclesiásticos, y como los demás ilustres ingenios del siglo de oro de las letras castellanas (á pesar de que todos, según á él mismo le ocurrió, paraban en tomar los hábitos, por ser «más discreto»), reconocía el grave mal de que ejército tan inmenso de holgazanes viviera sobre el escuálido Tesoro público, y hasta algunos, de sentimientos nada benévolos, gobernarán en las casas la conducta de los poderosos (2).

---

(1) Castro: *El Conde-Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*. Cádiz, 1846, pág. 171.

(2) «La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes, destos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos;

Sin dejar Cervantes de ser católico, como buen español de su época, observó los errores de la Iglesia y hasta el lado ridículo de los procedimientos de la Inquisición. Dudas no pueden haber hoy día de que así como en el *Coloquio de los perros* satirizó el auto de fe efectuado en Logroño en 1610, completó el gran

destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les «hacen ser miserables.» (*Don Quijote*, segunda parte, cap. XXXI.) En el capítulo siguiente se describe el grave altercado de Don Quijote con el mismo eclesiástico, en el que también se leen palabras muy duras para la clase á que éste pertenecía. Se ha llegado á exagerar la antipatía de Cervantes por los religiosos, hasta pretender que los llamó á todos «satanases del infierno», cuando dice Don Quijote: «...y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación arremetiéndoo y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que erades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.» (Primera parte, cap. XIX.) Pero este «siempre» parece más bien una de las muchas incorrecciones de Cervantes, por referirse al tiempo mediado desde que Don Quijote vió la procesión de frailes hasta que hubo de atacarlos. Así lo creyó el Sr. Sales en su edición del *Quijote*, hecha en Boston el año 1836, donde corrigió el texto, dejando la frase de este modo: «que por tales os juzgué y tuve». Prescott, en su conocido ensayo sobre Cervantes, aplaude esta alteración. Mucho hincapié, no obstante, hizo en la palabrita don Juan Calderón en su curiosísimo libro *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que no han entendido ó han entendido mal algunos de sus comentadores y críticos*; Madrid, 1851,

cuadro de su nación y de su época, en las páginas del *Quijote*, con una burla fina y admirable del Santo Oficio. Los mismos que se niegan á ver en el *Quijote* otra cosa que una obra literaria, sin más alcance que combatir los libros de caballerías, aceptan el encantamiento de Altisidora y las grotescas ceremonias descritas en el capítulo LXIV de la segunda parte como una burlesca crítica de los autos de fe en general (1).

No era posible que dejara la Inquisición de caer bajo la pluma del escritor insigne, ni tampoco la bárbara medida de expulsar á los moriscos, colmo de los desaciertos del reinado de

---

(1) Véase el discurso de don Juan Valera *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*, leído en sesión pública de la Academia Española el 25 de Septiembre de 1864. Fué el primero en observar y probar con mucha minuciosidad que la aventura de Altisidora es una burla del Santo Oficio don Antonio Puigblanch en su libro *La Inquisición sin máscara*, publicado en 1811 y traducido al inglés el año siguiente. La Inquisición no fué, en verdad, severa con Cervantes ni con el *Quijote*. Nada tachó en la primera parte, y cuatro años después de impresa la segunda mandó solamente borrar, según el *Indice Expurgatorio de 1619*, estas palabras, en el cap. XXXVI: «Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada.» (C. A. de la Barrera: *Nuevas investigaciones*, etc., en las *Obras completas de Cervantes*, dedicadas al infante don Sebastián; Madrid, Rivadeneyra, 1863.)

don Felipe III, y que se tomó en apariencia por motivos religiosos, y en realidad, como insinuaron el mordaz Villamediana y otros escritores del tiempo, y el mismo Cervantes da á entender claramente, con el propósito de despojar de sus haciendas á aquellos infortunados.

¿Quién que lea con ánimo imparcial la historia de Ricote dejará de comprender, á pesar de los aplausos de Cervantes á la expulsión, que estas frases, como no podía por menos, dada el alma noble de quien las escribía, son irónicas ó traídas para ponerse el autor á cubierto de persecuciones muy graves en aquella época y en España? Nótese que el propio Ricote, como si esto pudiera ser natural, es el panegirista de sus tiranos y mantiene por justa y necesaria la ley en virtud de la cual quedó su hogar destruído y separado él de su mujer y de su hija, para tener luego que introducirse furtivamente en España á recuperar el tesoro enterrado á fin de que no se lo robasen (1). Nótese también con cuánta habilidad hace resaltar el aspecto cruel de los bandos contra su raza, y hasta indica lo mejor que se vive donde hay

---

(1) «Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena de destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar.» (Segunda Parte, cap. LIV.)

libertad de conciencia (1). El despojo á los moriscos también está señalado, aunque no se hizo ocultamente, y forma parte de aquellas bárbaras órdenes (2). Igualmente se puede observar la simpatía que inspiran Ricote y su familia, tan contraria al sentimiento que despiertan sus crueles y despiadados perseguidores. «Séte decir, le cuenta Sancho, que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedía la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que á mi me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón; y á fe que muchos tuvieron deseos de esconderla ó salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo.»

(1) «Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: *cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia.*» (Ibid.)

(2) «...y séte decir otra cosa: que creo que vas en balde á buscar lo que dejastes encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán.» (Ibid.)

Ordenóse la expulsión desde 1609 hasta 1611, y por ella se fueron de España los brazos más útiles á la agricultura y los únicos ó casi únicos habitantes que se dedicaban con inteligencia á la industria y al comercio. Inútil será repetir los males que acarreó á España esa medida, juzgada ya por la historia. El número de moriscos expulsados no puede estimarse con exactitud, porque, según unos, fueron 1.500.000, y según el cálculo más bajo, 150.000. Pero la despoblación de España, á la que tanto contribuyeron los decretos, tuvo en tiempos de Felipe III y de su hijo Felipe IV caracteres alarmantes. La ciudad de Burgos, por ejemplo, tenía más de 7.000 vecinos reinando Felipe II, y llegó en 1624 á tener apenas 900. Cinco mil tenía León, y luego 500 escasos. En Toledo faltaba más de la tercera parte de los moradores, y en suma, ya en el poder Felipe IV, España en su mayor parte parecía un desierto (1). Brunel, en su obra ya citada, refiere que la falta de soldados era la mayor dificultad del cuarto Felipe para continuar la guerra de Cataluña.

La administración de justicia era corrompida en sumo grado. Las leyes, las admirables leyes que siempre tuvo España, ni siquiera teníanse en cuenta en muchos casos por los jueces, quienes llenos de vanidad preferían, como más cómoda,

---

(1) Castro, op. cit.

la ley del encaje (1). De dar dinero ó de no darlo dependían la absolucíon ó la condena, cuando se trataba de gente sin influjo (2). Ni siquiera la seguridad personal existía en los lugares más importantes del territorio, y lo prueba el retrato hecho por Cervantes del célebre bandolero Roque Guinart, que campeaba por sus respetos á las puertas mismas de Barcelona y tenía dentro de esta ciudad connivencias con encoquetados personajes. En 1602, precisamente cuando Don Quijote y Sancho debieron tropezar con Guinart y su partida, el virrey de Cataluña contestó al Concilio convocado en Tarragona por el arzobispo don Juan de Moncada que el Gobierno era impotente para reprimir á los bandidos (3). El mismo virrey Zucafort, según do-

(1). «Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.» (*Don Quijote*, segunda parte, cap. XLII.)

(2). «Dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos ve'n te ducados que vuesa merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo.» (*Don Quijote*, primera parte, cap. XXII.) «Si acaso doblares la vara de la Justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino de la misericordia.» (*Ibid.*, segunda parte, cap. XLII.)

(3). Véanse los documentos que pudieran servir para ilustrar la historia de Don Quijote en el tomo VII del *Viaje literario á las iglesias de España*, por el padre Joaquín Lorenzo de Villanueva; Valencia, 1821.

cumento de la época, «perseguía á Roque Guinart y era peor ladrón» (1). Mas ¿qué extraño tiene que así fuera el virrey de Cataluña, si toda la administración de España, comenzando por el duque de Lerma, primer ministro, daba ejemplo espantoso de corrupción é impudicia?

#### IV

##### EL DUQUE DE LERMA

Un hombre solo no puede ser responsable de las faltas de toda una época, ni tampoco evitar que produzcan sus efectos naturales las causas más hondas y atrasadas de las cuales proviene la historia de la decadencia de las naciones. La de España venía ya desde las locuras de Carlos V y Felipe II; pero no cabe olvidar la parte que tuvieron en los graves desastres de la nación hombres como Lerma y luego el conde duque de Olivares, á quienes las circunstancias pusieron en el caso de retardar la ruina de su patria y la empujaron, por el contrario, desvergonzadamente hacia el abismo.

Débil é incapaz, dejábase Felipe III gobernar por su ministro, y éste ejercía el Gobierno ab-

---

(1). *Ibid.*

soluto. Nada más contrario que el duque al modelo del buen gobernador, según lo pintaba Don Quijote á Sancho en los sublimes consejos que hubo de darle antes de salir el último para la ínsula (1). Era Lerma altanero y vengativo (2). Arrancó al rey en donaciones para sí, cuando más necesitado se hallaba el erario, 44 millones, y como si esto no bastara, vendía los destinos públicos y se inclinaba siempre no del lado de la misericordia, sino de la dádiva. Su jauría de paniaguados procedió, amparada por él, de modo igual. El ya citado don Pedro Franqueza y otros de sus protegidos, robaron en pocos años muchos millones de ducados, sin contar las depredaciones de empleados menores que alcanzaron el doble (3). Las cosas más difi-

---

(1) «Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de la injuria y ponlas en la verdad del caso.» «Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones», etc.

(2) «El orden de la casa presente es muy contrario al de las pasadas, pero no hay quien se atreva á reprobarlo por el ímpetu y natural del duque de Lerma, á quien todos temen.» (Relación del embajador veneciano Contareni, en el apéndice á Cabrera: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1559 hasta 1614*; Madrid, 1857, fol.)

(3). El proceso seguido contra Lerma se encuentra en fiel copia del original, que está en la Biblioteca Nacional

ciles se obtenían en la corte, según dice en la novela de Cervantes D. Antonio Moreno, «por medio del favor y de las dádivas» (1). Los dineros del rey pasaban sin gran rodeo al bolsillo de sus empleados, que luego con fútiles evasivas y pretextos trataban de retardar las cuentas, si es que llegaba la hora de rendirlas, como hizo Sancho en el caso de los cien escudos de Sierra Morena (2). Nada más cerca de la verdad que

---

de Madrid, en el Museo Británico (Eg. 2.081). Además de los latrocinios del ministro, consta allí su cínica jactancia. «Las mercedes, decía á don Rodrigo Calderón, han de sacarse á los reyes una á una, como los juncos.» Ya con fecha de 19 de Marzo de 1614 prohibió Felipe III el escándalo de que los destinos se vendieran. Era público y notorio, como decía el Duque á Sancho, «que no hay ningún género de oficio destes de mayor cuantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho». Pero hasta 15 de Noviembre de 1618 (tres años después de la publicación de la segunda parte del *Quijote*) no retiró Don Felipe su orden á los consejeros de atenerse á lo que Lerma les mandase. Consta este decreto en el mismo volumen M. S.

(1). Segunda parte, cap. LXV.

(2). «...también dicen que se olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la malleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra y hay muchos que desean saber qué hizo dellós ó en qué los gastó... Sancho respondió: Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago que si no lo reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acaban-

la pintura del Gobierno de Lerma y su camari-lla, hecha un siglo más tarde por Lesage en *Gil Blas de Santillana*.

Naturalmente, en situación semejante los amigos de Lerma sólo alcanzaban los puestos públicos, y á Cervantes le ocurrió solicitar en vano en 1590 un Gobierno en Guatemala, que se dió á uno de los vulgares protegidos del ministro. ¿No aludirán tristemente á este fracaso las palabras de Don Quijote á Sancho, cuando el último fué nombrado gobernador de la ínsula? «Yo... me veo en los principios de aventajarme y tú... te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin cómo ni cómo no, se halla con el cargo que otros muchos pretendieron... Tú, que para mí sin duda eres un porro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada.»

De todos modos, que Cervantes tuvo presente á Lerma más de una vez escribiendo el *Quijote*,

---

do de comer daré la vuelta y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos. Y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fué á su casa.» (Segunda parte, cap. II.)

parece indudable. La orden arbitraria subiendo el valor de la moneda de vellón, orden que con justicia censuró el Padre Mariana en un tratado especial, y que al decir de don Diego de Saavedra Fajardo, causó tanto daño como si hubieran caído sobre la Península «todas las sierpes y animales venenosos de Africa», fué obra del favorito, quien creyó haber descubierto en ella una panacea universal con la que, además de remediarse los apuros del erario, pasarían todos los españoles de pobres á ricos, sin más gasto que el de la pluma y el papel con los cuales se escribió el decreto. Posible es también que á semejante locura se refiera el célebre bálsamo de Fierabrás, de tan maravillosa virtud y de tan poco costo, según Don Quijote (1).

Pero si esta suposición pudiera parecer infundada, no lo es la de que en el capítulo XXIII de la segunda parte se describe y satiriza el malféfico influjo de Lerma en Palacio y sobre el rey. Presento sin reserva alguna esta interpretación del admirable incidente de la cueva de

(1) «Si eso hay, dijo Panza... no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de este extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adondequiera más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida, honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote. Pecador

Montesinos, porque nada más fácil que confirmarla con la historia de la época. Era moralmente don Felipe III esclavo del duque. Los viejos consejeros de su padre que aun vivían, como don Cristóbal de Mora y el príncipe de Doria, fueron relegados por Lerma á un puesto insignificante, privándoles de toda voz hasta en los asuntos de su incumbencia y mientras tanto él gobernaba todo á su antojo (1). Apartó también Lerma al monarca de cuanta persona podía ganar su afecto, y llegó en esto al punto de trasladar la Corte á Valladolid, en 11 de enero de 1611, con el objeto de que don Felipe no se comunicara fácilmente con la emperatriz doña María, reclusa en el Convento de las Descalzas Reales de Madrid.

Este «encantamiento» del rey por su ministro (sugestión diríamos ahora), y la situación análoga de la emperatriz, de la familia real, de los consejeros y la servidumbre, fué la que pintó Don Quijote al describir los habitantes del «real y suntuoso palacio ó alcázar» de la cueva de Montesinos, «encantados» por el astuto Merlín. El rey aparece en esta aventura como «el desdichado Durandarte, flor y espejo de los caballeros», tendido sobre un sepulcro sin poderse va-

---

de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced?», etc. (Primera parte, cap. V.)

(1) Contareni, loc. cit.

ler y vivo, sin embargo de faltarle el corazón. La emperatriz doña María es la no menos encantada doña Belerma; el anciano Montesinos es uno de los viejos consejeros, ya Mora, ya el de Doria, y el taimado Merlín, ¿quién otro puede ser sino el duque de Lerma?

Obsérvese que Durandarte, según don Quijote, era «no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho... *sino de pura carne y de puros huesos*». De Merlín dice Montesinos: «Tiénele (á Durandarte) aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, *sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo*». La situación de la emperatriz, como reclusa, está muy hábilmente indicada: «Volví la cabeza y vi... que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre la cabeza al modo turquesco. Al cabo y al fin de las hileras venía una señora que en la gravedad lo parecía, asimismo *vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra.*» Para que se comprenda también que no puede ser esta Belerma la amante de Durandarte, como aparece ostensiblemente en el cuento, sino una anciana, cual era la emperatriz doña María, explica Don Quijote con mucha gracia que Merlín le dijo: «Y no toma oca-

sión su amarillez y sus ojeras de estar en el mal mensual ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas.»

Cervantes puso mucho empeño en que se leyera este capítulo entre líneas. Recuérdese entre otras frases del libro las disquisiciones en el capítulo siguiente, sobre si podía ser cierto ó no lo que contaba don Quijote y la pregunta de éste á la *cabeza encantada* en el capítulo LXII: «Dime tú el que respondes ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos?... A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, *de todo tiene.*»

Mientras así vivía el rey, atado á la voluntad de su ministro; mientras todo eran intrigas y bajezas en aquella corte de locos y menguados; mientras España avanzaba con fúnebre paso por el camino de su perdición, el orgulloso duque, desplegando una vanidad impropia de los ideales caballeros que pintó Cervantes, hacía público y ostentoso alarde de su mal adquirida fortuna. Sus libreas y suntuoso acompañamiento deslumbraban á españoles y extranjeros, y preciábase más del lujo de sus lacayos que de las necesidades del pueblo oprimido bajo sus pies.

«Toma con discreción el pulso á lo que pudiera valer tu oficio (aconsejaba Don Quijote á Sancho, aludiendo sin duda á Lerma), y si sufriere que des librea á tus criados, dásela ho-

nesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres; quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo, y este modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.» (1)

Si el *Quijote* no lo indicara de modo tan claro, si no fuera evidente para los que conocen aquella época tan lamentable de la historia española que Cervantes satirizó al encopetado y funesto ministro de Felipe III, habríamos de creerlo por la palabra misma del insigne escritor, transmitida hasta nosotros en testimonio digno de respeto. Con efecto; el padre René Rapin, jesuíta, autor de un libro apreciable de crítica, publicado en 1674, refiere que Cervantes confesó de palabra á un amigo sus resentimientos contra el duque de Lerma y los ataques que escribió contra éste en la novela inmortal (2). El testimonio

---

(1) Véase el curioso volumen en folio, espejo fiel de la vanidad de Lerma, titulado: *Relación verísima del efecto y fin de los conciertos del felicísimo casamiento de la Srma. Infanta de Castilla... con el muy católico Ludivico, Rey de Francia... cuyas condiciones se firmaron en Palacio á 22 de Agosto por el Duque de Umena, con poderes del Rey y por el Duque de Lerma... y de las costosísimas libreas de estos dos príncipes, etc.*; Málaga, 1612.

(2) «Ce grand homme (Cervantes) ayant esté traité avec quelque mépris par le Duc de Lerme, premier Ministre de Philippe III qui n'avoit nulle consideration pour

de Rapin, á quien podemos llamar un contemporáneo, tiene inmenso valor, si se añade á las pruebas internas del *Quijote*, que de modo tan notable lo confirman. Si algo faltara, bastaria recordar que cada una de las partes de la novela fué dedicada á un enemigo de Lerma: la primera al duque de Béjar, que en 1600 tuvo grave querrela con el ministro y le odió siempre; la segunda al conde de Lemos, motivo de la caída del privado (1).

les scavants, escrit le roman de dom Quichot qui es une satire tres-fine de sa nation, parce que toute la noblesse d'Espagne qui'l rend ridicule par cet ouvrage, s'estoit entestée de chevaliere. C'est une tradition que je tiens d'un de mes amis qui avoit appris ce secret de dom Lope a qui Cervantes avoit fait confidence de son resentiment. *Reflexions sur la Poetique d'Aristote et sur les ouvrages des Poetes Anciens et Modernes*; París, 1674, 12. Este libro, que tuvo gran boga en el siglo XVII, aunque sin nombre de autor, es del padre René Rapin, y así consta en el Catálogo del Museo Británico. No he visto la edición del mismo año en Amsterdam, que cita el notable cervantista Sr. Rius en su admirable *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1899; pero si he tenido en mis manos la segunda de igual fecha en París, «revisada y aumentada», que conserva íntegro el párrafo sobre el *Quijote*. Rapin dice también que Cervantes era secretario del duque de Alba, en lo que hubo de confundirlo con Lope, que fué quien desempeñó ese puesto.

(1). Véase lo que dice Cabrera (pág. 68) sobre la desavenencia entre los duques de Béjar y Lerma, por haber

El error consiste en imaginar, como algunos lo han hecho desde que Moreni y luego Mayans y el P. Murillo recogieron, desnaturalizándolo, el informe de Rapin; el error consiste, digo, en suponer, como lo hizo Mr. Rawdon Brown, que Cervantes caricaturó personalmente al duque de Lerma en la figura de Don Quijote. Lejos estaba, por cierto, de su ánimo hacerle tan inmerecida honra. Cuéntase del duque de Montausier que cuando le informaron de que Molière lo había retratado en el tipo sublime de Alceste, contestó: «si tal cosa fuera cierta merecía únicamente el más profundo agradecimiento». Así el de Lerma, á pesar de toda su grandeza, no se hubiera humillado en dar las gracias á Cervantes de haberse reconocido en Don Quijote. Mas no fueron los personajes del libro inmortal copiados de tan mezquina manera. Las alusiones á contemporáneos, las críticas más ó menos embozadas á los errores del Gobierno y hasta de toda la nación, en las páginas de la obra su-

---

negado el segundo al primero la grandeza que le correspondía. Sobre el conde de Lemos dice Fajardo y Monroy: «Las dificultades domésticas entre su sobrino y yerno, el conde de Lemos, príncipe de excelentes virtudes, y el duque de Uceda, hijo primogénito, más confiado que advertido, crecieron en un grado tan superior que ocasionaron la retirada ó caída del duque de Lerma, ya cardinal.» Op: cit., pág. 21.

blime, han de considerarse únicamente como pinceladas<sup>s</sup> maestras que dan realidad y vigor al cuadro portentoso.

## V

LOS LIBROS DE CABALLERÍAS Y LA SÁTIRA  
DE CERVANTES

A pesar de haber afirmado tantas veces el ilustre autor que su único objeto había sido destruir la perniciosa lectura de los libros de caballerías, y á pesar de que la mayor parte de los cervantistas así lo cree, no atreviéndose á dudar de lo que Ticknor llamó «la palabra honrada á un gran hombre», preciso es reconocer que un libro como el *Quijote*, el cual, si apartamos tal vez el *Fausto*, es la obra literaria más vasta, humana y profunda que se ha escrito, no puede ser la mera parodia de un género literario, la burla divertida y genial de una clase de novelas. ¡Pobre gloria, en verdad, la de Cervantes, si sólo hubiera consistido en acabar con la ya moribunda familia de Amadises y Esplandianes y en hacer que la posteridad olvidara al ridículo Feliciano de Silva! Miopes son quienes no alcanzan á ver entre líneas su sonrisa irónica al

tratar él mismo de empequeñecer el alcance de su creación admirable.

¿Tenían acaso, entonces, las novelas caballerescas tanta importancia que merecieran esfuerzo semejante? Ha de responderse que, según manifiesta con su habitual penetración Menéndez y Pelayo, Cervantes enterró un género «casi muerto» (1). El último libro de caballerías publicado en España fué, según Clemencín, *Don Policisne de Beocia*, en 1602, y el único de los antiguos que hubo de reimprimirse después de esta fecha fué *El Caballero del Febo*, en 1617 y 1623. Aunque todavía se aceptaban con amor por cierta clase muy ruda de lectores, y ejemplo es el ventero que en el mismo *Quijote* juraba ser ciertas las proezas de don Felixmante de Hircania, casos así no eran, en verdad, frecuentes entre personas de juicio sano. Proba-

---

(1) *Interpretaciones al Quijote*, discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo, el día 28 de mayo de 1904. El discurso de Menéndez y Pelayo en contestación al del notable cervantista Sr. Asensio, contiene el juicio sobre el *Quijote* más profundo, elocuente é imparcial que se ha publicado hasta hoy en castellano. Sólo puede comparársele el discurso leído por el mismo Menéndez y Pelayo en la Universidad Central de Madrid en la fiesta solemne en celebración del tercer centenario del *Quijote*.

ble es que sin haber escrito Cervantes su obra, la literatura caballerescas hubiera de todos modos desaparecido, porque ningún escritor contemporáneo suyo, ni siquiera entre los de segunda fila, escribió un libro de caballerías; siendo innumerables, en cambio, las novelas picarescas y pastoriles que para satisfacer el gusto público salieron á luz á fines del siglo XVII. ¿Cómo no dudar, además, ante las pruebas internas de su obra? Estas son tantas que ningún libro en el mundo, ni siquiera el cuadro gigantesco del siglo XIII llamado *La Divina Comedia*, puede presentarlas más evidentes de que todo en sus páginas es observación de la realidad y juicio profundo de hombres y de instituciones.

En España y fuera de ella esa palabra de Cervantes fué siempre puesta en duda. No tuvo otro origen la idea de la existencia del *Buscapié*, librito en el cual supuso la tradición que el autor del *Quijote* había desentrañado muchos pasajes ocultos en su novela, aunque, como todos sabemos, es muy dudoso que el *Buscapié* lo escribiera nunca Cervantes, y el publicado en 1848 por don Adolfo de Castro fué una ingeniosa falsificación literaria. Además de la afirmación ya citada del Padre Rapin, Daniel Defoe, tan parecido á Cervantes en que su vida fué un tejido de infortunios y en que escribió un libro inmortal, encanto de todas las edades,

estuvo en la Península en 1692 y afirmó en el prefacio de *Robinson Crusoe* que el *Quijote* era una sátira contra la nobleza española y especialmente contra el duque de Medinasidonia, idea originada, sin duda, por haber escrito Cervantes contra este duque su famoso soneto satírico referente al saqueo de Cádiz en 1596 por las tropas inglesas al mando del conde de Essex.

Pero sin apelar al testimonio de extranjeros, en España mismo y en el propio Cervantes hallamos la prueba más clara de que la opinión vió en el *Quijote* sátiras efectivas contra determinadas personas, á la vez que un cuadro del estado de la nación.

En 1614, cuando Cervantes no había concluído aún su segunda parte, salió á la palestra el encubierto Alonso Fernández de Avellaneda, y sin embajes ni rodeos acusó al ilustre escritor por las veladas alusiones de su libro, indicando muy precisamente que el carácter y las palabras de Panza no eran las menores diatribas en la obra (1). Avellaneda continuó el *Quijote*, dan-

---

(1) Avellaneda dijo, con efecto, en el prólogo de su *Quijote*: «...he tomado por medio entremesar la presente comedia con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntarios.» En otra parte dice: «...no podrá (Cervantes)

do por razón para hacerlo que el de Cervantes era calumnioso y no únicamente enderezado á destruir los libros de caballerías; y éste le contestó encerrándose nuevamente en su negativa, á pesar de lo cual siguió aplicando con más elevación y elocuencia que nunca el cauterio de su crítica sobre las llagas que corrompían el cuerpo social é indicaban desde entonces la ruina del poder español.

Fué ésta, tal vez, la única razón que tuvo el audaz Avellaneda. El *Quijote*, como *Gargantúa y Pantagruel* y como los *Viajes del Capitán Gulliver*, obras semejantes, aunque inferiores, tiene un aspecto político que preciso es desentrañar estudiando la época. Desconocíanse entonces los periódicos, que desempeñan papel tan importante en la vida moderna. Hasta los mismos *avisos ó relaciones* (como las muy importantes ya citadas de Cabrera) contenían sólo una escueta narración de los sucesos de más

---

por lo menos dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es el de desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías», etc. Como el fin de Avellaneda fué ostensiblemente dañar á Cervantes, la sorna de esas líneas es bien manifiesta. También dijo, aludiendo á las críticas generales del *Quijote*: «...y pues Miguel de Cervantes es ya tan viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos», etc,

bulto. con pocos ó ligerísimos comentarios. La opinión pública buscaba, pues, en las obras populares de imaginación alusiones á ocurrencias y personajes del día, y en este sentido, con más ó menos desenfado y claridad (que no permitían mucha ni los censores ni la Inquisición), «se hacía política», como diríamos hoy, en el teatro y en la novela. Los dramas y comedias de Lope nos ofrecen campo inagotable para estudiar las costumbres y el gobierno del tiempo. Lo mismo se puede afirmar, entre otros muchos libros de imaginación, del famoso *Passajero*, del Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, uno de los enemigos de Cervantes, por cierto (1). En el propio aspecto el *Quijote* tiene un valor inapreciable. ¿Quién ha de negar que los libros de caballerías fueron el blanco más aparente de su sátira? Pero en el fondo, cuando bien se estudia la novela inmortal, se nota que sirvieron de pretexto, hábilmente escogido, para tejer la fábula y llevar á Don Quijote y Sancho en su homérico paseo por España.

Aunque dijo también Cervantes que su obra «no tendrá necesidad de comento para entenderla, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar con ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran», esto fué cierto para sus

---

(1). *El Passajero* se ha publicado por *Renacimiento*.

contemporáneos, pero no siempre para la posteridad, que, como ha ocurrido también con *La Divina Comedia*, desconoce el significado de muchas de sus alusiones á sucesos y hombres de la época. Hasta hace poco relativamente no se ha sabido á qué aludían los oscuros versos de «Urganda la Desconocida» y otros que preceden la primera parte, encaminados contra Lope de Vega (1). Con perdón de Cervantes, su li-

---

(1) Ya esta necesidad de comentario para el libro de Cervantes la señaló el padre Sarmiento en el siglo XVIII. Los dos primeros comentadores del *Quijote* fueron ingleses, y el más antiguo, del siglo XVII: *Pleasant notes upon Don Quixote*, by Edmond Gayton, Esq. London, printed by William Hunt, 1674, 4.º m. Aunque inspirado en un rabioso protestantismo y con bastante injusticia contra los españoles, hay algunas observaciones discretas en este libro, que se imprimió otra vez y es ya bastante raro. El segundo comentador fué Bowle: *Anotaciones á la historia de Don Quijote de la Mancha*, por el reverendo don Juan Bowle, A. M. S. S. A. L.; en Salisbury, en la imprenta de Edvardo Easton, 1781, 4.º m. (tomo III de su edición del *Quijote*). Aunque Bowle escribió en castellano sin haber estado jamás en España, según propia confesión suya, y su estilo está plagado de barbarismos, sus *Anotaciones* tienen gran mérito, especialmente en cuanto á los libros de caballerías, y de ellas se aprovechó Pellicer, no obstante sus alardes de lo contrario. La primera gran edición del *Quijote* con ilustraciones y una vida de Cervantes (la de Mayans y Siscar) fué también impresa en Inglaterra, y es la que por indicación de la reina Carolina ordenó lord Carteret y se publicó en 1738. También cabe á In-

bro requiere comentario, como lo requieren las obras de Shakespeare, si deseamos seguir punto por punto la íntima corriente de sus ideas; mas no lo necesitamos si al abrir el volumen muévenos únicamente el deseo de hallar en sus raudales de gracia y en su profundidad no superada «alivio ó pasatiempo», como él decía,

«al pecho melancólico y mohíno.»

## VI

### EL DUQUE DE SESSA Y LOPE DE VEGA

Duros y agresivos desahogos contiene el *Quijote* contra Lope de Vega y su grupo de favorecedores y paniaguados. Ya en 1909 observé que contra el duque de Sessa, quien hasta enero

---

glattera la gloria de la mejor edición del texto restituído del *Quijote* que hasta hoy conocemos, por Fitzmaurice-Kelly y Ormsby. Londres (Nutt), 1898; y entre numerosos libros sobre Cervantes, que sería prolijo citar la mejor biografía del ilustre escritor publicada hasta ahora por su erudición profunda, su acabada crítica y su encantador lenguaje: *The life of Miguel de Cervantes Saavedra* (Londres 1892), obra del ilustre escritor ya mencionado Mr. James Fitzmaurice-Kelli, á quien tanto debe la historia de las letras españolas.

de 1906 se llamó oficialmente *Conde de Cabra*, iba dirigido todo el episodio de la segunda parte, capítulo XXXVIII, donde se describe la aventura de la *Condesa Trifaldi*.

«...Por lo cual cayeron todos—dice Cervantes—los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debía llamar la Condesa Trifaldi, como si dijéramos: la Condesa de las tres faldas; y así dice Benengeli que fué verdad y que de su propio apellido se llama la condesa *Lobuna* á causa de que se criaban en su condado muchos lobos; y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa *Zorruna*, por ser costumbre en aquella parte tomar los señores la denominación de su nombre de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan...»

No era necesario decir lo que abundaba en los estados del conde de Cabra, y buena respuesta fué, en verdad, á las insolencias de Avellaneda (1).

También observé entonces que todos los ver-

---

(1). El licenciado Juan de Cervantes, abuelo del autor del *Quijote*, fué nombrado por el duque de Sessa en 18 de agosto de 1514 alcalde mayor de su estado de Baena y del condado de Cabra y vizcondado de Iznájar. En 5 de diciembre de 1545 el mismo duque nombró nuevo alcalde de esos lugares al licenciado Andrés Ruiz de Cózar «con facultad para tomar residencia al licenciado Cervantes»; (V. Rodríguez Marín, *Nuevos documentos cervantinos*, ps. 44-45 y 48).

sos de «Urganda la Desconocida», en la primera parte, van dirigidos contra Lope de Vega, el cual, como ya sabemos, escribió otros en latín macarrónico contra la vida privada del actor Velázquez y de su hija la Osorio, por lo que á instancias de Velázquez se le procesó y desterró de Valencia (1). Por ello Cervantes le decía en los consejos de Urganda:

«No te metas en dibu-  
Ni en saber vidas aje-  
Que en lo que no va ni vie-  
Pasar de largo es cordu-;  
Que suelen en caperu-  
Darles á los que gracé-;  
Mas tú quémate las ce-  
Sólo en cobrar buena fa-  
Que el que imprime neceda-  
Dalas á censo perpe-.

»Advierte que es desati-  
Siendo de vidrio el teja-  
Tomar piedras en la ma-  
Para tirar al veci-  
Deja que el hombre de jui-  
En las obras que compo-  
Se vaya con pies de plo-  
Que el que saca á luz pape-  
Para entretener donce-  
Escribe á tontas y á lo-.

---

(1). *Proceso de Lope de Vega por libelo contra unos cómcos*, anotado por D. Cristóbal Pérez Pastor y don A. Tomillos, Madr'd, 1901.

Y refiriéndose, con no poca gracia, á que los versos por los cuales se condenó á Lope estaban en latín, añade Urganda:

Pues el cielo no le plu-  
Que salieses tan ladi-  
Como el negro Juan Lati-  
Haber latines rehu.»

Derecha va también contra Lope y el duque de Sessa toda la relación sobre el venerable viejo á quien se pinta en el capítulo XXII de la primera parte condenado entre los galeotes por alcahuete. Recuérdese que Lope de Vega fué alcahuete de Sessa en sus amores con la Jussepa Vaca y otras, y se comprenderá el alcance de este párrafo:

«Así es, replicó el galeote; y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo; en efecto: quiero decir que este caballero va *por alcahuete* y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas; *porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discreto y necesárisimo en la república bien ordenada, y que no le*

había de ejercer *sino gente muy bien nacida*, y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido como corredóres de lonja, y de esta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio *entre gente idiota y de poco entendimiento*, como son: mujercillas de poco más ó menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, y á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importa, se les hielan las migas entre la boca y la mano y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar delante y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré á quien lo pueda proveer y remediar; sólo digo ahora que la pena que me ha causado *ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero*, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío y no hay yerba ni encanto que lo fuerce; lo que vuelen algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es alguna mixtura y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer; siendo,

como digo, cosa imposible torcer la voluntad» (1).

En la segunda parte, capítulo I, hallamos también esta otra indirecta á los libelos contra la Osorio:

«Dígame, señor Don Quijote, le dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algún poeta *que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica*, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jaboñado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas *desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas ó no fingidas* en efecto, de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, *vengarse con sátiras y libelos*;

---

(1). La alusión á la hech'cería parece ir también derecha contra Lope, que fué íntimo amigo y creyente de Luis Rosicler ó Sicler, francés de nacimiento y practicante devoto de las ciencias ocultas, á quien pintó en «César», personaje de la *Dorotea*, y el cual, por poder del mismo Lope de Vega, se casó con doña Isabel de Alderete ó de Urbina el 10 de mayo de 1568: V. Pérez Pastor: Datos desconocidos etc., p. s. 236, 239. En el mismo libro se encontrarán curiosos documentos del proceso de la Inquisición contra Rocicler. En el libro IV de *El Peregrino en su patria* Lope de Vega dice: «Luis de Rocicler, famoso astrólogo» (obras sueltas, vol. V. t. 345).

*venganza, por cierto, indigna de pecho generoso; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto al mundo.»*

¿Cómo puede extrañarnos que Avellaneda dijera que Cervantes le ofendió á él y Lope? ¿Cómo negar, después de pruebas tales, que cuando Cervantes aseguraba que su *único fin* era desterrar los libros de caballerías, esta afirmación era irónica, y por irónica también la tuvieron sus contemporáneos?

## VII

### CERVANTES Y EL «QUIJOTE»

No ha de extrañar la amarga hiel que se descubre en medio de los diversos episodios del *Quijote*. Cervantes, á pesar de la grandeza de su alma, era hombre, y la época en que compuso este libro fué la más dolorosa de su vida, aun si incluimos la de su largo y duro cautiverio. Cautivo halló consuelo en sus briosas esperanzas, y como lo prueba su *Epístola á Mateo Vázquez*, concibió el plan fecundo de que abandonara su patria las estériles empresas de América para cimentar, extendiéndose por el África, un poderío inexpugnable. En cambio, cum-

plidos los cincuenta y siete, cuando publicó la primera parte, y cercano á los sesenta cuando la segunda, «con todos sus años áuestas», como él mismo decía, y «tan versado en desdichas», ni una sola esperanza conservó de las que animaron su juventud heroica, ni un solo amigo que le brindara algo más que las limosnas de Sandoval y de Lemos, ni otro consuelo que su pluma para dirigirse á una posteridad menos ingrata.

El éxito grande del mismo *Quijote*; aquella popularidad tan extraordinaria que apenas veían las gentes un rocín flaco cuando decían «allá va Rocinante»; las doce ediciones de la primera parte desde 1605 hasta 1611, compitiendo con las prensas de Madrid, Valencia y Lisboa las de Bruselas y Milán; la traducción inglesa de Shelton en 1612 (completada con la segunda parte, muerto ya Cervantes, en 1620); la estimación de su libro en Francia, y el aplauso general de los extranjeros, motivos fueron, sin duda, de satisfacción para su ánimo, pero de ningún modo aumentaron siquiera su prestigio personal entre los españoles.

Falsa es la popular anecdota según la cual el rey don Felipe III, asomado una tarde á un balcón de palacio exclamó al ver que un estudiante leyendo un libro reía á carcajadas: «Aquel estudiante está loco ó lee la historia de *Don Quijote*.» Don Felipe no tuvo nunca el buen

gusto ni la suerte de ocuparse de Cervantes, aunque ordenó la representación en Palacio de una comedia de Lope y admiraba á Jorge de Montemayor hasta el punto de colmar de dádivas á una mujer sólo porque le dijeron que era la heroína de la *Diana*.

Echaron á volar esta anécdota sobre el rey y el *Quijote* Mayans y Pellicer, atribuyéndola á Baltasar Porreño en su *Vida y hechos del rey Don Felipe III*, y como de Porreño sigue circulando en casi todas las obras cervantinas. Pero observa Fitzmaurice-Kelly, en su *Vida de Cervantes*, que el hecho no es cierto. Con efecto; he leído todo el libro de Porreño en las *Memorias* ya citadas que recopiló Fajardo y Monroy, y no existe en él ni la más leve mención de Cervantes ni del *Quijote*, y tampoco está la anécdota en el otro historiador de don Felipe, Gil González Dávila. En cambio, Faria y Sousa, en su *Comentario á las Lusiadas*, publicado en Madrid en 1639, refiere que don Felipe y su esposa Doña Margarita dieron audiencia en Valderas en 1603, y colmaron de dádivas, á la que había sido amante de Montemayor é inspiró la *Diana*. Aunque Faria y Sousa no es digno de gran crédito, esta historia no parece ser una de las muchas mentiras de su libro (1).

---

(1). La representación en Palacio de la comedia de Lope tomando parte en ella D. Felipe y doña Margarita,

El pobre Cervantes careció siempre de la facultad de ganar dinero, que tan alta tuvo su gran rival Lope de Vega, y entonces como ahora, semejante condición era más estimada entre los hombres que la de poder escribir el *Quijote*. Espíritu, además, independiente en grado sumo, resistió hasta los últimos años de su vida á entrar en la Iglesia para asegurarse un pedazo de pan, ya que su carrera de soldado había sido tronchada por la desgracia de caer cautivo y sus años no le permitían emprenderla de nuevo. Cuando vino á tomar los hábitos, fué «puesto ya el pie en el estribo», y mientras tanto, arrastró la triste vida del hombre cargado de familia y necesidades y sin bienes de fortuna. Su falta de influjo y de prestigio social eran tan grandes que, sin contar las veces anteriores en que se dice fué injustamente encarcelado, entre ellas la muy notable en la cual se «engendró» el *Quijote*, en aquel famoso año de 1605, el juez Cristóbal Villarroel, rehuyendo, como ya hemos visto, dirigir la investigación de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta por donde pudiera encontrar procesados poderosos, dictó orden de prisión contra las personas más desamparadas é infelices que pudo hallar en una casa-posada

---

la refiere D. Adolfo de Castro en su *Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII*. Madrid, 1881,

de la ciudad de Valladolid, y entre ellas contra Cervantes y su familia (1). ¡Bien ajeno, por cierto, estaría el alcalde de que su injusta sentencia habría de leerse en los siglos venideros! Aunque á su pobreza, que se ha hecho tan proverbial, hubo de resignarse Cervantes con cristiana mansedumbre, tan hondas decepciones, sufrimientos tantos, tan crueles injusticias, ¿dejarían de reflejarse en las páginas del *Quijote*? Pero no con la amarga envidia de quien odia á los más afortunados; no con el veneno reconroso del libelista indigno, que muerde como la víbora desde el suelo á que su propia vileza le condena, sino con la triste y compasiva mirada del coloso que mereciendo más honra por su genio que ninguno de sus contemporáneos, con excepción, tal vez, de don Francisco de Quevedo, se encontraba tan alto sobre los demás, tan lejos del alcance de su vista, que ni podían ellos comprenderlo, ni siquiera darse cuenta de su grandeza.

Por eso, tras de aquella risa surge la dolorosa amargura que convierte el *Quijote*, á pesar

---

(1). La causa de Valladolid puede leerse íntegra en la obra del presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor, *Nuevos documentos cervantinos* (Madr'd 1897), con los cuales completó sus fecundas y felices investigaciones sobre la vida de Cervantes. Mucho debe la historia del siglo de oro de las letras españolas á la incansable diligencia de este notable erudito, que hizo también interesantes descubrimientos sobre la vida de Lope de Vega.

de su alegría, en un libro profundamente triste, según la observación de Sismondi. Detrás de su risa se ve una lágrima, dice Víctor Hugo. La risa de Cervantes parece algo así como la burla de su propio destino, la resignada burla del que cae entre crueles espectadores, incapaces de tenderle una mano de auxilio ni de restañar la sangre de sus heridas, y se levanta, sin embargo, sonriente, para unir también su carcajada al coro general (1). No es la risa cínica y socarrona de Rabelais, al contemplar á los hombres como un enorme rebaño de imbéciles; ni tampoco la despiadada ironía de Swift, que disecca el corazón para probar que ni en el fondo se encuentra un sentimiento de ternura. En Cervantes hay lástima para los que ríen, y al final de cada escena de palos y puñadas, cuando mana la sangre de la piel de Don Quijote y termina el divertido asombro que causan las desventuras á que su manía le arrastra, todo noble corazón ha de cerrar el libro con honda melancolía, mientras protesta indignado el pequeño Quijote que hay en nosotros y quisiera haberse visto en la refriega para con razón ó sin razón, por ley ó contra ley, empuñar también tizona ó estaca y tomar parte por el buen caballero apaleando yangüeses ó estúpidos agentes de la Santa Her-

---

(1). Véase, también, *La tristeza del Quijote*, por G. Martínez Sierra, Madrid, 1905.

mandad y hasta rompiendo lanzas por Dulcinea, á presencia de toda Barcelona, contra el adversario terrible de la Blanca Luna.

¿Por qué inspira Don Quijote simpatías tan hondas? ¿Por qué el ánimo se contrista cuando le vemos caer en aquella página cruel y sombría, donde se eleva el buen hidalgo á la más noble y sublime altura del heroísmo, la que arrancó lágrimas á Heine, la que cierra para siempre sus proezas disparatadas de andante caballero? ¿Por qué cuando le vemos luego en su lecho de agonía quisiéramos todos que el sanote y simplón de Sancho pudiera detener su fin al gritarle: «no se muera vuestra merced, siga mi consejo y viva muchos años», y detendría también nuestra mano la pluma implacable de Cide Hamete Benengeli? ¿Acaso no es Don Quijote el tipo más acabado de un loco? ¿Acaso no es el qui jotismo grave y á la vez ridícula falta que puso en evidencia Cervantes para ejemplo de los españoles y del género humano?

La respuesta es sencilla. Cervantes no censuró á España, si acaso fué esta su idea, con ojos de enemigo, pues no pudo olvidar que, ante todo, él mismo era un español y amaba á su patria con honda ternura. Tampoco pudo olvidar, por lo que puso tanto de su propia alma en la de su manchego, que él fué también caballero andante; que no lidió contra encantadores ni malandrines, pero sí contra el sórdido y

frío egoísmo de los hombres, sufriendo la miseria, el dolor y la injusticia, en un mundo donde no se le comprendía, y henchido, sin embargo, el corazón de generosos sentimientos de amor á los demás y de sublimes ideales.

Corta es la vida, y cuando se gastan los mejores años en lo que llaman desatinos y quimeras los muchos curas, barberos, duques, duquesas y Carrascos que existen en la sociedad humana, quedan sólo los tristes recuerdos de un pasado infructuoso y la burla despiadada de los juveniles desvaríos. Si todos los vencidos como Cervantes tuvieran su genio, lanzarían también sus libros al mundo desde el triste rincón de sus desengaños y conmoverían la posteridad con el eco formiabile de sus carcajadas.

Es el *Quijote* obra de una desconsoladora experiencia, noble producto de una vida fracasada en otros empeños más efímeros, libro melancólico de un viejo en quien ni los infortunios ni los sufrimientos pudieron apagar la generosidad del alma ni el amor á las acciones bellas y desinteresadas. Detrás del gran burlón de los quiijotes está Don Quijote mismo, defendiendo su causa con sublime elocuencia, en discursos que sólo pueden salir del corazón. Detrás del censor de las locuras españolas está el español arrogante y lleno de alientos, irguiéndose, no obstante el peso de los años y las desdichas, para soltar la pluma y tomar otra vez

la espada que ciñó airoso en los tercios de Figueroa ó empuñó tinta en sangre en la gran jornada de Lepanto. Hay en todo el libro un constante dualismo, un contraste extraño y único en la historia literaria, entre lo que Cervantes creía y lo que sentía, entre lo que realizaba despiadadamente su juicio y lo que sus sentimientos le arrastraban á escribir en las sentencias inspiradas y majestuosas de su héroe.

*El Quijote*, ha dicho admirablemente el escritor francés Emile Montegut, «es la obra de un patriota lleno de tristeza, cuya razón pugna con su corazón y que no puede dejar de amar lo mismo que maldice.» Por esto ha sido siempre un enigma tan grande para la crítica, que no acierta á darse cuenta cabal de si es Don Quijote un tipo de burla ó de admiración, si es la caricatura grosera de un personaje del tiempo ó el mismo Cervantes que nos habla inspirado por su boca. Cuando le vemos rechazar con tan viril entereza las censuras que se le dirigen; cuando le vemos decir con noble jactancia: «caballero soy y caballero he de morir, si place al altísimo; unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, y otros por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no

la honra», ¿no es verdad que no parecen estas locuras despreciables y dignas de risa, sino las palabras, por el contrario, más propias de un hidalgo?

## VIII

### LA MORAL DEL «QUIJOTE»

Cervantes deslindó con exactitud lo que es de censurar en Don Quijote, lo que se ha llamado en todas las lenguas quijotismo, y la verdadera inclinación caballeresca de socorrer á los que han sed de justicia. El deseo de hacer bien cuando está erróneamente encaminado ó cuando no se ponen para alcanzarlo los medios propios, acarrea peores consecuencias, á veces, que el mismo daño con deliberación producido. «Quiero que sepa vuestra reverencia—dice Don Quijote al bachiller Alonso López, después de echarlo al suelo y quebrarle una pierna—que yo soy un caballero de la Mancha llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.» «No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos—dijo el bachiller—, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida: y el agra-

vio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre.»

La misma lección recibe del muchacho Andrés, el primero de sus protegidos, á quien creyó librar de los azotes del cruel Haldudo y hacer que éste le pagara hasta el último real de su salario, logrando sólo que, apenas vueltas sus espaldas, Haldudo duplicara el castigo y Andrés maldijera luego, á presencia del mismo Don Quijote, «á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo». El desastroso fin que tuvo para el caballero la aventura de los galeotes y, en general, sus demás empresas, unas acometidas con propósitos laudables, otras hijas de su trastornado cerebro, prueban que el deseo sólo no basta para alcanzar la victoria; que debe estudiarse, ante todo, si la causa que se defiende es realmente justa, y deben ponerse medios más efectivos para vencer que la voluntad, un rocín hambriento y un viejo lanzón olvidado en una venta.

Si hubo crítica contra España en la obra, como tantas veces se ha dicho, es aquí donde ha de hallarse y no en el fondo de los sentimientos del pueblo español (1).

---

(1). Recuérdese el romance satírico, malísimo por cierto, como composición poética, contra Cervantes, á propósito de la edición de sus comedias publicadas por don

Proporcionar nuestros empeños á nuestras fuerzas podrá ser la moral del libro, ha dicho Prescott, y fué, quizá, el punto débil de la po-

Blas Nasarre en 1740, con un prólogo lleno de los extraños desbarros críticos de aquel estafalarío erudito. Copió el romance Gallardo de un tomo de varios papeles manuscritos que fué de la biblioteca del conde de Campomanes. Según el marqués de Valmar es de Juan Maruján (Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII, t. 61 de la biblioteca de Rivadeneyra). Según C. A. de la Barrera, *Nuevas investigaciones*, op. cit., es de D. José Carrillo. Atacó, con efecto, este escritor á Nasarre en otra obrilla donde se apunta la misma idea sobre el Quijote: *La sinrazón impugnada y beata de Lavapiés; coloquio crítico apuntado al disparatado prólogo que sirve de delantal (según nos dice su autor) á las comedias de Miguel de Cervantes, compuesto por D. José Carrillo*. En Madrid, año 1750, 4.º Aunque reproducido varias veces, es digno de recordación el romance, porque contiene todos los puntos de vista de los que han hallado en el Quijote una sátira contra España:

«El fuerte fué de Cervantes  
Aquel andante designio,  
En que dió golpes tan fuertes,  
Que á todos nos dejó heridos;

Y su veneno, entre flores  
Ingeniosas escondido,  
Fueron fragancia y belleza,  
Disfraces de lo noscivo.

Aplaudió España la obra  
No advirtiéndola, inadvertidos,  
Que era del honor de España  
Su autor verdugo y cuchillo.

lítica española que comprendió Cervantes con  
profundidad superior á su tiempo.

---

Contando allí vilipendios,  
De la nación repetidos,  
De ridículo marcando  
De España el valor temido.

Como si fuera un laurel  
Para el español dominio.  
Se idolatró la coroza  
Y se adoró el sambenito.

Viendo á la sincera España  
Los extranjeros ministros,  
Tan contenta en el cadalso,  
Tan gustosa en el suplicio,

El volumen remitiendo  
A los reinos convecinos,  
Hicieron de España burla  
Sus amigos y enemigos.

Y esta es la razón por que  
Fueron tan bien recibidos  
Estos libros en Europa,  
Reimpresos y traducidos.

Y en láminas dibujados  
Y en los tapices tejidos,  
En estatuas abultados  
Y en las piedras esculpidos.

Nos los vuelven á la cara  
Como diciendo: «¡Bobillos,  
Miráos en ese espejo,  
Eso sois y eso habéis sido!»

## IX

INGLESES Y ESPAÑOLES. CARLOS V Y LA DECADENCIA  
DE ESPAÑA

Patrimonio de los españoles no fué entonces, ni lo ha seguido siendo en el mundo, dejarse arrastrar por la fantasía y acometer empresas disparatadas que pugnan con la realidad y se estrellan contra los hechos. En 1616, un año después de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, se realizó el acto de quijotismo más grande que conoce, tal vez, la historia, comparable tan sólo á las esperanzas del hidalgo manchego de verse coronado emperador en un buen día, y no lo llevó á término ningún español, sino un inglés, caballero andante también, tanto de la espada como de la pluma. En aquel año, con efecto, sir Walter Raleigh, el gran escritor, colonizador de Virginia, salió en su segundo viaje á la Guayana para hallar el Dorado, dando por tan cierta la existencia de ese rey fantástico y de su región maravillosa, donde el oro y las piedras de valer eran tan comunes, como Don Quijote sus princesas enamoradas y sus palacios encantados. La expedición de Raleigh, acometida con la circunstancia agravante de un primer fracaso que no pudo desengañar

al iluso caballero ni á su protectora Isabel, llenó, sin embargo, de locas esperanzas toda la Corte de Jaime I. El terrible desastre de la disparatada aventura contribuyó no poco á la impopularidad del gran explorador y hasta á su muerte en el cadalso, en 1618, con el pretexto de que la ejecución agradaba al entonces amigo rey de España.

¿Quién no recuerda, además, la Corte caballerisca de Isabel, anterior á la de Jaime I, en que Raleigh mismo desempeñó papel tan importante, y la figura del conde de Essex, que había de inspirar más tarde una romántica comedia al español Felipe IV? En la gran novela historia de Charles Kingsley, *Westward Ho!* donde tan admirablemente se describe el espíritu de los ingleses en aquel tiempo, sus luchas contra los españoles y el odio entre los dos pueblos, se observa el singular fenómeno de que los más exaltados y románticos no son los españoles, sino los ingleses. No fueron, pues, los españoles los únicos que tenían entonces los «cerebros llenos de aire», como diría Maese Nicolás el barbero, ni sentían ellos solos el impulso de las andantes aventuras. Lo que hubo fué que España echó sobre sus hombros la realización de empresas abrumadoras aun para pueblos más pujantes y prósperos. La escasa población de la Península no era bastante para conquistar y poblar el Nuevo Mundo y mantener

la supremacía militar en el Viejo, ni las estériles tierras de Castilla y Aragón, las dos provincias dominadoras, suficientes para llenar las necesidades del vasto tesoro que tales empeños requerían.

Con Carlos V comenzó la hacienda española su interminable serie de quiebras, y así le vemos, cual le pinta Robertson, sosteniendo sus campañas á fuerza de habilidades y expedientes, mientras su falta de recursos le proporcionaba más de una derrota, y finalmente, sin dineros hasta para terminar la última de sus locuras: su viaje al retiro de Yuste. Nada de extraña tiene, pues, la creencia de que tuvo Cervantes en la mente al terrible emperador cuando concibió la figura de Don Quijote. Era Carlos V, en verdad, casi tan amigo como Don Quijote de proezas caballerescas, y lo prueba su célebre desafío con Francisco I, no efectuado por faltar á la cita el rey de Francia, lo que siempre hizo constar Carlos con arrogante vanidad. En las fiestas caballerescas de Blins con que la reina de Hungría festejó al propio Carlos V y á su hijo, después Felipe II, hubo motes curiosos de caballeros andantes que recuerdan algunos de los usados por Don Quijote ó en su historia, como *El Caballero Triste*, el del León, el de las *Estrellas* y otros varios. Refiere también Vera y Zúñiga, en su *Epítome de Carlos V*, que éste, en sus primeros años, arremetía

espada en mano contra las figuras armadas en los tapices de las paredes, y más de una ocasión tuvieron que apartarlo mientras llevaba á la práctica la aventura más formidable entre todas las de Don Quijote, y fué irritar por entre las barras de una jaula á los leones que había en ella, hasta el punto de tenerse que tomar grandes precauciones para evitar una catástrofe. Finalmente, la mención que hace Cervantes en la escena del escrutinio de «La Carolea y León de España con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Avila, *que sin duda debían de estar entre los que quedaban*» y el epitafio de Don Quijote escrito por Sansón Carrasco, se han aducido como indicaciones de que sirvió el más famoso de los Austrias de modelo para ell no menos ilustre Don Quijote (1). Pero en lo que más se parecen uno y otro es en acometer empresas muy superiores á sus recursos, con la diferencia de que Don Quijote no hizo mal á nadie (si acaso, á su propia hacienda y á sus herederos, ninguno di-

---

(1). Consignó todos estos datos el Sr. La Barrera en sus nuevas investigaciones anteriormente citadas. Dice el epitafio hecho por Sansón Carrasco:

*«Tuvo á todo el mundo en poco,  
fué el espantajo y el coco  
del mundo en tal coyuntura,  
que acreditó su ventura  
morir cuerdo y vivir loco.»*

recto), y Carlos V comenzó la ruina de España.

La apurada situación financiera de los españoles descrita por Cervantes en tiempos de Felipe III fué la misma en que dejó el emperador á su hijo don Felipe II. Llegaron á faltar á éste una vez hasta 400 reales de vellón, cuando se cuenta que exclamó desesperado: «Ganas tengo de ver el día en que me acueste sabiendo los recursos con que al siguiente podré contar.» ¿Podían de esta manera los españoles fundar estables y duraderas colonias en América; mantener en todo el mundo, por las armas, el privilegio de la fe católica; combatir, en una palabra, contra el mundo entero? Indudablemente, no. Cuando se estudien con imparcialidad las causas de la decadencia de España se habrá de ver que su origen fué principalmente económico, y que la pobreza de los españoles, ó mejor dicho, la desproporción entre sus fuerzas y sus acometimientos, tuvo la culpa principal de todos sus grandes desastres.

Lanzados ya por la pendiente equivocada donde los empujó Carlos V, después de ahogado en Villalar (con la personalidad naciente de las municipalidades) el último grito de sensatez del pueblo, tuvieron que mantenerse, en el vértigo de la caída, como sus escasos recursos les permitían. Que no eran flojos ni menguados lo prueba el tiempo larguísimo que sostuvieron,

contra los ataques de todas las demás naciones, la obra sobre tan débiles cimientos fundada, desplegando tan indomable energía, tantos alientos y tanta entereza que llenan de asombro las páginas de la Historia. Fácil es para quienes juzgan cómodamente de las empresas humanas por el éxito ó las derrotas finales hablar de superioridad de razas y de cerebros, como si fueran lo mismo unas circunstancias que otras, ó si el pueblo que tenía por punto de apoyo los áridos y despoblados pedregales de Castilla estuvo nunca en el mismo caso de los que primero consolidaron su riqueza interior, desarrollaron sus monopolios naturales favorecidos por la fertilidad y abundancia de sus tierras, y luego, con las espaldas bien guardadas y sin necesidad de remediar estrecheces de hogares abandonados en la patria, ni de sostener gobiernos en quiebra, se lanzaron á repartirse las partes del mundo que los españoles no habían adquirido, ó arrancar á éstos, uno á uno, los pedazos de su corona.

Cervantes no se propuso analizar las causas de la decadencia española ni proponerle remedios. Si acaso, intentó poner en evidencia faltas de sus compatriotas, señaló también las suyas, si faltas pudieran llamarse, y observó con tristeza, que no pudo ocultar bajo la máscara de su risa, el extraño contraste entre el valor de aquéllos y su debilidad nacional. Pero lejos

estoy de creer que ni en ésta ni en ninguna otra de sus ideas tuvo un deliberado propósito de simbolismo moral y filosófico á la usanza, más moderna de Goethe. El *Quijote* carece, excepto en sus detalles como la primera de las novelas realistas y en sus desahogos de carácter más personal que trascendental, de lo que llamaba «sentido oculto» el entusiasta cervantómano don Nicolás Díaz de Benjumea (1). No es un libro esotérico, ciertamente, ni han de buscarse en él doctrinas ni recetas para la salvación de España ó la reforma del género humano.

(1). Las obras de Benjumea (*La estafeta de Urganda*, Londres 1861; *El correo de Alquife*, Londres 1866; *El mensaje de Merlín*, Londres 1875, y *La verdad sobre el Quijote*, Madrid 1878, además de numerosos artículos y folletos sobre asuntos más ó menos directamente relacionados con Cervantes) han sido siempre muy discutidas. Bastante ha dicho sobre ellas con gran discreción don Francisco María Tubino en *El Quijote y La estafeta de Urganda*, Sevilla 1862, y en su interesantísimo libro *Cervantes y el Quijote*, Madrid 1872. Pero sería injusto negar á Benjumea, á pesar de sus errores, que hizo algunas observaciones sobre Cervantes profundas y verdaderas. De otros comentaristas de corte parecido, como D. Ramón Antequera (*Juicio analítico del Quijote*, Madrid 1863); don Baldomero Villegas (*Estudio topológico sobre el Don Quijote de la Mancha del sin par Cervantes*, Burgos 1899), y D. Benigno Pallol, usando el pseudónimo de *Polinous* (*Interpretación del Quijote*, Madrid 1898), se habla en el discurso de recepción en la Academia Española del señor Asensio, ya mencionado, y en el muy erudito de D. Emi-

## VIII

## CERVANTES Y VELÁZQUEZ

Cervantes fué un gran artista y como tal un gran crítico, porque la facultad de crear no puede existir sin la de juzgar honda y atinadamente; fué, aunque se le estima pobre versificador, el primer poeta de España, y si Shakespeare no hubiera existido, quizás el primero del mundo; pero no un arbitrista, ni siquiera un filósofo, á no ser en el sentido de gran observador de la naturaleza humana. Ante todo fué, si así es permitido decirlo, un genio eminentemente gráfico, y reprodujo los hombres y la Naturaleza tal como los comprendía su mirada penetrante.

El único gran español que puede comparársele en este aspecto, gloria tan preclara como la suya y como él legítimo orgullo de la raza nuestra, fué el insigne pintor don Diego Velázquez, porque, aunque parezca extraña paradoja, Cervantes pintaba con la pluma y Velázquez escribía

---

lio Cotarelo y Mori, también de recepción en el mismo instituto, leído el 27 de Mayo de 1900. Según D. Adolfo Saldías (*Cervantes y el Quijote, Buenos Aires 1893*), Cervantes hizo «una síntesis progresiva y humanitaria (*sic*) que será la fórmula del gobierno futuro de los pueblos.»

con el pincel. La primera vez que se detuvieron mis ojos ante lienzos de Velázquez, surgieron en mi mente recuerdos del *Quijote*. Aquellos retratos famosos, más que retratos son biografías. En ellos se ve el rostro y el alma de los modelos, y la verdad, sólo la verdad, tanto en el rostro como en el alma, ya sea el rey don Felipe IV, fino, nervioso, delicado, con su quijada angular de Austria; ya el almirante Parejo, rudo, cuadrado, con su bigote borgoñón y su mirada de lobo. Así también en el *Quijote* palpita la verdad, y como no siempre los personajes retratados tienen en sus páginas su exacto nombre, de aquí que el pueblo, con curiosidad sencilla, buscara los originales por España.

Pero el arte literario es superior al de la pintura en que su escena es más libre, pudiendo el artista mover su observación en un más amplio panorama. Cervantes hubiera podido describir todos los cuadros de Velázquez. Velázquez no hubiera podido pintar todo el *Quijote*. Cervantes, además, como ha dicho Klein, no bosquejó los rasgos observados en la naturaleza á la manera de un retratista, sino convirtió los tipos del día «en figuras colectivas de fases sociales enteras, sin que á pesar de todo su simbolismo dejen de ser figuras individuales de la vida» (1). Hizo algo más de lo que Klein observa y que

---

(1) Cita de Menéndez Pelayo.

Velázquez no pudo hacer en los estrechos límites de cada retrato, porque creó cada uno de sus personajes con toda la apariencia de la realidad, estudiando en diversos hombres las múltiples cualidades que podían formar uno solo. Sus caracteres puede afirmarse, por tanto, que son grandes síntesis, y de ahí su asombrosa universalidad, que ha hecho popular el *Quijote* y admirados sus protagonistas, aun donde no se conozca á los españoles ni se haya oído el acento de la lengua castellana.

Sólo Shakespeare y Goethe han podido obtener tanto éxito, aunque por rumbos diferentes: el primero, como Cervantes, sin deliberado propósito de alcanzar el simbolismo, al cual llegó por espontánea producción de su genio; el segundo, con meditada preparación, como si hubieran salido sus personajes del mismo gabinete de estudio del doctor Fausto. Por esto ocupa Cervantes tan alto puesto entre los grandes escritores del mundo y por esto el *Quijote* no es un libro español, sino de todas las naciones. Ni siquiera puede afirmarse con Klein que sus figuras representan clases sociales enteras; algo más, representan sentimientos é ideas que laten en todos los pechos y surgen, aunque sea una sola vez, en todos los cerebros, porque no hay clase social ni grupo humano, de un extremo á otro de la tierra, donde no se encuentre algún don Quijote y á su lado uno ó varios Sancho Panzas,

## IX

## DON QUIJOTE

Don Quijote no puede ser, pues, el duque de Lerma, ni el emperador Carlos V, ni siquiera el modesto hidalgo de Esquivias á quien se ha querido honrar con tanta gloria (1). Podrá de todos ellos tener algo, especialmente en su aspecto ridículo y su locura; pero del mismo Cervantes tiene la sublime bondad del alma, la sentenciosa elevación de los admirables pensamientos y aquel sincero amor á la justicia, aquel sacrificio de todo lo terreno por ideales nobles é intangibles, que lo ha hecho superior á Amadís de Gaula, más heroico que Ballardo y más digno del respeto de los hombres que todos los caballeros andantes forjados por la fantasía y todos aquellos de quienes nos cuentan que de verdad calaron yelmo y ciñeron espada.

---

(1) Según D. Manuel V. García («¿Quién fué Don Quijote?», artículo en el *Museo Universal*, de Madrid, junio 30 de 1867), D. Alonso Quijada, tío de la esposa de Cervantes, que se opuso al matrimonio de éste y vivía en Esquivias, fué el verdadero original de *Don Quijote*, de acuerdo con la tradición de aquel lugar. Pero según D. Ramón de Antequera, op. cit. pág. 427, se llamaba el hidalgo, también de Esquivias, D. Rodrigo Pacheco Quijana.

«Muchos son los andantes—dijo Sancho—. Muchos, respondió Don Quijote—; pero pocos los que merecen nombre de caballeros.» Entre esos pocos, soñáralos la imaginación de los poetas ó vivieran ellos en la realidad, Don Quijote es el más preclaro, el más intachable, y á pesar de su locura y de sus desaciertos, parece á quien lee su historia una injusticia de la vil realidad inflexible que el mundo no sea tan hermoso como lo creyó su destemplado cerebro, y que, al fin y al cabo, el desinterés, el altruísmo, según se dice hoy día, el sacrificio de la propia hacienda y de la propia sangre por defender á los caídos y castigar á los indignos poderosos, no sean más que palabras vanas en el mundo, que usan los falsos quiijotes, como usan los falsos profetas de la escritura las del amor cristiano y la resignación divina.

Con su pluma arrancó Cervantes la máscara de tanta hipocresía como se cubre en el mundo con nombre de nobleza, y en el cuadro desgarrador de la muerte de Don Quijote puesta fué la sentencia sobre la frente de los hipócritas: «Perdóname, amigo—dice en aquel instante sublime, á Sancho, Alonso Quijano el Bueno—, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo». Esta es la frase más amarga que se ha escrito, y salió del alma de Cervantes como un

grito de dolor. ¡Triste y horrible desengaño el suyo, pero triste y horrible verdad! El humano egoísmo puede raras veces engendrar quijotes de carne, y para buscar tanta grandeza de corazón preciso es recurrir á la fantástica historia de un loco. Cuando consideramos en este aspecto el sublime personaje de Cervantes comprendemos que haya podido atravesar las fronteras de España y recorrer el mundo montado en su flaco rocín y seguido de su rechoncho escudero. Ya Don Quijote no es solamente un español, porque sus nobles y generosos principios y el desastre á que le conduce la creencia de que, tratando de llevarlos á la práctica, seguía un camino trillado por otros muchos, encierran una lección dolorosa que la humanidad ha comprendido y no es exclusiva de ningún pueblo. Don Quijote no es ridículo para nadie que lea su historia, porque su grandeza de alma redime su locura, y la sátira no consiste en combatir, como se ha creído, lo que hay de generoso y desinteresado en los libros de caballerías, sino precisamente lo que hay de menguado y bajo en la naturaleza humana, hasta el punto de ser tan pocos los caballeros y convencerse Don Quijote de esta espantosa realidad cuando ya se cerraban para él las puertas de la vida.

No tuvo razón Byron para decir que Cervantes se burló de la caballería española y derribó de una carcajada el brazo derecho de su na-

ción (1), ni han comprendido la verdadera esencia del *Quijote* los que, haciendo alarde más ó menos fingido de pudicia caballeresca, lamentan que el gran escritor haga reír al mundo á costa de los héroes admirables desfacedores de entuertos y vengadores de agravios (2). Ante todo, debemos notar que los libros de caballerías están muy lejos de ser códigos de moral perfecta, y que, con excepción, tal vez, de Amadís de Gaula, aunque el origen de su nacimiento nada tiene de edificante, ni otros incidentes de su historia tampoco, los demás caballeros, castos y valientes en su mayoría, tenían no poco de bandidos, como aquel buen don Galaor, de quien el mismo Cer-

(1) Cervantes smiled Spain's chivalry away;  
 A single laugh demolished the right arm  
 Of his own country; seldom since that day  
 Has Spai'n had heroes. While Romance could charm,  
 The world gave ground before her bright array;  
 And therefore have his volumes done such harm,  
 That all their glory, as a composition,  
 Was dearly purchased by his land's perdition.

(*Don Juan*, canto XIII, XI.)

(2) Lope de Vega, que nunca perdonó ocasión de disparar alguna crítica contra Cervantes, fué el primero, según mis noticias, que lanzó aquella observación. «Ríense muchos de los libros de caballerías, señor maestro» (escribió Lope en la dedicatoria de su comedia *El desconfiado*), y tienen razón si les consideran por la exterior superficie... pero penetrando en los corazones de aquella corteza, se

vantes recuerda «que no era caballero melindroso», ó el famoso Reinaldos de Montalbán, que salía de su castillo «á robar cuantos topaba». En lo del valor, que más pudiera llamarse á veces crueldad, hay mucho que decir también, si tenemos en cuenta los filtros maravillosos y las protecciones sobrenaturales con que contaban aquellos esforzados adalides en sus lances más difíciles. Los caballeros que en caterva siguieron á Amadís vienen á ser, proponiéndose todo lo contrario sus creadores, parodias ridículas del ideal caballeresco, lo que, con juicio tan admirable, indicó ya Cervantes en su relación del escrutinio de la librería de Don Quijote. «En *Don Quijote*, dice Menéndez y Pelayo, revive Amadís; pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno.» Por ese convencionalismo que

---

hallan todas las partes de aquella filosofía, á saber: natural y moral. La más común acción de los caballeros andantes, como Amadis, el Febo, Esplandián y otros, es defender cualquiera dama por obligación de caballería necesitada de favor en bosque, selva, montaña ó encantamiento. Y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado á defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los monstruos de este libro de la envidia humana, contra la celestial influencia que acompañó al trabajo y el vigilante estudio de cuanto es honesto.» Esta cita es de D. Adolfo de Castro en la sexta edición del *Buscapié*.

el gran crítico señala habían casi desaparecido los libros de caballerías á mediados del siglo XVII, y en cambio el *Quijote* vivirá en todas las épocas. Los nobles ideales no fueron destruídos en la novela inmortal, sino al contrario, conservados y defendidos en sus páginas con elocuencia casi sobrehumana. El último de los caballeros andantes fué el más noble y el más puño, y no salió de Galia ni de Grecia para asombrar al universo con su carácter immaculado, sino de aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse.

Así como Amadís combatió por defender á «la sin par Oriana», dueña, en verdad, de su corazón, que le ofrecía la recompensa de sus brazos en amorosas caricias de mujer, el buen hidalgo manchego combatió por la que nunca vieron sus ojos, ni quiso jamás él de otra manera que con el platónico amor hacia el ideal de aquellos pocos que fundan la razón de nuestra existencia en algo más que goces materiales, placeres de rica hacienda y satisfacción de una efímera vanidad en las falsas glorias ambicionadas y admiradas por el vulgo. Dulcinea es la verdadera «sin par», porque ni fué la ruda labradora pintada groseramente por Sancho, ni la hija de reyes y prometida de caballero andante que se escribe en Oriana. Ni mujer fué siquiera, porque no puede la perfección encarnarse en forma humana, y concíbese, al ver

cómo la describe Don Quijote con tan inspirado fuego, que haya llegado á sospecharse el disparate de que Cervantes quiso poner en ridículo en esa figura á la Purísima Concepción (1). Aldonza Lorenzo fué, según parece, para Don Quijote un pretexto, forma de representar materialmente una idea, y él mismo, temeroso de que pudiera deshacerse á un contacto impuro, renunció á que tuviera realidad tangible.

¡Desgraciado de aquél que no haya tenido alguna vez su Dulcinea y jamás haya volado á esas regiones donde suenan clarines que llaman á la gloria y se escuchan los ecos de la fama! Allí, en el más alto de los tronos de oro, servida por princesas, adorada por santos y poetas, sabios y guerreros, está la hermosa Dulcinea, sin que puedan verla otras miradas que las de sus nobles servidores, mientras en vano la busca por el mundo la manada inmensa que sigue la marcha monótona de la vida sin alzar los ojos ni elevar un instante el pensamiento. Para ellos no existe, ni existirá nunca, sino Aldonza Lorenzo, montada sobre el burro ó á horcadas en las bardas de su corral. Las naturalezas groseras tienen cerrados los ojos del alma, y con éstos

---

(1) Véase *Imaginary conversations of literary men and statesmen* (Peter Leopold, and President du Paty) Works of Walter Savage Landor. London, 1876.

únicamente en el mundo se puede percibir la realidad de las Dulcineas.

Don Quijote no es un loco porque ama un ideal y dedica toda su vida á realizarlo con firme entereza. Su locura consiste en suponer que puede reparar las injusticias, defender á los débiles y castigar á los malvados siendo un hombre solo, viejo, sin más auxilio que un jamelgo escuálido y unas armas antiguas. Esta desproporción (ya antes señalada) en lo que consiste, por decirlo así, el nervio central del libro, es lo que convierte en alucinaciones las ideas de Don Quijote. Suprimida aquélla, haciendo á la obra unas pocas alteraciones de detalles, pero dejándola en todo lo demás tal cual es, con sus peregrinos discursos y sus profundos pensamientos, resultaría, entre las novelas serias, una de las más hermosas é inspiradas. Raro parecería en verdad, Don Quijote sin molinos de viento, sin carneros y sin batanes; pero ¿qué otra cosa es, después de todo, Amadís de Gaula?

La locura de Don Quijote es, sin embargo, uno de los más admirables rasgos del genio de Cervantes. Inútil será repetir ahora lo que tantas veces se ha dicho sobre la enfermedad del hidalgo, caso clínico descrito tan exactamente que encaja á maravilla dentro de las clasificaciones de la ciencia. Hernández Morejón, el erudito historiador de la Medicina española, y recientemente Pi y Molist, han agotado este aspecto del

libro de Cervantes con la autoridad de especialistas. Cabe, sí, decir que, tanto en el mismo *Quijote* como en otras de sus obras, el ilustre autor demuestra que los locos llamaron su atención notablemente. En la primera parte del gran libro, la manía furiosa y pasajera de Cardenio, motivada por grave desazón de amores, es pintura no menos admirable que la alucinación del protagonista. Los cuentos de locos, en el prólogo y primer capítulo de la segunda parte, no pueden ser más gráficos. Fuera del *Quijote* tenemos también los arbitristas del *Coloquio de los perros* y la admirable creación del *Licenciado Vidriera*, especie de *Don Quijote* en miniatura (1). Se ha dicho, con mucha verdad, que Shakespeare únicamente ha pintado la locura en sus varias manifestaciones con tanta exactitud como Cervantes, y al notar los muchos escritos dados á luz descubriendo, lo mismo en Cervantes que en Shakespeare, ya maravillosas doctrinas filosóficas y sociales, ya nomenclaturas botánicas, ya raros conocimientos de navegación, observa con no poca gracia Fitzmaurice-Kelly, que esa atención á los locos de los dos escritores insignes les ha sido devuelta por aquéllos con muy cumplida cortesía.

---

(1) Véase el curioso é interesantísimo opúsculo: *Gaspar Ens: Phantasio-Cratuminos sive Homo vitreus, reissued with a note on el Licenciado Vidriera* by James Fitzmaurice-Kelly; París, 1897.

Ocurre á menudo recordar á Hamlet cuando se menciona á Don Quijote, tal vez por ser la figura más prominente del teatro de Shakespeare que por otra razón. Hamlet ha dado lugar á tantos comentarios como Don Quijote, pero no son muchas las semejanzas entre ellos. Hamlet no acaba de ser un loco, en el franco sentido que el hidalgo manchego. La aparición de la sombra de su padre, que comienza el drama y es la causa impulsora de todas las acciones del héroe, resulta vista por varios otros antes del príncipe, y no puede, por consiguiente, tomarse como una alucinación. Aunque para aquellos que no conocen las revelaciones hechas á Hamlet por la sombra del rey sobre las trágicas circunstancias de su muerte, el príncipe es un loco, para él y su amigo Horacio su fingida locura tiene por único objeto llegar más pronto al descubrimiento del crimen. Tan lejos está Hamlet de ser un alucinado que duda de sus propios sentidos y de las palabras del difunto rey, tratando de buscar por otros medios comprobaciones de carácter más positivo que la mera afirmación de un fantasma. El terrible golpe moral que recibe en la flor de sus años le convierte en melancólico y pesimista. No existe para Hamlet sino el lado negro de la existencia; para él ha terminado el amor cuando debía comenzar; para él ya no hay alegrías, en plena juventud, y como en su propia madre ha descubierto la bestia hu-

mana, hombres y mujeres inspíranle asco igual y desprecio la vida, que considera como un paso horrible hacia la región inconmensurable y misteriosa de las sombras. ¡Contraste grande con el casi infantil optimismo del hidalgo español! Para Don Quijote el mundo fué en el pasado un jardín de venturas, en aquella edad de oro que pintó con tan hermoso entusiasmo, y en su tiempo, si no fuera por las violencias de algunos follones, encantadores y gigantes, castigados, sin embargo, por los caballeros, que como ángeles de salvación acuden en el punto y hora de cometerse las injusticias, deslizárase el resto de la existencia sin más querellas que las de castos enamorados, en ricos palacios, entre reyes y princesas ó en medio de poéticas escenas pastoriles. Para Don Quijote el mal nunca es perdurable sobre la tierra, y aun en los lances más desgraciados redobla sus energías una risueña, fecunda y consoladora esperanza. Don Quijote, en suma, es la antítesis de Hamlet. Mientras éste, lleno de juventud y de poder, heredero de una corona, sólo distingue en el mundo su aspecto más sombrío, el generoso manchego, acercándose al término de su carrera, pobre y sin más galardones que la interminable sucesión de palos y de burlas que va recibiendo por el camino, contempla, sin embargo, la vida al través de cristales color de rosa.

## X

## EL BUEN SANCHO

Menos parecido existe, si cabe, entre la cínica figura de Falstaff y la del prudente Sancho Panza, á quienes tan desacertadamente se ha querido comparar. Entre Falstaff y Sancho no hay más semejanza que la del enorme vientre, pero en su aspecto moral la distancia que los separa es inmensa. Falstaff es un mal hombre: fanfarrón, estafador, cobarde, lujurioso, calumniador, sin el menor destello de generosidad y nobleza. El pobre Sancho, aun cuando amigo de comer y dormir y pasar materialmente la vida del mejor modo posible, es buen padre, buen marido, buen amigo, y á pesar de su natural ambición por las recompensas extraordinarias que le ofrece Don Quijote, servidor leal y á veces en absoluto desinteresado. En su rústico y práctico caletre no caben todas las maravillas que el hidalgo le cuenta, y cuando la realidad echa abajo los castillos en el aire y el pobre labrador comprende, á raíz de un manteo ó de una paliza, cuán mejor estaría en su hogar que siguiendo la suerte de un loco, pocas palabras del amo bastan para volverle á la sumisión y la esperanza.

La superioridad social de Don Quijote, la del hidalgo sobre el humilde labriego, se le impone con fuerza irresistible; luego también su superioridad intelectual le admira y rinde la voluntad contantemente. Este reconocimiento franco y sin reservas del talento de Don Quijote demuestra la buena inteligencia natural de Sancho, y á pesar de su crasa ignorancia, le hace superior, casi siempre, á los demás personajes del libro.

Cuando llega la hora, como ha observado Menéndez y Pelayo, prueba también que tiene su alma en su armario, y sabe meter mano á la espada para defender á su señor y trabar batalla á puño limpio contra uno ó contra muchos, á fin de rechazar agresiones injustas ó defender lo que él considera su derecho. Evita el lance hasta donde le es posible, pero no vuelve las espaldas una vez metido en él, aunque su carácter pacífico y su condición de buen cristiano le lleven á sentir instintiva aversión por la crueldad y la violencia. Nada tiene, en verdad, de cobarde Sancho, aunque tal se le haya creído. Así: talle de noche el ruido espantoso de los batanes, pero también nos cuenta la historia que era capaz aquél de poner miedo en el ánimo más esforzado. En general, no existe en el *Quijote* ningún cobarde, porque hasta las mujeres, cuando

llega la ocasión, dan testimonio elocuente de la energía de la raza (1).

Así como la figura de Don Quijote se agranda en la segunda parte del libro, la de Sancho también aparece más simpática y noble. A pesar de que no creo que Cervantes trató de caricaturar á ninguna persona determinada ni en Don Quijote ni en Sancho, tal vez tuvo razón Mr. Rawdon Brown al suponer algunos rasgos del escudero, especialmente los del egoísmo y la avaricia, enderezados á censurar al secretario don Pedro Franqueza. Pero sólo puede aceptarse esta proposición en la primera parte de la obra, pues según consta en los documentos con él relacionados, en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Museo Británico, así como en las *Relaciones* ya citadas de Cabrera, Franqueza murió en la cárcel, en 1607, ocho años antes de publicarse la segunda parte del *Quijote*, y ni

---

(1) El más notable de los imitadores de Cervantes, que ha adquirido por su propio mérito un puesto tan eminente en la literatura inglesa, ha sido Fielding (1707-1754), y tanto en su novela *The adventures of Joseph Andrews, and his friend Mr. Abraham Adams* (sátira á est'lo cervantesco contra Richardson y su *Pamela*), como en su más célebre *Tom Jones*, el personaje que equivale á Sancho (en esta última obra el gracioso Partridge) es un cobardón de siete suelas. También explotó esta nota cómica Butler (1612-1680), otro gran imitador de Cervantes, en su famoso poema *Hudibras*, una de las obras clásicas de la literatura inglesa.

Cervantes era capaz de ofender la memoria de un muerto, ni la opinión pública, distraída ya con otros sucesos, se acordaba del conde de Villalonga. Sancho Panza, por consiguiente, ya no era el mismo, y la pluma de Cervantes fué aumentando las buenas cualidades del escudero, del propio modo que la sublime grandeza de alma del hidalgo.

Béranger se equivocó al recoger en estos versos una idea vulgar, que corre desde mucho tiempo hace como interpretación del supuesto simbolismo del *Quijote*:

Connais-tu pas Don Quichotte?  
Cest l'esprit pur lance au poing ;  
Son ecuyer boit, mange et rote,  
C'est la chair en grossier pourpoint.

Si Don Quijote pudiera representar el espíritu, Sancho no representa siempre la carne en su aspecto más grosero y repugnante. Aparte su glotonería, que fuerza es conceder, Sancho, sin pretenderlo ni darle importancia de virtud, es tan casto como Don Quijote. Las fáciles mujeres á su alcance que halla en las ventas no le mueven á turbar siquiera un instante su plácido reposo para competir en amores con ningún arriero.

Hay un momento crítico en la vida de Sancho hábilmente pintado: aquel donde pierde todas sus ilusiones cuando oye á Don Quijote referir

que en la cueva de Montesinos había encontrado á Dulcinea, encantada en la labradora que ambos hallaron á la salida del Toboso. Como Sancho sabía muy bien que la labradora no era Dulcinea, pues él mismo fué quien inventó que lo era, para engañar á su amo, quedó allí tristemente convencido de que Don Quijote mentía ó estaba loco de remate. Síguele ya con muy pocas esperanzas de la realización de sus promesas y no vacila en expresar sus dudas á la duquesa misma, en la escena admirable que el pintor inglés Smirke ha sabido reproducir con tanto acierto. Pero cuando á poco se ve con el gobierno de la ínsula entre las manos, humilde y casi confuso recibe los consejos y la bendición de su señor. Aquí es, principalmente, donde Sancho demuestra su gran fondo de elevación y nobleza, y donde se ve que no sólo la carne y el grosero apetito inspiran sus acciones. Aquel tragón, aquel egoísta, que parece no seguir á Don Quijote sino por la recompensa, próximo á tocar la meta de todos sus ensueños, nombrado ya gobernador, tiene un rasgo sublime de renunciación y conformidad, mezclado de cristiana filosofía, ante la sola idea de causar un desagrado al hombre á quien debe toda su fortuna. La ingratitud (la más abyecta de las faltas humanas, y por desgracia una de las más frecuentes) no es propia del leal escudero.

«Señor, responde noblemente, si á vuesa mer-

ced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas, con pan y cebolla, como gobernador, con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa verced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitres; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.»

Bien hace Don Quijote en contestarle que por solas estas razones merecía el gobierno de mil ínsulas, y en aplaudir su buen natural. «Y si como estando yo loco—repite después en su testamento—fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y la fidelidad de su trato lo merece.» Todas las faltas de Sancho se le perdonan, y tenemos que amarle más tarde, cuando vemos su generosa conducta con Ricote, la presteza con que acude á declarar en favor suyo y de su hija, y sobre todo, aquellas nobles palabras rehusando por segunda vez los doscientos escudos que el morisco le ofrece por ayudarlo á sacar y encubrir el tesoro escondido en su

pueblo: «Ya te he dicho, Ricote, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto y prosigue en buena hora tu camino y déjame proseguir el mío, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.»

Vulgar y trillada observación es ya la del buen juicio de Sancho en su corto y burlesco gobierno de la *ínsula*. Todos conocemos sus justas y hábiles sentencias, sus discretas palabras, su conducta ejemplar, tan extraña para los que sólo esperan del rudo labriego disparates, sandeces y rasgos de egoísmo desenfrenado. Sancho no sólo demuestra aquel buen natural, «sin el cual no hay ciencia que valga», según la frase de Don Quijote, sino también que no ha sido en vano para él su trato constante de un hombre tan superior. Reflejo de la sabiduría de Don Quijote es la de Sancho en el gobierno, y prueba la más concluyente de que era un compañero digno del sublime alucinado. En ninguna ocasión podría mejor aplicarse aquel viejo refrán: «dime con quién andas y te diré quién eres.» Siguiendo á Don Quijote en sus locuras, Sancho también pierde el seso; pero sus sentimientos se purifican, sus ideas se agrandan y adquiere, como su amo, en todo lo que no se relaciona con los dislates de la andante caballería, la asombrosa experiencia y la elevación de criterio que convierten á los dos en hombres extraordinarios.

## X

## LOS DEMÁS PERSONAJES

Cervantes, ya se ha dicho, no copió sus personajes á la estricta manera de un pintor, sino mezclando de diversos seres las múltiples cualidades, defectos y aventuras, con lo que formó tipos imaginarios, pero de tan notable realidad como los mismos de existencia verdadera. Sin duda no se pintó á sí propio, como creyó don Vicente de los Ríos, en el Capitán Rui Pérez de Viedma, el famoso cautivo. Tuvo éste una existencia real; hasta cierto punto, su historia poco tiene de inventada; pero ¿qué duda puede haber de que Cervantes, como hizo en otro episodio de *El Amante Liberal* y en algunos de *La Galatea*, mezcló sucesos de su propia vida en la dramática relación de Viedma? El mismo procedimiento siguió con otras personas á quienes hubo de conocer y cuyo carácter y aventuras llamaron su atención. Su alférez Campuzano de la novela ejemplar *El casamiento engañoso*, fué realmente el alférez don Alonso Campuzano, que conoció por 1587 y 1588 (1). El

---

(1) Véase *Bosquejo histórico sobre la novela española*, por D. E. Fernández de Navarrete. (Biblioteca de Rivadeneira, novelistas posteriores á Cervantes, tít. XLI.)

Isunza y el Gamboa de *La señora Cornelia* fueron amigos de Cervantes con esos mismos nombres, y lo propio don Juan de Avendaño, á quien menciona en *La ilustre fregona*, y que probablemente llevó amores con la sobrina del autor, doña Constanza de Ovando.

Sospéchase hoy también que personajes verdaderos figuran en todo el incidente de la historia de Dorotea en la primera parte del *Quijote*. El seductor don Fernando se dice que es nada menos que el *Fénix de los Ingenios Españoles*, Lope de Vega; Dorotea, doña Isabel de Alderete, una de las varias amantes de Lope; Cardenio, don Cristóbal Calderón, uno de sus rivales, y Luscinda, doña Elena Osorio, famosa ya por ocupar en la larga historia de los devaneos del gran autor dramático un puesto importantísimo. Desde luego, si documentos fehacientes de la época no hubieran venido á dar cierta verosimilitud á esta explicación de la trama de la novela que con tanta habilidad entretejió Cervantes en las páginas del *Ingenioso Hidalgo*, no reconoceríamos hoy aquellos personajes, porque carecen de los rasgos de su carácter que por otros conductos han llegado á nuestra noticia. De Lope, por ejemplo, no tiene don Fernando más que un aspecto: el de amante seductor y gallardo caballero. Por lo demás, difícil es reconocer en este personaje al gran poeta. Y no tuvo razón Lope para dolerse de la pintu-

ra, si, como ahora se cree, tomó á mal que Cervantes le incluyera en el *Quijote*. En primer lugar, ¿no usó él mismo igual procedimiento en su *Arcadia*, refiriendo los amores desgraciados de su amigo don Antonio, duque de Alba? En las novelas pastoriles, especialmente, usábase de esa libertad por casi todos los escritores de la época. Lleno de alusiones á personas y sucesos contemporáneos está *El pastor Filida*, de Gálvez de Montalvo; costumbre que parece estableció Montemayor contando sus propios amores en *La Diana*. Lope mismo llevó el procedimiento al teatro y otros géneros de novela. En *La Dorotea* lo proclama abiertamente y reconoce que Cervantes en *La Galatea* hizo lo propio. Además, nadie tendría derecho á quejarse porque lo retrataran en Don Fernando, que al fin y á la postre repara sus yerros caballerosamente, arreglándose todo lo mejor posible. A pesar de que Cervantes no fué buen amigo de Lope, en lo cual no hizo otra cosa que responder á las injurias de éste, nada encuentro en la historia de *Dorotea* y de don Fernando que pudiera en justicia tomarse á agravio.

Ningún gran novelista ha dejado de observar caracteres de la realidad para reproducirlos en forma más ó menos directa, como ningún gran pintor ha podido prescindir del modelo. En la aventura del «cuerpo muerto», que se describe en el capítulo XIX de la primera parte (y que,

según Navarrete, se inspiró en el suceso verdadero de la traslación de los restos de San Juan de la Cruz), observa Clemencín lo siguiente: «Repárese la especie de afectación con que las personas, al dar cuenta de sí en el *Quijote* empiezan comúnmente por expresar el lugar de su nacimiento, que no parece sino que hablan delante de un juez y que contestan á las generales de la ley.» Si pudiéramos trasladarnos á aquel tiempo y seguir á Cervantes por España, hallaríamos, sin duda, los originales de su obra, sin que ninguno tuviera razón de sentirlo, porque en todos hizo resaltar el lado bueno. Hasta las mujeres de vida airada las pintó compasivas y de buen carácter, como la Tolosa y la Molineira, que armaron caballero á Don Quijote, y á la misma Maritornes, que trajo el vino á Sancho después del manteo «y lo pagó de su mismo dinero, porque, en efecto, se dice della que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y dejos de cristiana». Hasta Ginesillo de Pasamonte parece más un tunante que malvado. El cura y el barbero, el ama y la sobrina, descritos siempre como de paso, pero con rasgos tan vigorosos que graban en la memoria su personalidad, son personajes que seguimos encontrando hoy en todas las aldeas de España. El arte de Cervantes como pintor de caracteres es tan extraordinario que una sola frase, escrita en apariencia sin intención de describir una figura,

la coloca ante nuestra vista de cuerpo entero. Por eso el *Quijote* ha sido, de todas las grandes obras de imaginación, aquella que han podido mejor ilustrar los artistas sin que en la gran variedad de cuadros, grabados y láminas existentes sobre motivos del libro pueda notarse mucha discrepancia en cuanto á la concepción de los personajes. Nadie podrá confundir á Don Quijote ni á Sancho, ni dejar de reconocer al duque y á la duquesa, ó á Sansón Carrasco. Hay en el libro un personaje incidental que es una maravilla de realidad y vigor como pintura: el caballero del *Verde Gabán*, testigo casualmente de la feroz hazaña de Don Quijote con los leones. Su hogar y su familia, modelos son también de esas hospitalarias casas españolas de viejos hidalgos de provincias, no contaminados aun por la impureza de la corte. En cambio no resultan tan atrayentes el duque y la duquesa que se burlan de los héroes y consienten á su servidumbre realizar con ellos actos de refinada crueldad. En casa de los duques todas las figuras son también naturales. La burlona Altisidora, modelo de doncella divertida, no puede olvidarse nunca, y la dueña doña Rodríguez y el incidente de la venganza que quiere tomar por medio de Don Quijote llenan algunas páginas de la obra, no superadas en el mundo por su naturalismo y donosura. Con esa facultad de describir un carácter en pocos

rasgos, como si fueran unas cuantas pinceladas de aquellas con que supo Velázquez dar bulto y vigor á sus retratos, más vivos y reales á distancia que cerca, muévense á nuestra vista, como en perfecto panorama, don Antonio Moreno, el Virrey, Ricote, su hija y todos los habitantes de Barcelona. Mucha tinta y papel gastó Avellaneda en presentarnos á don Alvaro Tarfe, uno de los personajes de su *Quijote*. Con gracia y oportunidad lo introduce también Cervantes en su segunda parte, para hacerle reconocer que el verdadero Don Quijote no era aquel con quien se le hace tropezar en el libro de Avellaneda; y bástale una pincelada para que veamos al don Alvaro como si realmente estuviera hablando con nosotros. España entera desfila, en una palabra, ante los ojos del lector. Para encontrar en la literatura universal un cuadro tan vasto y á la vez de tan gráficos detalles, preciso es salirse del campo de la novela y traer otra vez á la memoria el nombre augusto de Dante.

No cabe el análisis de todos los caracteres del *Quijote* sino á riesgo de llenar un grueso volumen; pero no he de concluir esta rápida enumeración de ellos sin detenerme en el que ha motivado comentarios más distintos, llegándose á creer, como pretendió probarlo Benjumea, que es el tipo odioso de la obra, la antítesis moral de Don Quijote y del propio Cervantes. El ba-

chiller Sansón Carrasco, á quien toca desempeñar, con efecto, el papel poco simpático de vencer á Don Quijote, no puede creerse, sin embargo, que sea un mal hombre. Aunque en su batalla con el último, disfrazándose de *Caballero de la Blanca Luna* le impulsa en cierta medida el amor propio, picado por su primera derrota como *Caballero de los Espejos*, en el fondo de Sansón, y ésta es la única causa de su primera intentona, existe solamente el deseo de que Don Quijote vuelva á su pueblo, se cure y cuide de sus abandonados intereses. ¿Y no es esto un rasgo de caballero andante, y hasta, bien mirado, de verdadero quijotismo? Exponer un hombre su vida ante la furia de un loco, y gastar su tiempo y hasta su hacienda en seguirlo por España en selvas y caminos, nada más que por el deseo de volverle á la razón, sin que le venga por ello ningún interés ni ventaja, revela no poca generosidad y buenos deseos, y dado lo extraordinario de la aventura y de los peligros que encierra, hasta indica también sus puntas de enajenación y romanticismo. Tampoco se ensaña Sansón con Don Quijote cuando lo vence, ni pretende insistir en que confiese la inferioridad de Dulcinea. Quiere sólo curar al loco llevándole á la realidad por el mismo camino de su extravío; y lo cierto es que, de no guardar á Don Quijote en su aldea dentro de una jaula, lo que hubiera sido tan contraproducente como

lo fué el encantamiento ideado por el cura en la primera parte, y además inhumano y violento, la única manera de obtener el fin de que reposara un año en su casa, hasta ver si le pasaba el delirio, era la de obligarle como caballero por la fuerza de su palabra. Si Cervantes quiso pintar á un enemigo suyo en el bachiller Sansón Carrasco, no lo hizo, en verdad, con el odio que se ha supuesto. El bachiller, después de todo, es un tipo de estudiante alegre y zumbón, pero bueno en el fondo, como hay tantos en las universidades de España y en las de todo el mundo.

\* \* \*

La falta, que el mismo Cervantes notó, de haber incluido en la primera parte la larga novela del *Curioso Impertinente* no lo es en realidad si tenemos en cuenta el mérito de esa composición, inspirada, según se ha observado, en un cuento de aquel á quien más parece que admiró entre los italianos: «el cristiano poeta Ludovico Ariosto» (1). La dificultad de sostener el interés de la narración sólo con dos personajes le movió también á incluir la historia de Mar-

---

(1) Según D. Antonio Puigblanch, la idea entera del *Quijote* fué tomada del *Orlando furioso*. *Opúsculos gramático-satíricos*; Londres, sin fecha; T. I., pág. 81.

cela, la del capitán Viedma y el mismo largo incidente de Dorotea, aunque en éste, con gran habilidad, hizo figurar á Don Quijote y Sancho casi constantemente. En la segunda parte trató de evitar el escollo y salió airoso en su empresa, porque la historia de las bodas de Camacho el rico y el casamiento de Basilio el pobre está entrelazada con tal maestría con los actos de Don Quijote y Sancho, que no parece un incidente, ni lo es, bien considerado. Esta superioridad de la segunda parte, ya observada por todos los críticos del *Quijote*, se nota también no sólo en el plan de la obra, sino hasta en el estilo, más cuidado y elegante. Y no ha de creerse que fué, teniendo en cuenta los diez años que mediaron entre una parte y otra, porque dedicó mayor tiempo y trabajo á escribir la segunda. Avellaneda, conocedor por la primera de que una de las ideas de Cervantes era que Don Quijote figurara en unas justas en Zaragoza, con gran malignidad se adelantó en su libro á referir estas aventuras. Cervantes tuvo que cambiar precipitadamente el plan del suyo, y sin duda alguna se le ocurrió á última hora la muerte de Don Quijote, para evitar, como él mismo indica, la repetición del caso de Avellaneda, ya que la popularidad del héroe era tan grande.

Cuando se reflexiona que la vida de Cervantes fué tan preñada de infortunios que no en-

contramos en ella una página de felicidad en medio de sus rudos y constantes trabajos, no podemos dejar de admirar la sabiduría de la ley que rige nuestros destinos y ofrece siempre alguna compensación á las amarguras de la existencia, ya en el carácter ó ya en las facultades del intelecto. Desventaja mayor que la de ser siempre desgraciado es la de carecer de la dulce resignación que templá el ánimo al infortunio y es el rasgo principal de todas las naturalezas verdaderamente superiores. Cervantes poseía esta gran cualidad, y encima de ella, el levantado espíritu de justicia que descubre el error y la falta de uno mismo, al revés de la masa vanidosa y despreciable de los ególatras, para quienes, siempre, lo que ellos hacen, piensan y dicen es lo más admirable, justo y sensato, y por consiguiente, tiranía del destino, infame arbitrariedad de la suerte, cuanto no resulte á satisfacción de su capricho, á medida, como se dice, de sus deseos. Aquel anciano sublime, que tanta razón tenía para quejarse, era el primero en reconocer «que cada uno es artífice de su ventura», en escribir mansamente este verso, tan digno de un alma cristiana:

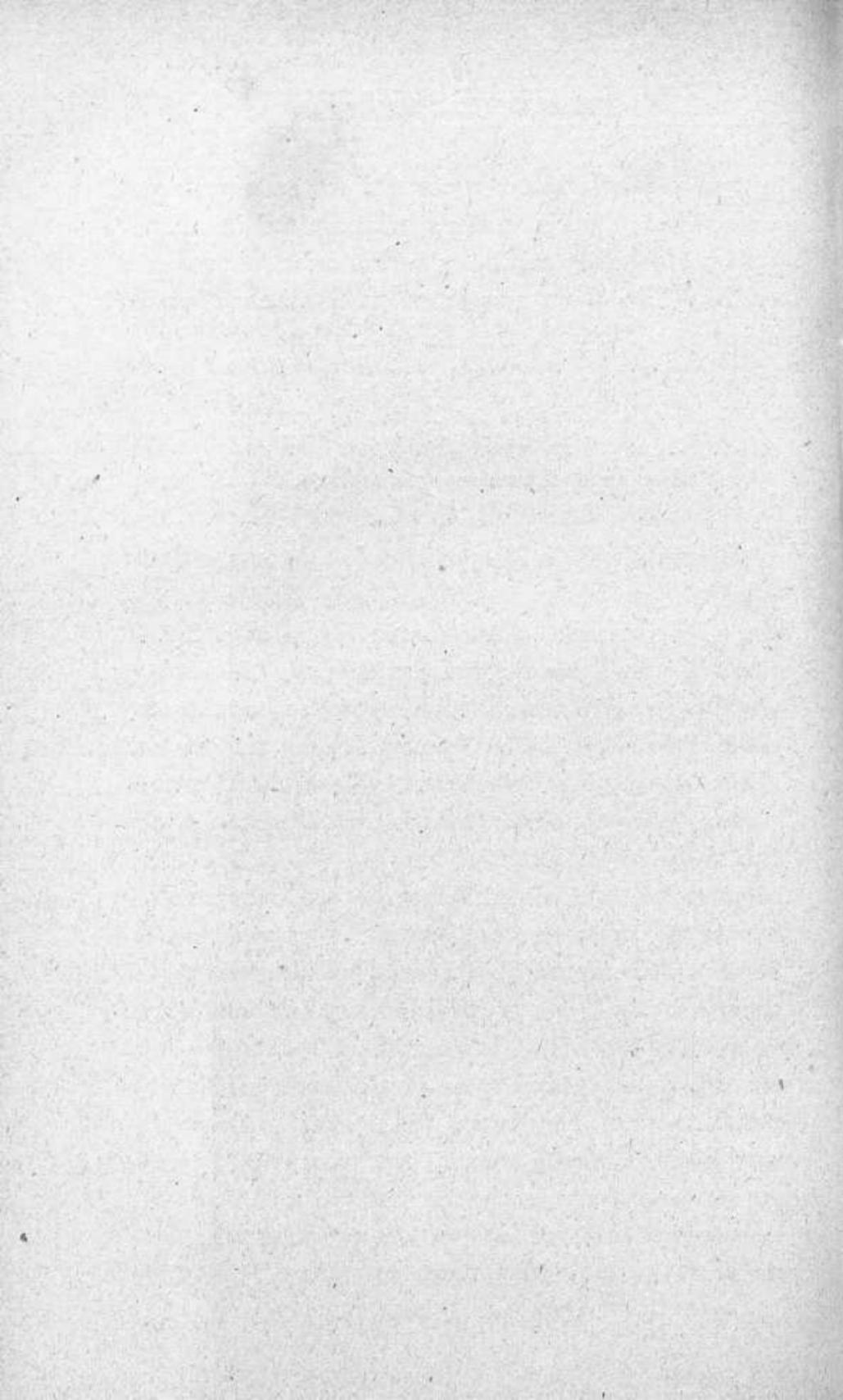
«Con mi corta fortuna no me ensaño»,

en proclamar que la «humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay

ninguna que lo sea», y por último, en agradecer como dones generosos los breves ratos de dicha que pudo haber tenido y la historia desconoce, atribuyendo á su propia culpa su escasa duración y no á parquedad de los hados:

«Tú mismo te has forjado tu ventura,  
Y yo te he visto alguna vez con ella,  
Pero en el imprudente poco dura».

¡Ejemplo admirable y digno del autor del *Quijote*, de ese libro maravilloso que siendo la sátira, en su fondo, más amarga, es la más generosa, la más llena de compasión para las humanas flaquezas! Libro sublime y único, constante deleite de quien lo lee, porque cada vez que se abren sus páginas se encuentra en ellas algo que parece nuevo, como manantial inagotable de profundidad, ingenio y donaire. ¿Y qué mayor recompensa que haberlo escrito pudo ofrecer á Cervantes su fortuna? ¿Qué dicha mayor que el firme convencimiento de que su nombre sería repetido por la posteridad admirada, y su obra aplaudida por los siglos venideros? La conciencia de su inmortalidad es el galardón mejor del genio, y por esto Cervantes, pobre y lleno de sufrimientos, pudo contemplar desde el pedestal de su gloria, con risa, y á la vez con lástima, las pequeñeces y locuras de sus contemporáneos.



# LA IDEA DEL "QUIJOTE," EN INGLATERRA

DESDE CHAUCER  
HASTA BEAUMONT Y FLETCHER

## I

### SIR THOPAS Y DON QUIJOTE

Existen semejanzas curiosas entre Chaucer y Cervantes, á pesar de separarlos más de dos siglos y de ser tan enormes sus diferencias de raza y de idioma. Chaucer, que nació por 1340, fué hijo de un vinatero acomodado, es decir, perteneció á la misma clase media de Cervantes, de la cual han salido, en próspera ó adversa fortuna, casi todos los genios en las ciencias, las artes y las letras. Sirvió de paje en su juventud, escribió versos, peleó en la guerra, cayó prisionero y fué rescatado.

Conocemos la cantidad de su rescate: diez y seis libras, pagadas á los franceses. Un poeta,

aunque fuera, como Chaucer, el paje de la nueva de un rey, valía entonces (¿quién sabe si también ahora?) menos que un caballo. El Rey de Inglaterra, en cuyo nombre se rescató á Chaucer, pagó, con efecto, por un caballo, según dice Jusserand, en una ocasión cincuenta libras; en otra, setenta. Cervantes siquiera debió su libertad, como ya se sabe, á que los moros pidieron por él mucho menos que por otro cautivo llamado don Jerónimo de Palafox.

No se crea por esto que Cervantes fué más afortunado. Aunque Chaucer corrió aventuras parecidas, su buena estrella sólo hubo de eclipsarse á ocasiones. Con la holgura de un «diplomático y mensajero», no con la estrechez de un militar, viajó por Italia y volvió á su país, enamorado, cual Cervantes, de la poesía y las letras italianas, que influyeron poderosamente en sus obras. Desempeñó, cual Cervantes también, misiones de su Gobierno, aunque de carácter superior á la del último cuando su regreso de Argelia. Para más parecerse, los dos recaudaron tributos: Cervantes, de agente modestísimo del Tesoro; Chaucer, como administrador de las aduanas londinenses. El uno en alto oficio, el otro en humilde, pertenecieron á la misma categoría de servidores del Estado.

Chaucer, que fué miembro del Parlamento, cayó luego en desgracia y perdió su prebenda, por fidelidad á sus protectores. Cervantes nunca

fué procurador á Cortes; mas si lo hubiera sido y en su tiempo las Cortes valieran algo, también habría incurrido, por leal, en la ira de los poderosos. Chaucer, privado de su puesto, sufrió las humillaciones de la penuria, inseparables compañeras de Cervantes. Mas para Chaucer volvieron, con Ricardo II y Enrique IV, las pensiones, los destinos y la honra. En sus últimos años, rico otra vez, consta que adquirió una casa en Londres. Cervantes, pobre siempre, fué dueño de una casa en Madrid, mas sólo en el nombre...

Al final de sus existencias las disparidades se acentúan. Hasta tenemos de Chaucer un retrato de autenticidad indiscutible, y sabemos dónde reposan sus restos: en el rincón glorioso de los poetas en la Abadía de Westminster. ¿Podía la felicidad del uno parecerse á la desdicha tan prolongada del otro?

Pero la semejanza mental y moral la encontramos inalterable. Ambos contemplaron las pequeñeces y miserias del hombre con ironía, mas sin odio. Percibieron el ridículo sin cerrar los ojos ante la elevación y la generosidad. Cada uno trazó de su país y de su tiempo un cuadro sublime. Chaucer fué el padre de la lengua inglesa:

«Anglia Chaucerum veneratur nostra poetam,  
Cui veneres debet patria lingua sua»;

Cervantes dió su nombre á la lengua castellana y la fijó en sus moldes brillantes y majestuosos.

«En Chaucer—dice Mr. Skeat, el más concienzudo editor de sus obras—reconocemos á un hombre jovial, de naturaleza superior, de genio originalísimo, observador profundo de la sociedad humana, y á la vez lector entusiasta é infatigable.» ¿Qué rasgos más parecidos á los del regocijado príncipe de los ingenios españoles, quien leía, según él mismo nos dice, hasta los papeles rotos que por las calles encontraba?

Por último, los dos tuvieron la idea de ridiculizar en una sátira los romances y libros de caballerías. Chaucer delineó una caricatura del caballero andante en un pequeño poema cortado bruscamente. Cervantes comenzó con idéntica intención; pero, enamorándose por grados de su obra, creó uno de los tipos más admirables con que la humana fantasía ha enriquecido el mundo ideal de la novela.

Cervantes es más grande, y sólo Shakespeare se le iguala entre los hombres. Mas no cabe negarlo: Sir Thopas, la caricatura del caballero andante por Chaucer, es abuelo, aunque indigno, de Don Quijote.

\* \* \*

En un día de abril, durante el reinado de Ricardo II, juntáronse, según Chaucer, en una po-

ciada del suburbio de Southwark, hasta veintinueve peregrinos. Encaminábanse á Canterbury, á unas cincuenta y seis millas de la capital, para hacer penitencia en la tumba del canciller Tomás Becket, mártir y santo canonizado por Roma. En aquella época, la inseguridad de los caminos obligaba á los viajeros á reunirse en grupos para su mutua protección. El posadero, Harry Baley, gran tipo, alegre, decididor, de ruda franqueza y á la vez de hábil diplomacia, acompañó hasta Canterbury á sus huéspedes.

Entre éstos se hallaban un caballero que había guerreado, cual Chaucer, en el Continente; un marino conocedor de los mares de su país y de España; un fraile panzudo, cínico y vividor, comerciante en indulgencias; unos monjes ascéticos; unos pobres y abnegados párrocos; unas místicas monjas; un literato, estudiante de la Universidad de Oxford; algunos hombres de curia, sagaces y maliciosos; algunos obreros y labradores, que ganaban su triste vida, como los de hoy, con el sudor de su frente; una comadre chismosa, viuda cuatro veces, preparada á serlo cinco y pensando ya en el sexto marido—la célebre «wife of Bath»—; un cocinero parlanchín; en una palabra: todas las clases, representadas por uno ó varios individuos, ó, al decir de Jusserand, «toda Inglaterra».

El viaje duró cuatro días. Todos no eran buenos jinetes ni tenían resistencia igual, y se hi-

cieron descansos. Para entretener la imaginación y el tiempo, cada personaje contó una historia. De aquí el título de la obra: *Los cuentos de Canterbury* (*The Canterbury tales*), que por su estructura recuerda el *Decamerón*, aun cuando, según Skeat, Chaucer nunca conoció el libro de Bocaccio sino por citas de otros. Dos cuentos son en prosa; los demás, en verso. Chaucer (lo mismo hará más tarde Shakespeare) inventa pocas veces. Su vasta erudición, su conocimiento de las literaturas italiana y francesa, le proporcionan argumentos. Desde Gautier de Coinci y Albertano de Brecia, hasta Dante, Bocaccio y Petrarca; desde los autores más oscuros hasta los más ilustres, sirven á su propósito. En el tercer día, y valiéndose de la traducción al latín por Petrarca de la última famosa novela del *Decamerón*, el estudiante de Oxford conmueve á sus compañeros con el patético relato de los martirios de la dulce y paciente Griselda.

Otro de los peregrinos relata la historia de un rey de Tartaria, en la cual aparece un caballo de bronce que se elevaba por los aires. Podíasele guiar por un clavo que tenía entre las orejas. El ya citado Jusserand ve en este caballo un antecesor de Clavileño.

Ya en el segundo día fijóse el posadero en uno de los peregrinos, que escuchaba modesta y silenciosamente. «¿Qué especie de hombre eres tú?», le preguntó. Era un sujeto alto, gordo,

de circunferencia parecida á la de Harry Báley, de mirar distraído, con la vista algunas veces en tierra, «cual si buscara una liebre», de apariencia pacífica, de conversación escasa. Llamábase Geoffray Chaucer, futuro autor de *Los cuentos de Canterbury*, y estaba allí para inmortalizarlos á todos. El posadero le invitó á referir «algo alegre», y sin hacerse de rogar, en metro rápido, en la rima acompasada de las canciones favoritas de la época (contraste singular con la robusta y maciza persona del recitador), comenzó el festivo relato de las hazañas del andante caballero Sir Thopas.

\* \* \*

Cervantes se burló del estilo de las novelas caballerescas remedando las ridículas frases de Feliciano de Silva. Chaucer se burló de los mismos cuentos de su época, remedando los versos risibles de los cantores populares.

Sir Thopas nació en Flandes y era hijo del rey de aquel país. Guerrero formidable, «de color de pan blanco» y labios rojos como una rosa, en su cutis había tintes de escarlata. Su nariz era de buen tamaño; su barba, de amarillo azafrán. Vestía lujosamente con rica tela; ceñíase cinturón de Córdoba; calzábase botas de Brujas. Gran cazador, gran luchador, ¡cuántas doncellas lloraban por él y por compartir su

lecho! Pero Sir Thopas era muy casto y nada amigo de mozas (*chast and no lechour*).

Un día, montado en su corcel brioso, entró por un bosque bellissimo, donde las flores y los pájaros le llenaron de amor el alma. Allí dejó pastar al noble bruto; reclinóse sobre el césped y soñó en que la reina de las hadas sería su amante. Inflamado por esta pasión, saltó de nuevo sobre su caballo y penetró más adentro del bosque, resuelto á conquistar á la dama misteriosa de sus pensamientos. Aquí el poeta describe el efecto que en el alma de Sir Thopas causó la sonriente y primaveral naturaleza. Mas de repente, no es á la reina de las hadas á quien hubo de encontrar, sino á un descomunal gigante, Sir Olifaunt llamado, y terrible por sus acciones. «¡Niño!», le gritó el gigante con desprecio, é informándole de que en aquel país encantado vivía la reina de las hadas «con sus arpas, flautas y sinfonías», le conminó á retirarse en el acto.

«Mañana—le respondió Sir Thopas—, cuando tenga mi armadura, vendré á matarte.» Y sin esperar la contestación volvió grupas y puso pies en polvorosa. El gigante le tiró varias piedras; pero la retirada del «niño» fué de una rapidez sorprendente.

Al llegar á este extremo no es posible dejar de consolarnos (¡oh, buen Alonso Quijano!) con el pensamiento de que todavía tú no eras de

este mundo. En la raza de los Quijotes, al revés de las otras razas, y de ella misma después del siglo XVII, los descendientes mejoraron. ¡Ah, follón de Sir Olifaunt! ¿Qué hubiera sido de ti y de tus piedras, si en vez del pálido y afeminado Sir Thopas, de Flandes, te hubieras encontrado frente á frente con el hidalgo manchego, honra y prez de la andante caballería?

Al despuntar el alba, Sir Thopas se aprestó á volver por su perdida honra. Mientras le vistieron, cantores infundiéronle coraje, con la narración de ilustres proezas de reyes, cardenales y papas. De paso le administraron buenos tragos de ginebra y otras bebidas espirituosas, mezcladas con azúcar para levantar el pulso. Pusiéronle sus armas, que se describen con minuciosos detalles. La canción promete que si existen grandes hechos de caballeros insignes—Isopet, Bevis, Sir Gy, Sir Libeaux y Pleyndamour—los de Sir Thopas obscurecerán á todos. A caballo otra vez, se encaminó al lugar de la acción. Mas antes—Chaucer observa que hay un precedente, el del gran Sir Percivel—se detuvo á beber del agua de un pozo...

—¡Basta! ¡Basta!—exclamó Harry Baley—. Con su habitual franqueza añadió que el cuento era pesadísimo, y los versos no valían siquiera lo que, en nuestra época—Sancho en la suya, y ahora, no tendría reparo en decirlo—no se puede traducir al castellano. Chaucer se defiende;

pero cede, al fin, cuando el posadero lo invita á contar otra historia en prosa. De Sir Thopas nada más se sabe: si mató á Sir Olifaunt ó tomó otra vez, aunque con rumbo á Flandes, la ruta de Villadiego. Sólo sabemos que la burla de la caballería andante hecha por Chaucer, ó no fué comprendida, ó no fué aceptada por su auditorio. Tal vez el autor, al resignarse á dejar su cuento sin concluir, nos quiso indicar que no era la época todavía.

La fruta no había madurado. Los tiempos eran muy propicios aún para las disparatadas historias de las aventuras caballescás, que continuaron en verso y en prosa, en acompasadas rimas de sonsonete ó en ponderosos volúmenes, infestando las cortes. Nadie entendió la ironía de Sir Thopas. El derrumbe definitivo de aquella mole de invenciones ridículas, reservado estaba en el siglo XVII para la risa homérica de Cervantes.

Para Cervantes, Chaucer fué desconocido. No leyó su obra; ni siquiera, tal vez, supo de su existencia. Pero no hay en la historia una sola idea útil ó bella que no haya tenido precursores. Gérmenes del *Quijote* los hallamos también en Rabelais, en Ariosto, en el autor del *Caballero Cifar*, que delineó el primer esbozo de Sancho Panza. Lo único en la naturaleza que nunca muere es una idea. La simiente, al caer sobre un mal terreno, se agosta; pero la idea, una vez

lanzada, si no encuentra el medio favorable á su desarrollo, puede esperar durante siglos la hora de su florecimiento.

## II

## CERVANTES Y SHAKESPEARE

*La historia de Cardenio.*

Grandes ingenios, en España y fuera de ella, han fracasado tristemente en la pretensión de escribir para el teatro la historia del hidalgo de la Mancha. Lo que «el prudentísimo Cide Hamete» aconsejó decir á su pluma: «para mí sola nació Don Quijote y yo para él», se extiende lo mismo al libro que á la escena. Ni siquiera algún actor, en uno de los medianos dramas en que Don Quijote y Sancho Panza aparecen como protagonistas, ha «salvado la obra», según se dice en jerga de la farándula.

Difícil es que con la palabra y con el gesto imite nadie, sin caer en grosería, la mezcla de sencillez y buen sentido del escudero. En cuanto á Don Quijote—mezcla de infinita locura y sabiduría sublime—, la dificultad, naturalmente, es más grande. El actor más concienzudo é ilustrado del siglo XIX, exceptuando, tal vez, á Julián Romea—Sir Henry Irving—después de un

profundo estudio de la gran novela, y hasta de un viaje por España, se presentó hace años en Londres haciendo una especie de Hudibras zancudo, solemne y fúnebre, extraño remedo más de la caricatura de Butler que del original de Cervantes.

No habían de realizar los actores lo que no pueden los poetas. Mas entre los últimos uno hubiera acabado bien—quizás hubo de acabar—el magno empeño. ¿No es de suponer que pintara con éxito en un drama á Don Quijote y á Sancho quien creó el carácter complejo y difícil de Hamlet y la cómica figura de Falstaff? Dudoso es que Cervantes conociera la existencia de aquel gran contemporáneo suyo, el único de su talla en la literatura del siglo XVII, llamado á compartir con él la gloria mayor de su época y tal vez de todas. Pero no es dudoso que William Shakespeare conoció como escritor á Cervantes, que leyó su libro y hasta escribió una obra dramática fundada en el *Quijote*.

Profundo era en aquel tiempo el odio entre ingleses y españoles. Prolongábase la lucha que había comenzado sobre los mares en los años oscuros de la Edad Media, cuando la Península estaba dividida en varios reinos, y los reyes de Inglaterra se quejaban diplomáticamente á los de Castilla de los destrozos hechos en sus barcos y en sus costas por los indomables marinos de Vizcaya. Todavía, después de la rota de la In-

vencible, España era el fantasma temido, la pesadilla espantosa del pueblo británico. Pagábanle los españoles con el deseo de destruir el poder de Inglaterra, único obstáculo á su tranquila posesión del Nuevo Mundo. Tan popular fué el proyecto de la Armada, que todo español contribuyó á él de alguna manera. Lope de Vega fué entre los expedicionarios. Uno de los modestos y oscuros agentes que por cuenta del Tesoro reunió las provisiones fué Cervantes.

No es de extrañar que Shakespeare, patriota ardiente y protegido de su reina, compartiera aquella odiosidad política de su país por España. *El mercader de Venecia* se inspiró en el injusto, el trágico, el abominable proceso del doctor Rodrigo López, médico español de origen judío, sentenciado y martirizado cruelmente en Londres, bajo la falsa é infame acusación de que intentó envenenar á Isabel por orden de Felipe II. Pero Shakespeare, aunque no supo hacer justicia á López y se dejó arrastrar por los prejuicios de su tiempo, tampoco era posible que dejara de sentir, como todos sus contemporáneos, y más siendo él quien fué, la mágica influencia intelectual de España, de su literatura y de su lengua.

En aquel mismo reinado, contra cuya seguridad atentaron los españoles, leían los ingleses con admiración el *Marco Aurelio*, ó *Relox de príncipes*, de don Antonio de Guevara, traduci-

do dos veces; una por Lord Berners, en 1534, otra por North—el traductor de Plutarco—en 1557. Como contraste á la pomposa filosofía del obispo de Mondoñedo, disputábase también el público inglés tres traducciones del regocijado *Lazarillo*. Una de ellas, la de David Rowland, llegó á tres ediciones antes de 1596. La *Diana*, de Montemayor, que en 1598 tradujo Bartholomew Yong, se leía tanto en Inglaterra como en la Península, y lo mismo se puede afirmar de los libros de caballerías, de Amadís, sobre todo, y su larga progenie.

Quien desee más completos informes sobre este asunto, ya que darlos aquí me haría salir de mis límites, vea el notable estudio, escrito en inglés, *La literatura española en la Inglaterra de los Tudors*, por J. M. Underhill, New York, 1899. A mi propósito basta consignar ahora que entre los libros españoles que más pronto se apoderaron del favor público en Inglaterra á comienzos del siglo XVII, debe citarse, en primera línea, el *Quijote*. No había salido aún la segunda parte en lengua castellana de la pluma de su autor, y ya la primera estaba traducida y publicada en Londres por Shelton en 1612.

Esta popularidad ha continuado hasta nuestros días. Estaba á punto de afirmar que hoy los ingleses leen más que los españoles el libro de Cervantes; pero con tristeza recuerdo que nada tendría de extraordinario, pues según dice su sa-

bio comentador Rodríguez Marín, el *Quijote* se lee muy poco en España.

Si la literatura didáctica y la novela española tanto se estimaron en aquel país en los siglos XVI y XVII, ¿qué diremos del teatro? La espada de Lope no logró conquistar un palmo de terreno á los ingleses; pero su pluma les hizo sentir el encanto de su genio. En la historia del teatro inglés, desde Marlowe, el del «verso poderoso», hasta Shirley, el último representante de la gran escuela isabeliana, la influencia española es principalísima. Ya del influjo de Calderón hablé en mis *Ensayos críticos de literatura inglesa y española* (1). Pero concretándonos á Shakespeare y sus contemporáneos—Ben Jonson, Webster, Dekker, Marxton, Middleton, Rowley, Heywood, Chapman, Beaumont y Fletcher, entre otros—casi todos buscaron asuntos y caracteres en libros españoles, y Shakespeare mismo tomó de un episodio de la *Diana* el argumento de *Los dos caballeros de Verona*. También para *La tempestad* aprovechó uno de los episodios de las *Noches de invierno*, de Antonio de Eslava, valiéndose probablemente de la edición de Amsterdam de 1610. Como la obra de Eslava no se sabe que haya sido traducida del español á ninguna lengua, es indudable que la leyó en su original el gran dramaturgo. Beaumont y Fletcher, colaboradores

(1) Madrid, Suárez, 1911.

hasta el punto de que sus nombres siempre aparecen unidos, se inspiraron en fuentes castellanas, más probablemente, que el resto de aquella pléyade gloriosa. John Fletcher tuvo también la honra de colaborar con Shakespeare. La crítica señala su mano en *Enrique VIII* y en *Los dos nobles parientes*, pieza de dudosa autenticidad. Parece que ya en los finales de su vida, Shakespeare solicitó su auxilio para terminar tres obras, las dos mencionadas, y otra con el título de *Cardenio*, que se ha perdido. Fundada la última en el famoso episodio de la novela de Cervantes, es la que contenía los caracteres de Don Quijote y Sancho. Que Shakespeare leyó el *Quijote* en la traducción de Shelton—porque la segunda, hecha por Phillips, no salió hasta 1676—es posible. Pero si pudo leer á Eslava en castellano, ¿por qué no á Cervantes? De todos modos, la pérdida de su drama ó su comedia, pues exactamente no sabemos lo que sería, es uno de los grandes infortunios que lamenta la historia literaria.

No cabe dudar que las producciones del intelecto humano tienen, como tenemos los hombres un destino favorable ó adverso. Una tarde, en el mes de junio de 1613, cuando el público de Londres, apiñado en el teatro del «Globo», contemplaba, durante la representación del drama de Shakespeare *Enrique VIII*, la entrada en escena del rey, un taco del cañón con que se

hacían salvas, cayó encendido sobre el techo del teatro. El incendio pronto hubo de extenderse y consumió todo el edificio. En el archivo se quemaron muchas obras de Shakespeare, y entre ellas las copias manuscritas de *Cardenio*.

Entre Shakespeare y Cervantes hay grandes semejanzas como creadores de caracteres y observadores del corazón humano. Cada vez que se habla de Hamlet se recuerda á Don Quijote. Cada vez que se habla de Sancho se recuerda á Sir John Falstaff, egoísta grosero, sin los rasgos de bondad que redimen al infeliz campesino de la Mancha. ¡Lástima que no podamos saber ahora de qué manera Shakespeare comprendió los dos excelsos tipos creados por Cervantes! ¡Lástima que no sepamos la forma en que trató la triste historia de *Cardenio*, otro loco, no de dudas, como Hamlet, ni de remordimientos, como *Lady Macbeth*, sino de amor y de engaño! Es posible que no fuera tan feliz como en el *Quijote* el desenlace de la aventura de la gentil *Dorotea*. Al declinar la vida, y templada por la experiencia su facultad creadora, Shakespeare observó el mundo y los hombres en un aspecto más sombrío que el manco de Lepanto.

¡Extraña discrepancia de los dos genios inmortales! Cuanto de Shakespeare sabemos, que no es mucho, lo presenta, al igual de Cervantes, como un hombre bondadoso, de tiernos y apaci-

bles sentimientos. Hace poco más de cuatro años, en 1909, el profesor Wallace, de la Universidad de Nebraska, y su esposa, descubrieron en los archivos municipales de Londres documentos curiosísimos, en que aparece Shakespeare mediando á favor de una joven, hija de los dueños de la casa en que él vivía como huésped, para concertar su matrimonio con el elegido de su corazón y sacarla de los tormentos angustiosos de un amor contrariado.

En el interesante idilio que resulta de la primera parte de esta historia de familia, Shakespeare se decide á intervenir, á ruegos de la acongojada madre de la novia. Así nos lo pintan, cariñoso y caritativo, casi todos los demás rasgos auténticos de su biografía, y que comprueban su retrato moral, trazado con intuición maravillosa por Tamayo en las escenas admirables de *Un drama nuevo*.

«Dulce bardo de Avon» se le llamó en su tiempo, por su carácter tanto como por sus obras. Mas la vida, que en el aspecto material no fué para él ingrata, dejó en su espíritu huellas de agudos sufrimientos. La fortuna que ganó en sus obras y su trabajo de actor y de empresario, no fué compensación para la ingratitud del amigo, para la infidelidad de la amante, para los remordimientos de su propia conciencia, agitada—si á él mismo se refieren las confidencias que contienen sus *Sonetos*—por una

culpa tan honda como misteriosa. Esta tormenta interior explica el pesimismo de sus últimos años, y que siendo tan bueno como él fué para sus semejantes, abrigara en el fondo de su corazón el desprecio por los hombres, el odio, provocado principalmente por el espectáculo inmundo de la ingratitude, que brotan á raudales en los lamentos é imprecaciones de Hamlet, de Oteló, de Lear, y sobre todo, en los rugidos de fiera acorralada de Timón de Atenas.

Cervantes sufrió también la traición, la ingratitude, la envidia, la infamia de los hombres en cuantas formas puede concebir la fantasía más diabólica, desde el tormento y la esclavitud hasta la miseria. Fué heroico, y se pagaron sus hazañas con la cárcel, el desprecio y el olvido. Fué activo y luchador, y siempre tocó á sus puertas la mano descarnada del hambre. Pero cuando terminó su vida, casi en el mismo día que Shakespeare—el 23 de abril de 1616, con la diferencia de que el calendario gregoriano no hubo de aceptarse en Inglaterra hasta 1752—, no tuvo una frase amarga siquiera para la humanidad, un solo reproche para los autores de su prolongado martirio.

Toda su dura experiencia se resumió en las últimas palabras de Don Quijote, pidiendo, perdón en el lecho de muerte por haber creído tanto tiempo «que hubo y aun hay caballeros andantes en el mundo». ¡Desengaño terrible y tar-

dío! Mas la dulce sonrisa, irónica, tolerante, amablemente burlona, no se apartó de sus labios. A nadie culpó de sus crueles infortunios. «Cada uno—dijo—es el artífice de su ventura»; y al despedirse de los demás, como si mucho tuviera que agradecerles, fueron las frases postreras que á su pluma inmortal dictó su noble corazón: «Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos...»

### III

#### LA PRIMERA IMITACIÓN DEL «QUIJOTE»

El doctor Jorge Brandés, compatriota de Hamlet y crítico de Shakespeare, ha relatado en una revista de Londres la curiosa conversación que, según él, tuvieron Don Quijote y el príncipe Hamlet de Dinamarca, en el año de 1913.

El Caballero de la Triste Figura refirió al príncipe—dice el doctor—todas sus derrotas desde 1605 hasta la fecha. Abandonado por Sancho Panza, que es ahora primer ministro é ídolo del pueblo de la ínsula, Don Quijote siguió en su manía de defender á los débiles y desfacer entuertos. Así es que también siguió cayendo sobre sus costillas la lluvia interminable de los estacazos.

Hamlet, que para alcanzar la felicidad y ju-

ventud perennes, ha resuelto ser muy estúpido. contó, á su vez, al caballero todo lo que ha pasado desde 1602. Ambos entonces se juraron amistad eterna. Don Quijote bebió el elixir renovador de la vida que Hamlet hubo de ofrecerle, dió unas cuantas gotas á Rocinante, y príncipe y caballero emprendieron la marcha hacia Beocia, donde se proponen fundar el edificio de granito de una nueva iglesia.

Yo creo que el elixir no hará el menor efecto en Don Quijote. Además me figuro que en el desenlace de esta soñada aventura los aires espesos de Beocia sentarán pésimamente á su fina constitución. El doctor Brandés olvida que si Quijano el bueno fué «el de la triste figura», también fué y ha sido siempre «el ingenioso hidalgo».

Ni á Hamlet tampoco se le comprende estúpido, aunque diga el doctor que ha oído su confesión lastimosa. ¿Acaso ha dejado de dudar? ¿Acaso se ha convencido ya de que la filosofía de su amigo Horacio explica todas las cosas que hay en la tierra y en el cielo?...

Pero dejemos de lado la narración fantástica del crítico dinamarqués. Es lo cierto que sin haber variado nunca, iguales ahora que al salir por vez primera á la luz del día, Hamlet y Don Quijote marchan unidos ante los ojos de la posteridad. ¿Quién no los ha imaginado juntos? ¿Quién que conozca los libros que relatan sus

ideas y sus actos, no ha asociado sus nombres? ¿Quién piensa en Shakespeare, el creador de Hamlet, sin recordar á Cervantes, el padre de Don Quijote?

Ese honor que hoy tiene Hamlet intentó alcanzarlo, pocos años después que él naciera, otro personaje que se paseó por los escenarios ingleses y tuvo sus aventuras publicadas en letras de molde cuando Shakespeare vivía aún en Stratford é iba á Londres para atender á sus negocios de burgués enriquecido, y Cervantes vivía en Madrid, en lucha con la suerte adversa, y algunas veces viajaba al famoso lugar de Esquivias, caballero en un rocín pasilargo.

Pero aquel personaje, aplaudido á ocasiones, silbado otras por el público de los teatros londinenses, no era la creación de un genio. Salió, es verdad, de las mentes de dos colaboradores ilustres—Beaumont y Fletcher—, muy hábiles en manejar los resortes escénicos, el último sobre todo, quien casi pudiera decirse que en su país «se alzó con la monarquía cómica» después que el autor de *Hamlet* hubo de colgar la pluma.

Mas, á pesar de su mérito, ni Beaumont ni Fletcher traspasaron los límites de su época. La historia registra sus nombres; la posteridad, fuera de los críticos y eruditos, no lee sus obras. Una de las más notables, *The knight of the burning pestle* (*El caballero de la ardiente mano de mortero*), se inspiró en la novela de Cervan-

tes, y su héroe fué el que hubo de creerse entonces que viviría eternamente junto al hidalgo de la Mancha.

La fecha de la primera representación de esta obra de Beaumont y Fletcher no se puede fijar con rigurosa exactitud. Unos la señalan en 1609, cuatro años después de salir del taller de Juan de la Cuesta la primera parte del *Quijote*. Lo probable, sin embargo, es que se estrenara en 1611.

Su fracaso fué completo. Si de sus propias comedias decía Cervantes «que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza», y que «corrieron su carrera sin silbos ni gritas ni baraúndas», no así con la pobre imitación en inglés del hidalgo manchego. Cuando se publicó en 1613, con la esperanza, que según parece no hubo de frustrarse, de que leyéndola el público fuera más benigno, el editor confesó la terrible derrota. «Fué rechazada en absoluto», dice. «*It was utterly rejected.*»

El mismo editor advierte en la dedicatoria, dirigida á su amigo Robert Keyser, que después del fracaso guardó el manuscrito «dos años» sin darlo á la imprenta. «Es posible—añade, hablando del héroe de la comedia—que se le crea de la raza de Don Quijote. Pero ambos podríamos jurar tranquilamente que le lleva un año.»

He aquí dos pruebas muy sólidas de que el

desgraciado estreno ocurrió en 1611, si la impresión se hizo dos años después—en 1613—y de que el héroe lleva uno de edad al Ingenioso Hidalgo. Es decir, al Ingenioso Hidalgo traducido en lengua inglesa por Shelton en 1612, que es el único á quien puede referirse la frase.

Como el profesor Fitzmaurice-Kelly observa, muy atinadamente, Fletcher, á quien sin duda pertenece la mayor parte de la comedia, se esfuerza en probar que conocía el castellano lo bastante para prescindir de traductores, y que su obra es anterior á la de Shelton.

Efectivamente, la traducción de la primera parte del *Quijote* por Thomas Shelton—la primera que se hizo en el mundo del sublime libro—, tomada de la edición en español que se imprimió en Bruselas en 1607, y conservada inédita por cuatro ó cinco años más, no se publicó en Londres hasta 1612.

«Por la prioridad del nacimiento—continúa hablando de su comedia y de su héroe el optimista editor—puede disputar el rango á *Don Quijote*. No dudo que han de encontrarse, y espero que al romper una lanza queden amigos. Quizás se unan y viajen aliados por el mundo en busca de sus aventuras.» ¡Inocente ilusión de librero entusiasta y ambicioso! Hamlet y Don Quijote sí son hermanos. El doctor Brandés, en pleno siglo XX, puede haberlos visto con los ojos del alma cabalgar juntos por la ruta misteriosa de los en-

sueños. Mas el héroe desdichado de Beaumont y Fletcher, ¿cómo puede pretender la gloria de ir en tan buena compañía? Si hoy alcanza un recuerdo es en lugar modestísimo en la larga serie de imitaciones de *Don Quijote*. Por delante de él, y á gran distancia, Hudibras capitanea este ejército de caricaturas.

La comedia de Beaumont y Fletcher tiene cinco actos. El personaje que en ella podríamos llamar quijótico es un dependiente de especiero, aficionado á declamar y que improvisa su papel entrometiéndose en una compañía de cómicos por imposición de su amo y de la mujer de éste, quienes asisten al teatro como espectadores.

Finge Ralph—este es el nombre del dependiente—que leyendo en su tienda las hazañas de Palmerín se inflama en el mismo entusiasmo caballeresco, y sale por el mundo á defender doncellas y combatir gigantes. Como «el caballero de la ardiente espada», adopta él por emblema y arma principal la mano de mortero con que pulveriza las especias, y el mancebo de la tienda y otro muchacho le sirven, éste de enano y aquél de escudero.

En su primera aventura espanta á una mujer y á un niño, que al verlo entrar en un bosque huyen, dejando en el suelo una caja con joyas y monedas. De la caja se apodera un joven, quien precisamente en aquel punto viene á robarse á su novia, que ha de pasar en compañía del

viejo, ridículo y adinerado, al cual su padre la destina. Apaleado el viejo por el joven, el caballero andante reta á éste, que le arrebató la mano de mortero, le muele á puntapiés las costillas y queda, finalmente, dueño del campo, del tesoro y de la dama.

Luego, en una venta toma Ralph al ventero—lo mismo que Don Quijote—por el noble señor de un castillo, y le ofrece vengarle sus ofensas; pero se niega á pagarle el hospedaje. No termina este incidente, como la inmortal aventura descrita por Cervantes, con la salida airosa del héroe y el manteamiento del escudero infeliz. Acaba con más fortuna. En vista de la amenaza de meter á Ralph en la cárcel, el especiero y su mujer—que han llegado á convencerse de que son verdades las que ocurren en la escena—pagan al irritado dueño de la fonda la cantidad por él reclamada.

En su proeza siguiente liberta Ralph á las víctimas que el feroz Barbarrosa tiene martirizadas en una cueva. El feroz Barbarrosa, á quien vence Ralph en singular combate, es el barbero, que se ha puesto de acuerdo con el amo de la posada para jugar al protagonista esta broma. Las víctimas son varios personajes, á cual más ridículos, que refieren historias cómicas é inverosímiles. Toda la escena es una grotesca parodia de la aventura de los galeotes.

En la Corte del Rey de Moldavia resiste Ralph

á las seducciones de Pompiona, hija del Rey, para conservarse fiel á Susana, la criada «con uñas negras», que es su novia en Londres. ¡Ligero y desdichado esbozo de Dulcinea! Retorna Ralph á Londres, es electo «señor de mayo» en la fiesta popular de primavera, luego capitán de milicias, y recorre las calles con sus ridículas tropas. Por último, vuelve á su tienda, se pone otra vez el mandil, escapá milagrosamente de morir envenenado por equivocación, se marcha á tierra de moros, lo hiere una saeta, y con la cabeza atravesada se presenta á morir sobre el escenario, prorrumpiendo en ayes desgarradores. ¿No se parece todo esto á uno de los llamados «disparates cómicos», ó á uno de los libros de opereta de nuestros días?

Al caer moribundo Ralph, el especiero y su mujer lo aplauden. El se levanta, saluda y se retira. Confesemos que nada puede haber sobre la tierra menos parecido en el carácter á Don Quijote.

En el otro argumento, cortado varias veces por la historia de Ralph, hay más intriga y acción; pero sin salir tampoco de vulgares límites. Las estratagemas de los dos enamorados para burlar al novio viejo y al padre de la novia, son divertidas. En la que el novio se finge muerto hay cierta reminiscencia de la aventura de Basilio el pobre. La aparición al padre de la muchacha, que cree habérselas con un fantasma del otro

mundo, recuerda también, vagamente, una peripecia graciosísima en la *Teresa de Manzanares*, de Castillo Solórzano, aunque esta novela, de 1664, es muy posterior á la obra de Beaumont y Fletcher.

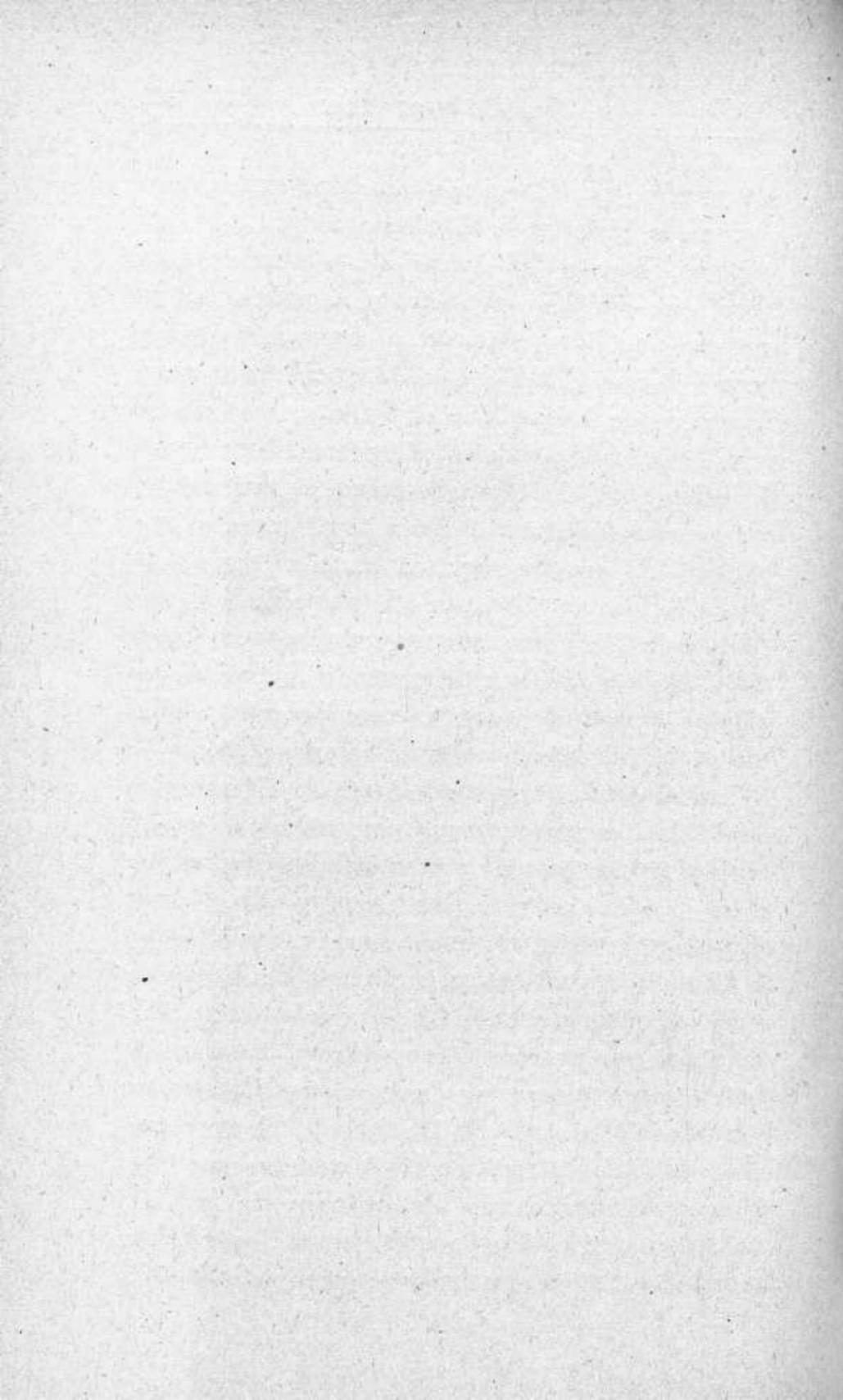
En rigor de verdad, la comedia de los últimos carecería de sobresaliente mérito si no fuera por dos de sus caracteres, que son admirables. Me refiero á Mr. Merrythought, hombre de optimismo extremado, que se propone pasar la vida cantando y riendo y recibir alegremente todas las desgracias. Es posible que semejante tipo sugiriera á Voltaire, tan conocedor del teatro en Inglaterra, la primera idea de su Doctor Pangloss. El otro personaje—aunque menos completo y detallado—es la mujer del mismo Merrythought, madre caprichosa que mal cría un hijo y no ama al otro. La mirada penetrante de Shakespeare hubiera convertido esta mujer en una gran figura dramática.

Fletcher era un gran enamorado del *Quijote*, y así como Shelton tiene la gloria de haber sido su primer traductor, *El caballero de la ardiente mano de mortero* es, probablemente, la primera imitación del «Ingenioso Hidalgo». En el mismo año de 1611, Nathaniel Field, en *Amends for ladies*, y el propio Fletcher, en *The Coxcomb*, aprovecharon para sus argumentos *El curioso impertinente*. Ya sabemos que Flecher colaboró también con Shakespeare en un drama

ó comedia, por desgracia perdido, que se inspiró en la historia de Cardenio.

Estas obras y las numerosas alusiones á su libro, que escribieron poetas y novelistas en Inglaterra aun antes de que la segunda parte saliera á luz en Madrid, ¿las conoció Cervantes? Sabía, desde luego, que el *Quijote*, *La Galatea* y las *Novelas ejemplares* se tenían en mucha estimación, «así en Francia como en los reynos sus convecinos», según dijo en su famosa «aprobación» de aquella segunda parte el licenciado Marqués Torres. Cervantes había oído á varios caballeros franceses que acompañaron á España al embajador Noel Brulart de Sillery, hacer elogios extremados suyos. Pero lo más probable es que ignorara sus triunfos en Inglaterra.

Seguro estaba él, no obstante, de su inmortalidad. En cambio, ni sus compatriotas, ni sus amigos, ni su propia familia habían comprendido, ni podían comprender, su grandeza. Petrarca, Goethe, Víctor Hugo, son excepciones en la historia de los genios. La mano de la muerte sólo les ciñe la corona de la gloria. Cervantes, para los que en vida le conocieron, no era más que uno de tantos escritores como abundaban por Madrid, y que, viejo, asistía, cual otros muchos, á las sesiones de la Academia que don Francisco Silva reunía en su casa de la calle de Atocha. ¡Ceguera increíble! ¡Ya Don Quijote y Sancho Panza cabalgaban por el mundo!



# LA ÉPOCA LITERARIA DE CERVANTES

## I.

Si don Vicente de los Ríos comparó á Cervantes con Homero y el *Quijote* con la *Iliada*, y Pellicer tuvo la más extraña ocurrencia de hallar un parecido notable entre el ilustre español y Lucio Apuleyo, con mucha mayor razón, como hemos visto, se encuentran relaciones entre Cervantes y Shakespeare, que fueron hombres de la misma época y espíritus iguales en la profundidad con que observaron la vida y supieron reproducir las pasiones humanas.

Por otro lado, en Cervantes influyeron grandemente algunos autores italianos de su tiempo, según lo demuestran el *Quijote* y todas sus obras. El influyó, á su vez, en otros contemporáneos suyos fuera de España, principalmente en Inglaterra, y en España misma recibió inspiraciones, á pesar de su genio, de algunos autores cu-

yo<sup>s</sup> nombres recuerda la posteridad, unos porque él también ha contribuído á ello, como el portugués Jorge de Montemayor, otros porque ocupan, en virtud de indiscutibles méritos propios, un alto puesto en la historia de la literatura española, como don Diego Hurtado de Mendoza.

Curioso sería un análisis de las influencias recíprocas de Cervantes y el más profundo y festivo á la vez de sus contemporáneos, el escritor que, sin excluir á Cervantes mismo, hizo gala de poseer el más rico vocabulario castellano, y que á juzgar por su admirable romance *El testamento de Don Quijote* y otros varios de sus rasgos, comprendió el genio de aquél y recibió algo de su inspiración. No es preciso decir que me refiero á don Francisco de Quevedo y Villegas.

Fué Cervantes, además, un espíritu abierto, en el cual es fácil penetrar todo lo que hubo de asimilarse de sus contemporáneos y predecesores. No quiso dar mucha importancia á los libros ni á la erudición; se burló despiadadamente de los que amontonaban citas buscando, como él observaba, autores «que digan lo que yo me sé decir sin ellos», y sin embargo de eso citó mucho, aunque jamás con pedantería y siempre muy oportunamente. Algunas de sus citas revelan devoción constante á ciertos poetas, como vemos que le ocurre con Ariosto.

Fué Cervantes, además de un artista, uno de

los críticos literarios más hábiles y sagaces que han existido, y lo prueban no sólo sus censuras á determinados libros de caballerías y sus elogios á los pocos que elogios merecen, sino sus observaciones, casi siempre atinadas é imparciales, sobre las obras más populares en su tiempo. Fundándose en la inmortal escena del escrutinio, así le juzga el escritor francés Emile Gebhart en su interesante estudio sobre *La librería de Don Quijote*, donde examina también algunas de las relaciones literarias del inmortal autor, sobre todo con los poetas y novelistas franceses del ciclo caballeresco.

Finalmente, puede considerarse á Cervantes como uno de los últimos hombres, en el sentido cronológico, de esa vasta época tan fecunda para el pensamiento humano, que se llama Renacimiento. Desde este punto de vista puede llamársele un contemporáneo de Rabelais y de Bocaccio, y aunque español y por tanto en un medio social que rechazaba, por otra parte, los ataques á la Iglesia, por lo menos abierta y ostensiblemente, y por la otra el espíritu de duda, en sus libros se observa aquel fondo común de libertad de pensar, de independenciamiento de juicio que distingue á los grandes hombres de los finales del Renacimiento en los siglos XVI y XVII.

## II

En los cinco años de su vida que pasó en Italia ó en contacto con los italianos, desde 1570 hasta 1575, aprendió el toscano, según parece á la perfección, cosa de la que siempre hubo de vanagloriarse, y adquirió la tendencia á emplear en español los modismos de esa lengua.

Si entonces hubiera existido una Academia Española, Cervantes, al revés de Quevedo, habría tenido que espurgar grandemente sus obras de los barbarismos que las plagaban para merecer un asiento entre los que «limpian, fijan y dan esplendor» al habla de Castilla. Y digo que esos barbarismos *plagaban* sus obras y no las plagan, porque gracias á él han recibido entre los españoles carta de naturaleza. En aquella época en que la lengua no había aún fijado sus moldes definitivos, eso fué una ventaja. Unido á la influencia italiana que se manifestó con tanto vigor desde la época de don Juan II, puede afirmarse que constituye una de las causas de la admirada riqueza y sonoridad de nuestro idioma.

Uno de los autores italianos que más contribuyeron al vocabulario de Cervantes, y tal vez á sus pensamientos, fué Ludovico Pulci, autor del *Morgante Maggiore*. Pulci perteneció al siglo XV,

nació en 1432 y murió en 1487, y no puede exactamente llamarse de la época de Cervantes; pero en el siglo XVI y en los comienzos del XVII su popularidad en Europa fué extraordinaria. Recordemos que Don Quijote decía «mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y desmedidos, él solo era afable y bien criado.» Aunque el poema de Pulci fué traducido al español por el valenciano Gerónimo Auner, que lo publicó en Valencia en 1535, dudas no pueden existir de que no leyó esa obra Cervantes en la traducción sino en el original. El poema de Pulci es á menudo burlesco y satírico, si bien se eleva á veces á grandes alturas de sentimiento.

Mucho se ha discutido en Inglaterra si el traidor y vengativo Camo, á quien pinta Pulci como la causa principal de la derrota de Orlando en Roncesvalles, sirvió de modelo á la trágica figura de Yago. Dudoso es que Shakespeare conociera á Pulci; pero no que lo conoció Cervantes, y en el tipo de Marguto, glotón epicúreo que acompaña á Morgante en sus aventuras, puede vislumbrarse, tal vez, algún rasgo del carácter de Sancho Panza (1). Pulci, además, según observa

---

(1). Véase sobre el origen de Sancho el admirable discurso de Menéndez Pelayo sobre la *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote*, leído en la

Ginguené, fué el primero en Europa que escribió un extenso poema con un personaje principal del que todos dependen y sin el cual la ac-

---

Universidad Central de Madrid en 8 de mayo de 1905. Menéndez y Pelayo ha descubierto y señalado en este discurso el verdadero original de Sancho Panza, y creo que mis lectores habrán de agradecerme que copie íntegras las palabras del ilustre crítico:

«El tipo de Sancho pasó por una elaboración no menos larga que la de Don Quijote; acaso no entraba en el primitivo plan de la obra puesto que no aparece hasta la segunda salida del héroe: fué indudablemente sugerido por la misma parodia de los libros de caballerías en que nunca faltaba un escudero al lado del paladín andante. Pero estos escuderos, como el *Gandalin* del *Amadis*, por ejemplo, no eran personajes cómicos, ni representaban ningún género de antítesis. Uno sólo hay, perdido y olvidado en un libro rarísimo y acaso el más antiguo de los de su clase, que no estaba en la librería de Don Quijote, pero que me parece imposible que Cervantes no conociera; acaso le había leído en su juventud y no recordaría ni aun su título que dice á la letra: *Historia del caballero de Dios que había por nombre Cifar, el cual por sus virtuosas obras et hazañosos hechos, fué rey de Mentón*. En esta novela, compuesta en los primeros años del siglo XIV, aparece un tipo muy original, cuya filosofía práctica, expresada en continuas sentencias, no es la de los libros, sino la proverbial ó *paremiológica* de nuestro pueblo. El *Ribaldo*, personaje enteramente ajeno á la literatura caballeresca anterior, representa la invasión del realismo español en el género de ficciones que parecía más contrario á su índole y la importancia de tal creación no es pequeña si se reflexiona que el *Ribaldo* es hasta ahora el único antecesor conocido de Sancho Panza. La semejanza se hace más sensible por el

ción sería imposible. ¿No puede verse en esto, por lo menos en el procedimiento, algún germen también de la idea del *Quijote*? El *Morgante*

---

gran número de refranes (pasan de sesenta) que el *Ribaldo* usa á cada momento en su conversación. Acaso no se hallen tantos en ningún texto de aquella centuria, y hay que llegar al Arcipreste de Talavera y á la Celestina para ver abrirse de nuevo esta caudalosa fuente de saber popular y del pintoroso decir. Pero el *Ribaldo* no sólo parece un embrión de Sancho en su lenguaje sabroso y popular, sino también de algunos rasgos de su carácter. Desde el momento en que, saliendo de la choza de un pescador interviene en la novela, procede como un rústico malicioso y avisado, socarrón y ladino, cuyo buen sentido contrasta con las fantasías de su señor «el caballero v'andante», á quien en medio de la cariñosa lealtad que le profesa, tiene por «desventurado é de poco recabdo», sin perjuicio de acompañarle en sus empresas, y de sacarle de muy apurados trances, sugiriéndole por ejemplo, la idea de entrar en la ciudad de Mentón con viles vestiduras y ademanes de loco. El, por su parte, se ve expuesto á peligros no menores aunque de índole menos heroica. En una ocasión le liberta el caballero Cifar al pie de la horca donde iban á colgarle, confundiéndole con el ladrón de una bolsa. No había cometido ciertamente tan feo delito, pero en cosas de menos cuantía pecaba sin gran escrúpulo, y salía del paso con cierta candidez humorística. Dígalo el singular capítulo LXII (trasunto acaso de una *facecia* oriental), en que se refiere cómo entró en una huerta á coger nabos y los metió en un saco. Aunque en esta y en alguna otra aventura el *Ribaldo* parece precursor de los héroes de la novela picaresca, todavía más que el honrado escudero de Don Quijote, difiere del uno y de los otros en que mezcla el valor guerrero con la astucia.

*Maggiore* contiene, además, algunas burlas al espíritu caballeresco en versos agudísimos, aunque está muy lejos de ser una sátira como el libro en prosa de Cervantes.

En 1486, un año anterior á la aparición del *Morgante*, vió la luz el *Orlando Innamorato*, de Matteo Boiardo, á quien llama el cura «famoso poeta» en la escena del escrutinio, inclinándose á perdonar la vida al libraco, *Espejo de Caballerías*, sólo porque demostraba tener «parte de su invención». Tan presente tuvo Cervantes á Boiardo como al Ariosto, y se conoce que hubo de leerle con gran amor, porque hay en el *Quijote* hasta reminiscencias inconscientes de

---

Gracias á esto su condición social va elevándose y depurándose; hasta el nombre de *Ribaldo* pierde en la segunda mitad del libro. «Probó muy bien en armas é fizo muchas cavallerías é buenas, porque el rey tovo por guisado de lo facer caballero, é lo fizo é lo heredó é lo casó muy bien é decíanle ya el *caballero amigo*». Inmensa es la distancia entre el rudo esbozo del antiguo narrador y la soberana concepción del escudero de Don Quijote, pero no puede negarse el parentesco. Sancho, como el *Ribaldo*, formula su filosofía en proverbios, como él es interesado y codicioso á la vez que leal y adicto de su señor, como él se educa y mejora bajo la disciplina de su patrono, y si por esfuerzo de su brazo no llega á ser caballero andante, llega por su buen sentido aguzado en la piedra de los consejos de don Quijote, á ser íntegro y discreto gobernante, y á realizar una manera de utopía política en su *ínsula*.»

sus propias frases, según notó el primer comentador erudito de la gran novela española, el reverendo Juan Bowle en sus *Anotaciones*, publicadas en 1781.

«Porque el caballero andante sin amores (decía Don Quijote) era árbol sin hojas y sin alma.»

Perch' ogni cavalier ch'e senza amore,  
Sen vista é vivo, é v'vo senza core,

dice Boiardo en el *Orlando Innamorato*.

Poeta más ilustre que los dos anteriores fué Ariosto, y más cercano á Cervantes por la época, pues pertenece de lleno al siglo XVI, habiendo publicado su *Orlando Furioso* en el año de 1510. Con su sagaz espíritu crítico comprendió Cervantes la relación que existía entre Boiardo y Ariosto, manifestando que del primero tejió el segundo «su tela». Todos los comentadores del *Quijote* han observado la gran influencia de Ariosto sobre el ilustre autor español. Sembrado está su libro de reminiscencias, citas y observaciones de este poeta.

«Damas, armas, caballe-  
Le provccaron de mo-  
Que cual Orlando furio-  
Templado á lo enamora-  
Alcanzó á fuerza de bra-  
A Dulcinea del Tobo.»

Eso dice, como todos recuerdan, «Urganda la

Desconocida» hablando del Ingenioso Hidalgo, en los comienzos de su historia, y así canta también en el comienzo de su *Orlando* el inspirado Ariosto:

Le donne, í cavalier, l'arme, gli amori,  
Le cortesie, l'audaci imprese io canto.

«Por la repetición de dichas palabras y la mención expresa de *Orlando Furioso*, escribe Clemencín, es claro que en los versos de Urganda indica Cervantes lo que la lectura de Ariosto influyó en la demencia del hidalgo manchego. No lo tenía menos leído el de Alcalá, como se ve por las frecuentes alusiones del *Quijote*: el *Orlando Furioso* y el libro de *Amadís de Gaula* fueron dos de los principales textos de Cervantes.»

Ya antes del *Quijote*, en *La Galatea*, expresó su admiración por el poeta italiano.

«Yo soy—dice en esa obra—la musa *Caliope*, la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso.»

No perdona después, en la escena del escrutinio de la librería de Don Quijote, al capitán don Gerónimo Jiménez de Urrea el atrevimiento de haber traducido en malos versos castellanos los de su poeta favorito. En suma, la novela del *Curioso impertinente* la tomó de una historieta de Ariosto, y según Voltaire decía (descubri-

miento que se apropió en Londres á comienzos del pasado siglo el batallador D. Antonio Puigblanch), el *Quijote* entero no es otra cosa que una imitación del *Orlando Furioso*.

No diré yo tanto; pero es indudable que los tres poemas caballerescos que se acaban de mencionar, de Luigi, Boiardo y Ariosto, tuvieron alguna influencia en la idea que concibió Cervantes de pintar á un hidalgo español con la mollera trastornada por la lectura de las proezas de la andante caballería. Fuera de esto, y de los italianismos que de sus obras tomó é introdujo en la lengua castellana, ningún otro parecido existe entre los tres poetas mencionados y el hijo inmortal de Alcalá de Henares. Ariosto, quizá, como le pintan sus biógrafos, tiene algunos rasgos personales que pueden recordarlo en su vida, porque fué, como él, un hombre dulce y pobre y, á pesar de su fama, mal comprendido de sus contemporáneos.

Otro célebre escritor italiano del siglo XVI fué Jacobo Sannazaro, muerto en 1530, cuando Cervantes tenía diez y siete años. La gloria de Sannazaro no es, tal vez, haber escrito un libro, sino haber dado nacimiento á un género que tuvo popularidad inmensa en toda Europa, y ocupa un lugar en todas las literaturas. La novela pastoril tiene, con efecto, su origen en la *Arcadia*, aunque Cervantes, no por ignorancia sino por descuido, atribuyó á *La Diana*, de Mon-

temayor, la gloria de haber sido la primera obra de esa clase. Con Sannazaro comenzaron los amores bucólicos y las tiernas aventuras de pastores y pastoras que fueron durante tantos años la admiración de las damas. Con él comenzó también aquel empalagoso estilo y aquella extraña mezcla de prosa y verso, para dar entrada á las canciones de los agrestes personajes, y que, sobre falso y contrario á la verdad, tiene el mayor defecto de ser eminentemente aburrido.

Un contemporáneo suyo, el cardenal Bembo, excelente poeta bucólico, fué también en Italia de los autores favoritos de Cervantes.

En Francia, á comienzos del siglo XVII, la época de *La Astrea* de Urfé y de la mayor influencia de Mlle. Scudéry, el mal llegó á ser epidémico. En España, siguiendo el ejemplo de Montemayor, que imitó directamente á Sannazaro, la novela pastoril fué también popularísima por la misma época, poco más ó menos, como puede verse en las obras de los continuadores de *La Diana*, Alonso Pérez y Gil Polo, y en Lope de Vega, que escribió también una *Arcadia*; Luis Gálvez de Montalvo, Bernardo de Valbuena, y entre otros muchos, el mismo Cervantes.

De todas esas obras, sin excluir las italianas y francesas, la única que se lee algo ahora es *La Galatea*, quizá por la sola razón de que la escribió Cervantes. Este comprendió la ridiculez

del género pastoril, y probablemente intentó escribir una tercera parte del *Quijote*, enderezada á combatir esa clase de novelas, como en las dos primeras combate los libros de caballerías; pero la aparición de la obra de Avellaneda en 1614 le hizo cambiar de plan, y dió entonces muerte á su héroe. Bastante dijo, sin embargo, sobre la graciosa determinación de Don Quijote y Sancho de hacerse pastores y cantar por bosques y praderas, el uno las bellezas de Dulcinea y el otro las seductoras gracias de Teresa Panza.

En 1622 Charles Sorel, escritor que tiene, por cierto, la poca envidiable distinción de haber tratado de menospreciar en frases groseras el genio de Cervantes, escribió su *Histoire comique de Francion* y *Le Berger Extravagant*, en la cual intentó matar el género pastoril con el mismo procedimiento del *Quijote*, es decir, pintando un personaje que perdió el juicio con la lectura de *La Astrea* de Urfé, y salió al campo á poner en práctica lo que había leído en su libro. Pero aunque los Sorel sean tantos como imitadores ha tenido el *Quijote*, Miguel de Cervantes Saavedra ha sido uno solo en el mundo. La novela pastoril desapareció con la mejora del gusto y el amor á la verdadera sencillez del estilo, sin afectaciones y falsedades. De los estantes de las bibliotecas de las *preciosas ridículas*, cayeron en el siglo XVII los últimos libros de esta clase que

habían quedado, al eco vibrante de las carcajadas de Molière.

Pero si Italia pudo ofrecer á Cervantes el germen de su *Galatea* y el de su inmortal *Quijote*, más directa influencia tuvo, sin duda, en hacerle concebir la admirable idea de las *Novelas ejemplares*. La *noveletta* italiana fué, según Garnett observa, «el agente más poderoso del bien y del mal» en su tiempo, fuente de inmoralidad y de moralidad á la vez; pero sobre todo, admirable instrumento de arte para la breve pintura de los caracteres y las pasiones. Que Cervantes leería á Bocaccio es indudable, aunque no recuerdo ahora si le cita alguna vez; pero sí hay motivos para creer que conoció las obras de Mateo Bandello, Grazzini, Cinthio, Straparola, y quizá de Giovanni Basile, conde de Morone, tan populares todos durante las épocas de su estancia en Italia.

Bandello y Cinthio tuvieron la gloria de haber sido robados por Shakespeare, si robo puede llamarse transformar en *Romeo y Julieta*, en *Othello* y en *Medida por medida*, las *novelettas* que sobre los mismos asuntos escribieron esos autores, con bastante gracia, pero sin la admirable profundidad del «bardo de Avón». También me inclino á creer que fueron estos dos novelistas los que más leyó Cervantes en Italia. Bandello murió en 1561, y era lombardo. Cinthio murió en 1573, y era de Ferrara. El primero fué más

obseceno. Si *La tía fingida* es de Cervantes y no del autor del *Quijote* de Avellaneda, como creyó Andrés Bello, su espíritu y hasta su lenguaje se inspira directamente en Bandello (1). Fué éste, además, gran observador de las costumbres italianas, y algo de su método puede observarse en la misma inmortal *Gitanilla*. Cinthio era más pulcro, aunque, indudablemente, menos genial. De ambos tomó Cervantes el género, la novela corta de costumbres, que en nuestra época ha vuelto á renacer con vigor tan extraordinario.

Cuando Cervantes caía herido con tanta gloria en la batalla de Lepanto, escribía una de las páginas más bellas de su *Jerusalén libertada* aquel genio de la poesía cuya vida evoca tan melancólicos recuerdos y que pronto había de llenar el mundo con su fama y el dolor de su trágico fin. Torcuato Tasso y Cervantes no tienen á pesar de todo, otro punto de semejanza que el de haber sido contemporáneos. Lope de Vega imitó, sin duda, *La Jerusalén* en un poema mediocre; pero no es de este lugar que señalemos las grandes diferencias entre ambos. Si el sufrimiento crea alguna relación entre los hombres, Tasso y Cervantes fueron espíritus hermanos. Lo mismo puede afirmarse de Camoens, que murió en la miseria cuando Cervantes su-

---

(1). El Sr. Icaza ha descubierto semejanzas entre *La tía fingida* y un cuento del Aretino.

fría aún los riesgos de su cautiverio. Hermanos también por el genio, por el dolor y por la raza, Portugal y España tejen unidas para Cervantes y Camoens sus coronas de gloria.

### III

Pasaremos brevemente en España sobre las obras muy anteriores á Cervantes, pero que, sin duda, influyeron en su genio, entre ellas la admirable *Celestina*, de Fernando de Rojas,

«Libro en mi opinión divi-  
Si ocultara más lo huma-»

y dejaremos á un lado los libros de caballerías, de que se burló con gracia tan inmortal, exceptuando el *Amadís de Gaula*, que fué sin duda el único que le inspiró con justicia gran respeto y todavía sobrevive en la prosa, á ocasiones elegante y sencilla, de García Ordóñez de Montalvo. El juicio de Cervantes sobre *Amadís* es una de las páginas más bellas de crítica que se han escrito en el mundo y que mejor demuestra la serena imparcialidad de su espíritu.

Pero limitándonos á los escritores de su época en España, la comparación es difícil por la distancia inmensa que en mérito los separa, exceptuando quizás á don Francisco de Quevedo, aun-

que por haber influído sobre todos ellos las mismas ideas reinantes, las costumbres y hasta la política del tiempo en que vivieron, en las obras de todos encontramos el fiel espejo de lo que fué España en los siglos XVI XVII.

Que el anónimo autor de *El Lazarillo de Tormes* influyó sobre Cervantes y que en el *Lazarillo* encontramos el origen de la novela picaresca de que es ejemplar tan admirable *Rinconete y Cortadillo*, es un hecho harto notorio para requerir extensa demostración. Pruébanlo las citas de aquella novela que encontramos en las obras de Cervantes. Don Diego Hurtado de Mendoza, á quien por mucho tiempo se atribuyó la paternidad del *Lazarillo*, influyó también notablemente en el autor del *Quijote*. Hay muchas semejanzas en el estilo, no contaminado aún en Mendoza por el mal gusto de los culteranos y siempre límpido y puro en Cervantes, con excepción de algunos trozos de *Persiles y Sigismunda*.

Este es uno de los timbres de gloria del gran escritor, el que mejor demuestra, quizá, la superioridad extraordinaria de su genio literario. Cervantes, sin necesidad de hacer como Lope de Vega gala tan vanidosa de combatir el culteranismo, se mantuvo siempre alejado de su influencia. Lope, en cambio, se contaminó á veces como todos, y en sus comedias tropezamos, y lo mismo en algunos de sus poemas, con trozos tan en-

redados y confusos y tan llenos de extraños giros y palabras, que compiten con los mismos de Góngora, y los que posteriormente afearon las mejores obras de Calderón. Hasta Quevedo, en sus escritos serios en prosa, si no culterano del todo, se hincha á veces y adopta un tono afectado y ceremonioso. Cervantes nunca. La prosa de Cervantes corre suave y ligera, sin buscar efectos falsos y emocionando por la única razón de su sinceridad. Como escribía con tan notable sencillez, poniendo en sus frases lo mejor de su alma, de aquí que su estilo haya sido siempre inimitable. Cervantes en el mundo podría sólo volver á escribir en estilo *cervantesco*, y como para remedarle es preciso tratar de fingir lo que era en él un modo de decir tan espontáneo y natural, sus imitadores resultan grotescos á fuerza de afectación. De esta regla no puede exceptuarse ni al mismo suramericano Juan Montalvo, que como imitador de Cervantes se ha hecho tan famoso.

Hay que tener en cuenta, además, y en esto se fijan pocos, que en Cervantes hay dos estilos, el propiamente suyo y el que usa para burlarse de los libros de caballerías, en su mayor parte escritos en lenguaje anterior al de su época. Los que remedan á Cervantes suelen, por esta razón, sin saberlo, y de ello tenemos bastantes pruebas en el propio Montalvo, usar giros y palabras del siglo XV en lugar del español, casi semejante

ya al nuestro, de la segunda mitad del siglo XVI y el XVII.

Quevedo fué de un vocabulario más rico, y gran número de sus palabras han caído en desuso; pero careció de la gracia especial, de aquel modo único, elegante y sencillo de tornear la frase, por el que ha dado Cervantes su nombre á la lengua castellana.

El estilo de Lope de Vega es bien diferente. A Lope faltábale en prosa la facilidad estupenda, el peregrino donaire con que superó en verso no sólo á Cervantes sino á cuantos poetas ha habido en España. Las novelas del *Fénix de los ingenios* se caen de las manos. *La Arcadia*, además de insulsa, es de una monotonía insupportable, y el *Peregrino en su patria*, á pesar de alguno que otro rasgo—como el que según George Borrow es el mejor cuento de fantasmas que existe en el mundo, *the best ghost story*—cuesta trabajo leerle. Cervantes no tuvo, en cambio, el don de versificar que distingue á Lope, aunque en el *Viaje al Parnaso* y en el mismo *Canto de Caliope* se hayan descubierto descripciones felices. Decía él que nunca tuvo de poeta

«la gracia que no quiso darme el cielo»,

pero, en cambio, fué poeta en el más alto sentido de la palabra, «el primero entre los españoles», como escribió Menéndez Pelayo, si por

poeta hemos de entender el creador de tipos inmortales y el que conmueve las fibras más honradas del corazón humano.

Tampoco fué Cervantes un autor dramático como Lope, y sus obras en este género le colocan muy por debajo de Tirso, de Alarcón y de Moreto. Pueden compararse á él estos autores por haber creado tipos universales en la historia literaria. El *Don Juan*, de Tirso, ha recorrido el mundo, inspirando á Molière, á Byron y á Zorrilla. Al don García de *La verdad sospechosa* no pudo sustituirle ni Corneille con el héroe de su *Menteur*. Moreto, el autor de *El desdén con el desdén* y de *El lindo Don Diego*, es el verdadero creador de la comedia de costumbres y caracteres, resucitada después en España por Moratín, en prosa y dentro de los tímidos moldes de las unidades clásicas. Pero fuera de ese punto especial de semejanza que puede hallarse en todos los grandes escritores cuando llegan á un grado de excelsa superioridad, nada veremos en Tirso, Alarcón y Moreto, comparable con Cervantes.

En Calderón, tampoco, aunque no fué estrictamente su contemporáneo, y perteneció al reinado de Felipe IV. Calderón, á quien se ha mencionado tantas veces hablando de Shakespeare y de Goethe, fué un espíritu opuesto al de Cervantes. Carece en absoluto de *vis cómica* y le sobran, á pesar de su profundidad, afecta-

ción y lirismo. Los graciosos de Calderón—sin exceptuar el célebre Clarín—se ha dicho acertadamente que son los personajes de menos gracia salidos jamás á la escena.

Se cita muy á menudo á Boscán, Garcilaso y Herrera entre los grandes contemporáneos dignos de mención al ocuparnos de Cervantes. Que leyó éste en su juventud con gran amor á Garcilaso y lo mismo á Herrera es cosa que no se puede negar, por ser tan evidente en sus escritos; pero tampoco puede compararse á ellos en ningún otro aspecto. Quizás con los Argensolas podría descubrir la crítica algún punto de contacto, sobre todo en sus obras menores en verso.

Pero mayor semejanza con Cervantes habríamos de hallar en los novelistas de su mismo tiempo que pintaron también las costumbres españolas. Vélez de Guevara, Vicente Espinel, Salas Barbadillo y el insoportable Andrés Pérez—ó quien fuera el autor de *La Pícará Justina*—, aunque de méritos tan distintos cuando entre sí se les compara, carecen, sin embargo, de títulos bastantes para resistir un paralelo con el autor del *Quijote*. El único escritor de costumbres que cabe citar con respeto cuando se habla de Cervantes, por serle éste deudor de frases é ideas que constan en el mismo *Quijote*, es Agustín de Rojas, quien de tan maravillosa manera pintó la vida de los cómicos en el *Viaje entretenido*.

## IV

Volvamos la vista á Francia. Para Rabelais nada en el mundo hay tan sano como la risa, y cuando evocamos la memoria de Cervantes justo es siempre consignarle un recuerdo. Hijo del siglo XV—nació en Turena allá por 1495—sus carcajadas llenaron el siglo XVI y aun contraen los labios de la posteridad. ¿Supo alguna vez Cervantes que Rabelais había existido? ¿Tuvo noticias de Gargantúa y de Pantagruel, aquellos dos gigantes tan llenos de plácida alegría? ¿Se enteró de que en la tierra se había escrito el viaje inimitable de Panurgo? Probablemente no. Cervantes, con excepción de las novelas de caballerías, «desas que tratan de las cosas de Francia», como decía el cura, tuvo pocas lecturas de libros franceses. Ignoró—¡qué lástima!—que un hermano menor suyo en el genio, *Alcofribas Nasier*, había vivido reinando el «caballero» monarca Francisco I, que le protegió é hizo merced, como no supo hacerlo con él—Cervantes—el estúpido y vulgar don Felipe III.

Rabelais pudo reír á mandíbula batiente de todo aquello que Cervantes respetaba ahogando la risa. La Iglesia, los frailes, aquellos frailes ante quienes Cervantes se inclinaba, y *más siendo*, como Lope de Vega, *familiares del*

*Santo Oficio*, fueron el blanco entero de las bur-las rabelesianas. Fraile él mismo, médico tam-bién, ¿qué cosa en el mundo no era digna de su risa? Ahora se acaba de descubrir, como quien dice—aunque pudiera ser muy bien fan-tasía de erudito—que retrató al mismo Francis-co I en la figura de Panurgo. ¿Y por qué no? Panurgo «era el más disoluto y bribón de la tierra». ¿No lo fué Francisco I? Panurgo fué á la vez «el hombre más virtuoso del mundo». ¿No lo fué también, según algunos, el hermano de Margarita de Navarra? El hombre, para Ra-belais, puede serlo todo á un tiempo: ángel y demonio. De la misma manera creía y probó Cervantes que un loco puede ser la persona de mejor juicio en su época. La vista finísima de los genios distinguen siempre esos extraños con-trastes del sér humano.

En la época de Rabelais penetraron en Fran-cia los libros de caballerías. *El Amadís de Gau-la* fué traducido del español, de 1540 á 1548, por Herberay des Essarts, é hizo las delicias de Francisco I. Rabelais no pudo burlarse de esos libros destinados á morir más tarde á ma-nos de Cervantes; pero no se contagió con su falso idealismo. Rabelais es naturalista, tanto como puede serlo el mejor escritor de nuestros tiempos; escéptico como un parisiense de la época de Voltaire; obsceno, á ocasiones, como el mismo Pedro Aretino. Cervantes no llega ja-

más á ninguno de esos extremos. Su risa es benévola y sana. Ríe de Don Quijote abiertamente, y la posteridad es la que ha venido á comprender que se reía también de todo el mundo. Rabelais no es tampoco de la talla de Cervantes, como no puede Panurgo equipararse á Sancho Panza.

Después de Rabelais, y dejando á un lado á Margarita de Navarra—directa heredera de Boccaccio—, la figura más saliente que hallamos en la literatura francesa para compararla á nuestro autor es la de Montaigne. Vivió á la vez que Cervantes: había nacido en 1533. Cuando éste publicaba *La Galatea* en Madrid, era alcalde electo de la ciudad de Burdeos. En 1580 publicó sus *Ensayos*, cuando Cervantes regresaba del cautiverio, y murió en 1592, antes de haberse engendrado el *Quijote* en una cárcel. Entre Miguel de Montaigne y Miguel de Cervantes no hay relación alguna por el género de sus obras. Ninguna obra del español ilustre se asemeja á los *Ensayos*, ni en su vida tuvieron parecido. Montaigne pasó su existencia, dulce y tranquila, entre libros y entre amigos. Cervantes tuvo pocos libros, y su amigo más fiel fué el infortunio.

Pero hay algo quizás en que pudiera descubrirse entre ambos una semejanza notable. Montaigne analizó el corazón humano en sí mismo. Se retrató moralmente de diversos modos;

escribió en sus *Ensayos*, paso á paso, la historia de su alma. Para Rousseau fué un *falso sincero*. Su falsedad, sin embargo, si es que existe, logra despertar profunda simpatía. Cervantes quizás se analizó también del mismo modo, pero en un espejo. Si es cierta la afirmación de que se describió moralmente en Don Quijote (y que puso en él mucho de su alma no puede negarse), ¿qué análisis mejor, qué mejor retrato? El procedimiento, sin embargo, es tan distinto, que la semejanza resulta muy lejana. Por una sola cualidad puede comparárseles en literatura. Ambos fijaron su lengua; y así como el francés ha decaído después de Montaigne, según observa Sainte Beuve, el castellano también ha decaído después de Cervantes.

Montaigne fué un moralista. Cervantes, un novelista. Lo mismo puede decirse en este caso de La Rochefocauld y La Bruyère, y hasta del buen *Lafontaine*. El moralista describe y juzga. Cervantes no juzga. Lanzó sus personajes inmortales al mundo, y los entregó, como Dios su obra, á las disputas de los hombres.

Para encontrar en Francia otro genio, si no igual, parecido á él, hay que volver al teatro y entrar de lleno en la segunda mitad del siglo XVII. Molière fué también un creador de tipos inmortales, el censor implacable y severo de una falsa literatura y uno de los grandes burlescos de la familia de satíricos que comenzó

riendo en Grecia, con Aristófanés, y acabó en el siglo XVIII detrás de las barras de la jaula de Swift.

Alceste tiene mucho de Don Quijote en la nobleza, pero no en su juicio de los hombres y la vida. Alonso Quijano no fué un misántropo, ni soñó en morir aislado del mundo y lejos del trato de los hombres. Amaba las princesas, las galas, los torneos. Dulcinea fué siempre casta y pura á sus ojos, y no tuvo Don Quijote, como Alceste, que sufrir el desengaño de haber puesto su amor en una frívola coqueta. ¡Pobre Molière, que así pintó las torturas de su alma! Sancho Panza tampoco es Tartuffe. Las mentiras de Sancho son los expedientes de un rústico labriego para salir de un mal paso, jamás la hipocresía engañosa del que finge la virtud siendo un malvado. Entre todos los personajes de Molière, el que más puede parecerse á Sancho es el célebre Monsieur Jourdain en una parte de la vida del escudero: cuando éste se viste de gobernador y sale á tomar posesión de la ínsula. Pero Sancho no pierde nunca su buen sentido. Su encumbramiento súbito le hace más lógico, y bajo el traje de caballero, que tan mal le sienta, no abandona jamás su claro juicio de aldeano.

La burla del francés es muy distinta de la burla del español. La *moquerie* no es la sana y ruidosa risa del hidalgo que abandona un ins-

tante la seriedad de su traje negro y su aspecto grave para entregarse al buen humor y á la chanza. El francés tiene siempre la sonrisa en el labio. Aquellos retratos de Molière, aquel busto suyo que vemos en el vestíbulo de la Comedia Francesa, en París, en que aparece tan serio, tan pensativo, tan melancólico, ¿acaso no puede ser un error del artista? Molière sufrió mucho, y tal vez lloró más cuando los hombres no le veían. El que tanto ridículo echó sobre los maridos burlados fué—y es cierto que lo sabía—uno de ellos. Pero la gravedad de su rostro es más propia de Cervantes. *Le bon rire gaulois*—que nunca llega á la carcajada ruidosa—no abandona al francés en ningún lance de la existencia. Sobre los labios de Molière sentaría bien una sonrisa, como sienta su grave continente de hidalgo orgulloso en los retratos, nada auténticos, del «padre» de Don Quijote.

## V

Viviendo Cervantes, Shelton tradujo el *Quijote* y lo publicó en Londres en 1612. Philips volvió á traducirle en 1676. La de Motteux también es una traducción antigua, y contiene el primer boceto biográfico de Cervantes.

Desde entonces los ingleses amaron á Cer-

vantes tanto como los españoles. El *Quijote* es un libro tan popular en Inglaterra como las obras de Shakespeare, y el inglés es la lengua que presenta más numerosas traducciones de la inmortal novela.

Fueron también los ingleses los primeros en imitarla. Conocemos ya la comedia de Beaumont y Fletcher, representada en 1611. El *Hurdibras*, de Butler, es también del siglo XVII, y en el XVIII la literatura cervantina llena importantes páginas de la historia de Inglaterra. Fielding y Smollet son hijos de Cervantes. Sterne le imitó en su *Viaje sentimental*, remedando en una página imperecedera el encuentro de Sancho con su ruico. «Sin el *Quijote*—dice el crítico inglés Roscoe—nos veríamos privados de algunas de nuestras mejores obras.» Ya sabemos que influyó grandemente el ilustre *Manco de Lepanto* en el pensamiento inglés de su época; que la traducción de la primera parte de su libro por Shelton se publicó durante su vida, y que Shakespeare debió haberla leído, y hasta es posible también, el original castellano.

Cervantes, como dramaturgo puede compararse á Marlowe en *La Numancia*; pero no tiene ningún otro rasgo parecido á Ford, á Massinger ó á Ben Jonson. El último es rigurosamente clásico, y Cervantes, á pesar de las teorías, que desarrollan sobre las comedias en su diálogo el cura y el canónigo del *Quijote*, no respetó las

reglas aristotélicas, ni trató de imitar la comedia antigua. Su semejanza con Shakespeare consiste también en el vigor intenso de su representación de la vida y de los hombres.

Para encontrar quien haya podido en el mundo inventar y describir tan gráficamente como Shakespeare y Cervantes, hay que volver la vista atrás y fijarla en el siglo XIII en la figura majestuosa de Dante. La percepción que ellos tuvieron fué mágica. Concibieron un hombre, un tipo, y lo concibieron de modo tan perfecto en sus poderosas imaginaciones, que al lanzarlo al mundo adquirió la misma vida de los hombres nacidos de mujer. ¿Quién desconoce en la tierra á Otelo? ¿Quién á Sancho? ¿Quién á Romeo y Julieta? ¿Quién á Don Quijote? Viven y hablan como nosotros; los sentimos; los palpamos, y sin embargo—¡oh, generosas almas!—, cuando no los queremos en la soledad de nuestras lecturas, se apartan de nuestro lado y se disuelven en la sombra, para volver tan pronto como los llame nuestra fantasía...



# APENDICES

## I

### SOBRE LA «TÍA FINGIDA»

La paternidad de *La tía fingida* ha de prestarse á discusiones mientras no se descubra un documento de la época en el cual se declare quién fué el autor de la admirable novelita. Pero de esto á negar que sea de Cervantes media un mundo. Precisamente la mayor dificultad estriba en suponer que sea de otro.

«Es posible, no probable—dice el señor Fitzmaurice-Kelly—, que se llegue á demostrar que es de Cervantes *La tía fingida*. Lo que, en verdad, resulta muy difícil es sugerir siquiera el nombre de otro autor de su tiempo capaz de haberla escrito.»

En igual razonamiento se funda el señor Bonilla y San Martín (véase su edición de *La tía fingida*. Madrid, Suárez, 1911) para creer, como creyeron Arrieta, Navarrete, Mesonero Romanos, Gallardo, don Aureliano Fernández-Guerra, Asensio y varios más, que la historia de las mal-

andanzas de Doña Claudia de Astudillo y Quiñones y su sobrina, «la señora» Doña Esperanza de Torralba Meneses y Pacheco, salió del ingenioso taller en que se forjaron las de Rinconete y Cortadillo.

Si don Andrés Bello indicó que *La tía fingida* pudiera ser obra del autor del *Quijote* de Avellaneda, nace esta equivocación extraña de la errónea idea que del mérito y los procedimientos de Alonso Fernández de Avellaneda tuvieron algunos críticos del siglo XIX. La semejanza de frases y hasta capítulos enteros de Cervantes y Avellaneda se atribuyó por aquellos críticos á que el último había leído, antes de darse á la prensa, el manuscrito de la segunda parte del *Quijote*. Pero Avellaneda, según probé con muchas citas textuales en mi folleto *Cervantes y el Duque de Sessa* (La Habana, 1909), copió de la primera parte del *Quijote*, no de la segunda, todas las frases, pensamientos y escenas que tienen en su obra un sabor cervantesco.

Lo que en el *Quijote* de Avellaneda recuerda, pues, á *La tía fingida* es también del huerto de Cervantes, y en número infinitamente menor á las coincidencias de estilo que han señalado los señores Apraiz y Bonilla y San Martín entre esta novela y las obras indudables del Manco de Lepanto.

Muchas más pudieran señalarse aún, porque la tan discutida novela ofrece manantial inago-

table de reminiscencias cervánticas. Si por el estilo, el vocabulario y las ideas se pueden distinguir dos escritores, ¿cómo negar que Cervantes escribió *La tía fingida*, ó que el autor de ésta imitó á Cervantes? E imitación llevada á tal extremo cosa es, en verdad, casi sobrehumana.

Véase, por ejemplo, entre los otros centenares de indicios parecidos, la igualdad de consonantes del soneto de *La tía fingida* y de otras producciones en verso del autor del *Quijote*. La observación es del mismo señor Bonilla. Se puede imitar la *manera* de Cervantes; pero es mucho fijarse ya en que, teniendo la palabra *esperanza* más de ciento cuarenta consonantes en castellano, Cervantes la rima siempre con *alcanza, andanza ó mudanza*. Esto no puede ser imitación, ni tampoco casual coincidencia. Se trata de uno de los amaneramientos en que caen forzosamente, y por grandes que sean, los escritores rápidos y fecundos.

En todas las artes ocurre lo propio. En los amaneramientos de los pintores ilustres se fijaba Morelli para descubrir los autores de cuadros antiguos. Mas en pintura las falsificaciones son menos difíciles que en el arte literario. Con Morelli puede afirmarse que desapareció su ciencia. No hay gran museo de Europa y América que no esté plagado de cuadros hechos en nuestros días por maliciosos embaucadores y atribuidos

á artistas de la Edad Media y el Renacimiento. Pero ¿qué falsificación literaria—exceptuando, tal vez, los *Viajes de Juan de Mandevilla*, y por causa, sin duda, de la época especial en que salieron á luz—ha podido subsistir largos años?

La memoria humana no es capaz de recordar, para emplearlas ó suprimirlas al antojo, todas las palabras y frases de una lengua que se usaron en un siglo y no en otro, en una región y no en otra. El genio precoz de Chatterton no le sirvió para ocultar su delito. Macpherson vivió lo necesario para ver que el mundo no creía en los poemas de Ossian. Bastó que don Rufino J. Cuervo fijara su atención en el estilo del bachiller Gómez de Cibdarreal, para que se desvaneciera toda fe en la autenticidad del famoso *Centón epistolario* del pretendido médico de don Juan II. El abate Marchena no mantuvo más de un día su burla sobre el descubrimiento de un trozo de Petronio. A pesar de su pasmosa erudición, don Adolfo de Castro no pudo engañar á nadie con el texto de su *Buscapié*. Desde luego, no es *La tía fingida* una falsedad de esta clase, pues ha resistido las miradas más penetrantes y escudriñadoras, incluso la de Wolf.

El eminente cervantista don Francisco A. de Icaza ha descubierto en *La tía fingida* parecidos tales con una novela de Pietro Aretino que casi la colocan, si no del todo entre las traducciones, entre las imitaciones al menos más fieles

á su original. Llamárasele hoy, después de las comparaciones entre ambos textos hechas por el señor Icaza en una interesantísima disertación pronunciada en el Ateneo de Madrid, la «adaptación» al castellano de una historieta italiana. Sin embargo, no pierde *La tía fingida* su mérito como cuadro de costumbres españolas en el siglo XVII, ni por mucho que aparezca en ella copiado del Aretino quedan destruidas las razones que indujeron á tantos críticos ilustres, desde Arrieta hasta nuestros días, á considerarla obra de Cervantes.

Casi imposible sería citar una gran obra literaria del Renacimiento que no sea, en mayor ó menor escala, lo que llamaríamos hoy un plagio. Con el criterio de que *La tía fingida* «no puede ser» de Cervantes porque contiene párrafos, frases é ideas traducidos de una novela italiana, y este procedimiento no es el de un gran escritor, quedarían reducidos á la mediocridad los más insignes poetas, novelistas y dramaturgos de la edad de oro del pensamiento humano.

¿Acaso no se conocen los originales de casi todos los dramas de Shakespeare? ¿No se conocen los de casi todas las obras de los clásicos franceses del siglo de Luis XIV? Cervantes, como el buen Molière, tomaba «lo suyo» donde lo veía. «De esto hay en el *Quijote* más de lo que se cree», dice en su admirable comentario el señor Rodríguez Marín, quien observa que la se-

renata de Don Quijote en el palacio de los duques es una traducción de Bembo. Aducir aquí todas las pruebas de las copias hechas por Cervantes sería cuento de nunca acabar. «Ningún lector cuidadoso de *La Galatea*—dice el sabio Fitzmaurice-Key—puede dudar que su autor tenía la *Arcadia* de Sannazaro sobre su mesa ó se la sabía casi de memoria». Larga es la lista que aduce luego de «conscientes imitaciones» cervantescas de la novela pastoril italiana. Menéndez y Pelayo dice que, «si no fuera por el respeto que debemos á su memoria», se podrían borrar sin reparo de las obras de Cervantes las muchas páginas que robó á León Hebreo. Don Manuel Cañete, asombrado de las frases entejas de Agustín de Roxas que hay en el *Quijote*, llegó á sospechar, sin razón, que el autor del *Viaje entretenido* conoció la gran novela antes de haberse impreso en 1605.

Hasta de novelista tan obscuro é infeliz como el médico de Salamanca Alosó Pérez, que continuó en 1564 la *Diana*, de Jorge de Montemayor, copió Cervantes sin el menor escrúpulo—según ha probado el profesor Rennert, de Filadelfia—todo el texto de la carta á Nísida, uno de los pasajes principales del libro tercero de la ya citada *Galatea*.

Nada digamos de Montemayor mismo, ni de Gil Polo, ni de Agustín de Rojas, ni de otros á quienes puso á contribución el autor sublime del

*Quijote*. Ya otra vez he dicho, al hablar de los cacareados «plagios de Cervantes», que ninguna de sus víctimas tiene talla para alcanzarle siquiera á la rodilla. Ahora he de añadir que lo propio ocurre á Pietro Aretino, y que el hecho de que *La tía fingida* se inspire en una novela del último, lejos de probar que no sea obra de Cervantes, resulta para mí otro indicio de que lo es. Precisamente en la lengua toscana, que el ilustre escritor se vanagloriaba tanto de conocer fué por donde más hubo de entregarse al mero deo su alegre musa.

Conocida es la gran afición de Cervantes á las novelas cortas de la escuela italiana. ¿Qué tiene de extraño, por consiguiente, que una vez más se inspirara en un género tan de su agrado? ¿En qué se opone el hecho de que copiara del Aretino—después de todo lo que se acaba de consignar—, á que *La tía fingida* sea una de las obras suyas que, según él escribió, «andan por ahí descariadas y quizá sin el nombre de su dueño»?

No porque copiara de otros merece menos nuestra admiración cuanto puso de su propia alma en sus obras inmortales. ¿Se puede afirmar en absoluto que no hay en *La tía fingida* esos rasgos originales de su genio? ¿No se siente en aquellas páginas su «garra de león»? ¿No se ven los colores de su paleta? ¿No son esas escenas de la vida española las que él únicamente ha

sabido describir con realismo no igualado todavía? Sólo Goya, en otro arte, nos presenta algo parecido, y por esta razón el sagaz Gallardo—que estudió y comparó hasta en sus matices más tenues cada obra de los clásicos del siglo de oro—, dijo que *La tía fingida* es un «cuadro goyesco», lo que corresponde á decir, en nuestra literatura castellana, un cuadro de Cervantes.

## II

### DOS CENTENARIOS

#### *Algo más sobre Cervantes y Shakespeare.*

Cervantes y Shakespeare no murieron el mismo día, como generalmente se repite. Ambos, es cierto, aparecen haber fallecido el 23 de Abril de 1616; pero Cervantes por el calendario gregoriano, que regía ya entonces en España, y Shakespeare por el de Julio César, conservado en Inglaterra hasta 1752. El calendario gregoriano avanzaba unos diez días sobre el juliano en 1616. Nuestro 23 de Abril correspondió entonces en Inglaterra al 3 de Mayo.

Mas esto en nada perjudica al propósito laudable ni al amplio espíritu del Real decreto en que el Gobierno español acuerda un homenaje

á Shakespeare cuando se conmemore en España, en 1916, el tercer centenario de la muerte de Cervantes. A los dos se puede aplicar, ampliándolo para el caso, el famoso pensamiento de Ben Jonson sobre el primero:

«No á una nación sola, no á una edad sola honran, sino á todos los tiempos y á todos los hombres.»

\* \* \*

Cervantes y Shakespeare se asemejan por el vigor de sus intelectos y la bondad de sus razones; pero en la vida los separaron diferencias notables de carácter y de fortuna. Cervantes fué siempre un soñador incorregible. Shakespeare jamás dejó que los vuelos de su fantasía lo apartaran de las realidades de la tierra. Casado joven y pobre, dejó á su mujer en el pueblo—Stratford upon Avon—y marchó á pie á la capital en busca de empleo. En la profesión del teatro halló renombre y riqueza; pero grado por grado, desde los puestos más humildes. No acometió extraordinarias aventuras. No realizó más viajes que los de Stratford á Londres y Londres á Stratford y las excursiones por el país en los negocios de su compañía. Tampoco se distinguieron éstos por el azar y la incertidumbre que acompañaban á los errantes cómicos franceses pintados por Scarron ó á los descrip-

tos con mano maestra por nuestro Agustín de Rojas.

Shakespeare nada confió á la casualidad; todo á la discreción. En medio de los desórdenes y escándalos de actores y de autores, vivió serenamente y halló el bienestar y el respeto. Sus dolores morales, ya rico y célebre, fueron de un orden muy privado: la muerte de su padre, la de su hijo, ó la ingratitud de un amigo, la infidelidad de una amante, el disgusto de su oficio de cómico, que consideraba vil y contrario á sus inclinaciones á la virtud; en suma, los hondos torcedores revelados en sus sonetos, si realmente se pueden considerar autobiográficos. En 1611 se retiró de la escena. En 1613 cesó de escribir, y consagró sus últimos años á su familia, á su pueblo natal y al cuidado de sus intereses materiales. Sus ganancias de autor y empresario las empleó en tierras. Conoció—como Cervantes nunca lo supo—el valor y la importancia del dinero. Ayudó á sus amigos en tribulación; pero cobró á sus deudores. Intervino por amistad en el amorío desdeñado de una joven y persuadió al novio á casarse con ella. Ayudó á una de sus hijas, casada, á perseguir, con éxito, ante los tribunales á un calumniador... Fué la şuya, en resumen, la existencia vulgar de un buen burgués. ¡Cuán diferente la de Cervantes, que es toda una tragedia digna de la pluma de Shakespeare!

Literariamente tuvo éste enemigos, mas tan pequeños que no pudieron turbarle. Amado del público, protegido de los nobles y los reyes, pudo mirar con olímpico desdén los pocos dardos que le disparó la envidia. En cuanto á Cervantes, conocemos sus titánicas luchas contra Lope, el libelo de Avellaneda y la indiferencia general de sus contemporáneos hacia el más ilustre español de todos los tiempos. Pero como si el destino se arrepintiera de ser con el uno tan pródigo, tan avaro con el otro, cambió su actitud por completo después de la muerte de ambos. La gloria de Shakespeare ha sido y es aún la más combatida de todas las glorias, y la posteridad ha recibido con menosprecio las escasas censuras hechas á Cervantes.

De nada sirvió á Charles Sorel haber demostrado talento para combatir las novelas pastoriles en Francia en el siglo XVIII. Su crítica grotesca del *Quijote* lo cubrió de ridículo. El genio de Lesage, segundo sólo de Cervantes como autor de un libro deleite del género humano, tampoco lo redime de la culpa de preferir á la gran obra del mismo Cervantes el engendro de Avellaneda. ¿Quién no conoce las cruelísimas sátiras que, por idéntica razón, cayeron sobre el erudito y estafalario D. Blas Nasarre? Fitzmaurice-Kelly recuerda la frase desdichada de aquel inaguantable *poseur* Barbey d'Aureville (según el cual las gracias del *Quijote* eran propias de

arrieros) y la saeta mortífera de Víctor Hugo:

*«Barbey d'Aurevilly, ce sinistre imbecile».*

La Humanidad culta no perdona las blasfemias contra Cervantes. Ni Clemencín se libró del sambenito de pedantería por analizar su estilo con espejuelos de gramático. Los defectos del *Quijote* considéranse como las manchas del sol, invisibles á nuestros ojos é incapaces de disminuir la luz. Si subsiste la conciencia de las cosas del mundo más allá de la vida terrenal, Cervantes, como Homero, puede reírse de los zoilos.

\* \* \*

No así Shakespeare. Después de su muerte, la tiranía puritana prohibió las representaciones escénicas, y hasta la Restauración hubo un paréntesis en la historia del arte dramático inglés. Al abrirse los teatros de nuevo, volvieron, naturalmente, á usar el repertorio antiguo, mientras se creaba otro más en consonancia con la época. Shakespeare siguió representándose. Tuvo aún discípulos y continuadores. El último fué Shirley. Mas ¡cuánta diferencia entre la estimación de los dramas shakespirianos por todas las clases sociales en tiempo de Isabel I y el desprecio con que hablaban entonces de Shakespeare los que presumían de cultos é inteligentes! Una frase muy citada del famoso diario de Pepys,

en la cual estima una pobre traducción de una comedia española de la decadencia superior á *Otelo*, basta para indicar los descarríos del gusto público. Al retornar de su emigración á París Carlos II y sus nobles, impusieron en todo la imitación francesa. Ni los elogios al genio de Shakespeare por Dryden pudieron devolverle el aprecio de los ingleses. Predominó el teatro clásico del mismo Dryden, correcto, armonioso, y Shakespeare, tan irregular y violento, cayó en el desdén ó el olvido.

Francia reforzó este desdén. Voltaire, que había comenzado admirando á Shakespeare cuando estuvo en Inglaterra, acabó por presentarlo como el prototipo de todas las ridiculeces y desafueros contra el sentido común. Eco de la crítica volteriana fueron las notas de Moratín á su traducción de *Hamlet* al castellano; pero eco bien débil: en Francia, en el siglo XVIII, se reían de Shakespeare más aún que en España después se rieron las personas cultas de Comella. ¿Sabéis por qué Mercier vivió aislado y sin amigos dentro de la propia Academia Francesa, á la cual pertenecía? Pues, sobre toda otra causa, porque admiraba la profundidad y el arte realista de Shakespeare. Ducis creyó necesario corregir las obras de éste, revistiéndolas «de una forma más literaria». ¿Quién se atreve hoy á contar de otro modo la historia de Don Quijote ó poner en forma mejor las *Novelas ejemplares*?

En fin; preciso fué la poderosa protesta de los Schlegel y de Lessing en Alemania y en Francia—ya en pleno siglo XIX—la enérgica reacción del romanticismo, para que la humanidad volviera á enterarse de que (según los versos de Roberto Browning), «entre mil poetas que fijaron su mirada en la vida, uno solo llegó á ser Shakespeare».

*«A thousand poets pried at life,  
and only one amid the strife  
rose to be Shakespeare.»*

Pero no hace muchos años, un profesor de Literatura en la Universidad de Illinois, de cuyo nombre no quiero acordarme, resucitó como propios los aludidos gracejos de Voltaire y de Moratín. Tolstoi tuvo también la tontería de querer asombrar al mundo negando los méritos de Shakespeare. ¿Tan flaca será nuestra naturaleza que al través de los siglos sienta el genio envidia por el genio? Nada de extraño tiene, por consiguiente, que otro profesor, y no de los Estados Unidos, sino de Francia, haya levantado su voz contra «Shakespeare y la superstición shakespiriana». Tal es, en efecto, el título del libro dado á la imprenta en París en 1914 por M. Georges Pellisier, quien como cosa nueva repite lo que Voltaire escribió y amplió luego Nisard en su lucha desesperada contra los románticos; es decir, que la simetría, el

buen gusto y el refinamiento sólo se hallan en los clásicos franceses del siglo de Luis XIV. Voltaire y Nisard, al menos, sabían inglés. M. Pellisier, según lo prueba el insigne Edmond Gosse en un admirable artículo, sólo conoce á Shakespeare por la traducción de Emille Montégut. *Nihil novum*: en su célebre *Cuadro de París*, poco antes de principiar el siglo último, aquel mismo Mercier ya citado, aludió burlescamente «á los que no saben inglés y hablan contra Shakespeare».

Mas si la memoria de Shakespeare únicamente sufriera las críticas de los Pellisier, tranquilos podían estar sus adoradores. Lo triste, como todo el mundo sabe, es que se le niega hasta la paternidad de sus obras; y aun cuando la mayoría de los que tal hacen se conforman con atribuírlas á Bacon, otros les buscan los autores más diversos, hasta el punto de que apenas hay nombre ilustre en Inglaterra en el siglo XVII, desde Raleigh hasta Rutland, sin un campeón para endosarle los inmortales dramas.

La diversidad de las teorías es la indicación más firme de que ninguna se apoya en pruebas fehacientes. En el supuesto de que hay una clave reveladora del secreto oculto en los dramas de Shakespeare y en las obras de Bacon, se han presentado numerosas soluciones. Pero combinando las letras de un libro, ó de una página y hasta de una sentencia gramatical,

¿quién no puede leer cuanto quiera? Desde Miss Delia Bacon, una norteamericana á quien primero se le ocurrió esta teoría, hasta Sir E. Durning-Lawrence, fallecido recientemente y autor del volumen titulado *Bacon es Shakespeare*, los baconianos, y en general los adversarios de la atribución de las obras de Shakespeare á Shakespeare, no han presentado hasta ahora otra clase de pruebas.

Han sembrado, sin embargo, la duda, porque grande es el número de personas que se representan á los autores, en algún modo, parecidos á sus héroes ó con sus propias experiencias. Para tales gentes resulta inverosímil que el creador de un *Hamlet*, un *Otelo* ó un *Lear* haya sido un buen señor de la clase media, apacible, práctico y sin grandes aventuras. Olvidan que cada hombre puede llevar en sí la experiencia de infinitas generaciones, y sobre todo, que, por humilde su cuna, por modesta su familia, puede llevar también dentro de la cabeza un mundo. ¡Necia idea la de que este libro sublime ó aquella acción heroica no los pueden haber hecho sino hombres con tales ó cuales virtudes, méritos y sabiduría! ¿Quién es capaz de saber toda la sublimidad, heroísmo y grandeza del hombre llamado Guillermo Shakespeare? ¿Quién sabe nunca todo lo que puede, en general, hacer ó no hacer un hombre?

Pero no es la teoría baconiana mi principal

argumento, sino el contraste entre Shakespeare y Cervantes en sus vidas y después de sus muertes. Si no fuera irónica, como debe sospecharse, la tesis mantenida recientemente por un crítico inglés de que Bacon escribió también el *Quijote*, podría decirse que ni aun la dicha póstuma es completa jamás. Por fortuna, este detalle, si no descarga al pobre Shakespeare de sus desgracias de ultratumba, tampoco altera el augusto reposo del Príncipe de los Ingenios españoles.

• \* \*

Los materialistas dirán que es preferible la suerte de Shakespeare á la de Cervantes. Los que aspiran á las dulces y justas compensaciones del más allá verán en la gloria de Cervantes el merecido galardón de sus dolores en la existencia. Mas sea como fuere, una conclusión muy triste se impone, y es que la humanidad no merece ni á Cervantes ni á Shakespeare. Ni los contemporáneos que desconocieron al uno; ni la posteridad, que denigra ó niega al otro, están á la altura de los dos. ¿Vale la pena, después de haber derramado la sangre por la patria y de haber sufrido los tormentos de la esclavitud, escribir el *Quijote* para vivir y morir en la indiferencia y hasta el menosprecio de sus compatriotas? ¿Vale la pena crear el teatro de Sha-

Shakespeare para que lo desprecie M. Pellisier ó se le atribuya á Bacon?

Lo cierto es, á pesar de estas tardías rectificaciones de los centenarios, que la única y verdadera recompensa de los genios, cuando han aumentado con su arte el tesoro de la felicidad humana, consiste en el intenso, en el íntimo placer de la creación, comprensible sólo para los artistas. ¿Lo creyeron así también Shakespeare y Cervantes? Ello explicaría el desdén de Shakespeare por la gloria y la burla de Cervantes á las ilusiones de su juventud caballeresca.

## ADDENDA

En la página 121, como nota, después de los versos de «Urganda la Desconocida», léase lo siguiente:

Lope fué sentenciado en 1588, y Jerónimo Velázquez lo perdonó en 1595, con lo que pudo volver del destierro. Las alusiones evidentes hechas en el *Quijote* á toda esta aventura, indican que Cervantes escribió su novela, ó, al menos, notables episodios de la misma, con gran anterioridad á las fechas de publicación de la primera parte y la segunda. Los versos preliminares de la primera, tal vez hasta el prólogo, debieron hacerse á raíz de la sentencia que obtuvo Velázquez contra el *Fénix de los ingenios*, ó cuando el hecho estaba muy fresco aún en la memoria de los contemporáneos. Lo mismo se puede afirmar, con respecto á la segunda parte, sobre la alusión á Angélica, que, como veremos en seguida, va derecha contra Lope y Elena Osorio, y de la burla ya citada al duque de Sessa en la aventura de la Condesa Trifaldi. El *Quijote*—y de ello hay otros muchos indicios—se compuso á largos intervalos y pausas, en la agitada vida de su inmortal autor.

Aunque al imprimir su libro Cervantes en 1605 ya habían transcurrido diez años del perdón de Velázquez á Lope y veinte, en 1615, cuando se publicó la segunda parte, no borró el gran novelista sus burlas sobre ese proceso (hechas, probablemente, cinco ó seis años antes), por razones muy obvias: El público, ó, mejor que el público, la gente de los mentideros y corrillos de la corte, no había olvidado el tropiezo de Lope de Vega ni el escándalo en que se vió envuelta la familia de cómicos que hubo de perseguirlo. La heroína de esta tragicomedia real vivía aún, llamando siempre la atención. Elena Osorio, con efecto, según los papeles publicados por Pérez Pastor y Tomillos, alcanzó una edad avanzada y murió en 1637. Y ¿puede negarse que cuanto se relacionara con la vida íntima de Lope de Vega, quien sobrevivió, como sabemos, á Cervantes, era motivo de constante murmuración y recuerdo lo mismo en 1605 que en 1615? En cuanto al duque de Sessa, porque hubiera dejado de llamarse conde

de Cabra en 1606, aunque siempre llevó el título en segundo término, ¿iba nadie á ignorar en 1615 á quién se dirigían los dardos de Cervantes?

En la página 105, después de las palabras «encantados» por el astuto Merlín, léase esta nota:

(2) Cervantes no hizo mas que recoger hechos muy públicos y rumores muy extendidos. «No satisfecho aún (Lerma) con tal cúmulo de poder y tanta independencia, puso impedimentos á la comunicación, antes libre, de la familia real... Ofendióse tanto la vieja emperatriz María, hermana de Felipe II, y tía del príncipe reinante, que estaba en Madrid, en el convento de las Descalzas Reales, y comenzó á mostrar su desagrado de tal suerte que, á creer algunas memorias del tiempo, por huír de ella fué el trasladar la corte á Valladolid...». CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Historia de la decadencia de España desde Felipe III hasta Carlos II*; Madrid, 1910, pág. 63. «Fué tal, en tanto, la particular influencia de Lerma sobre su soberano y tal el espíritu supersticioso que iba invadiendo la península, que el citado Contarini da por cierto que muchos de buena fe sospechaban ya que á Felipe III le tenía su ministro hechizado.» IBID: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*; Madrid, 1911, pág. 181. Aunque en 1615 la emperatriz había muerto, Cervantes tendría escrito ya este episodio con mucha anterioridad, y sobre todo la situación en Palacio y el rumor de los hechizos continuaban iguales.

En la página 140, y como continuación de la nota, debe leerse lo que sigue:

Llamar D. Luis de Avila á D. Luis de Zapata, que fué el verdadero autor del libro á que se refiere Cervantes en el escrutinio, es una de sus confusiones al hacer citas, de que habló Clemencin. El poema de Zapata se titula *Carlos famoso*, y fué impreso en 1566. La obra de Avila es el *Comentario de la guerra de Alemania*, publicada en 1548. Véase sobre Zapata el interesante *Discurso de recepción en la Real Academia Española* por D. Juan Menéndez y Pidal, 1915.

# INDICE

Páginas.

*Prólogo*..... 5.9

## I

### VIDA DE CERVANTES

El genio y la naturaleza humana.—Semejanzas entre el genio y el hombre vulgar.—Ejemplos de Villon, Cellini, Maquiavelo y Bacon.—Ejemplos de Casanova y Pepys.—Escaso valor de los juicios que forman sobre sí mismos los grandes escritores.—Ejemplo de Lope de Vega. Una frase de D. Aureliano Fernández Guerra. Cervantes no fué un santo.—Exageración de los cervantómanos.—La tiranía del vientre según Rabelais..... 11-19

## II

Nacimiento de Cervantes en Alcalá de Henares. Su familia en Córdoba.—Rodrigo de Cervantes, *el Sordo*.—La nobleza de su familia.—Abundancia de nobles en España.—Los árboles genealógicos.—El cocinero de D. Federico de Cardona, según Mme. d'Aulnoy.—Nobleza del criado del conde de Froeber.—Superioridad del dinero sobre el linaje, según Sancho. Pobreza general de la nación en tiempos de Cervantes.—Los apuros monetarios de Felipe II. «Poner una pica en Flandes».—Quiebra de Felipe II.—Educación de Cervantes.—Discípulo

- de López de Hoyos.—Viaje á Italia.—Vida militar.—Lepanto.—Testimonios de heroísmo. El cautiverio en Argel.—Los informativos.—Sufrimientos y temple de alma de Cervantes. El rescate.—Cervantes debió su libertad á que el d'nero no alcanzó para rescatar á otro cautivo por quien pedían mayor suma los moros de Argel.—Actividad y bondad de alma del P. Juan Gil.—Sin el auxilio de este fraile, Cervantes hubiera muerto ignorado en Constantinopla.—¿Intentó realmente Cervantes sublevarse en Argel y conquistar este reino?—La epístola á Vázquez.—Diferencia entre el genio literario y el hombre de acción.—Cervantes no fué un Rienzi ni un Masianelo, ni conquistó imperios más efectivamente que Don Quijote.... 19-30

## III

- 1580.—Desembarco en España.—Fracaso del último informativo.—¿Volvió á servir Cervantes en el Ejército ó la Armada?—Misión á Orán.—Empeña unos lienzos á Napoleón Nomelín.—*La Galatea*.—Matrimonio de Cervantes con doña Catalina de Palacios.—Las tradiciones de Esquivias.—La hija adulterina de Cervantes, Isabel.—Ana de Rojas.—Escaso éxito inmediato de *La Galatea*.—El teatro.—Las obras dramáticas de Cervantes.—Lope de Vega se alza con el cetro de la monarquía cómica..... 31-38

## IV

- En el silencio del olvido.—Traslado á Sevilla.—1888.—Empleo en el Comisariato de la Armada.—Don Diego de Valdivia.—Humildes empleos.—Petición de un Gobierno en América.—Fracaso de este intento.—Prisión en Castro del Río.—Cesante.—Primer alcance en sus cuentas.—Cervantes se acuerda otra vez de su pluma de autor dramático.—El contrato con Oso

Páginas.

- rio.—La sombra de Lope de Vega.—Su sueldo mayor: diez reales diarios.—Muerte de su madre.—1594.—La recaudación de Vélez-Málaga. Simón Freire de Luna se alza con los fondos. Acusaciones contra Cervantes.—Nuevo alcance en las cuentas.—1597.—Prisión en Sevilla.—1598 á 1603.—Residencia en Sevilla.—Tomás Gutiérrez, el mejor amigo de Cervantes.—Francisco del Aguila le sale fiador por unos paños de tela para cubrir su desnudez.—Jerónimo de Vargas, procurador, le presta también fianza. Viajes por la Mancha.—Persecución del Fisco. Leyendas de Argamasilla.—La cárcel del *Quijote*.—El arcipreste de Hita, el canciller López de Ayala y Silvio Pellico.—La protesta de Cervantes..... 38-43

## V

- La risa y el infortunio—1604.—La familia en Valladolid.—Tomé Pinheiro da Vega.—La fama de Lope.—Contraste entre la vida de ambos. Cervantes, pobre y sin amigos.—Lucha por abrirse paso.—La burlesca dedicatoria del *Quijote* á Béjar.—Enemistad entre Cervantes y Lope.—Lo que dice Avellaneda.—Prólogo del *Quijote*.—Ridículo lanzado sobre Lope de Vega. El *Quijote* de Avellaneda.—Triunfo final de Cervantes..... 43-56

## VI

- 1605.—En Valladolid.—La causa por muerte de Ezpeleta.—Conducta infame del alcalde Villarroel.—Enredos de familia.—Ediciones del *Quijote*.—Su editor le adelanta 480 reales.—Actividad literaria de Cervantes de 1615 á 1616.—Muerte de sus hermanas.—Gloria y pobreza. Socorros.—Toma los hábitos de San Francisco. Su muerte y entierro.—Los contemporáneos y la posteridad..... 56-63

## UNA ULTIMA DESGRACIA DE CERVANTES

- Motivos de Cervantes para querer ir á Nápoles.  
 Matrimonio de Isabel.—Isabel Molina y Urbina.—La casa en la Red de San Luis.—Cómo deben ser juzgadas las mujeres de la familia de Cervantes.—Inocencia y resignación del gran hombre.—Error de los que pretenden que fuera un Don Quijote..... 65-71

## EL «QUIJOTE» Y SU TIEMPO

## I

1604-1605.

- ¿Qué año se imprimió el *Quijote*?—La carta de Lope de Vega en agosto de 1604.—*La pícaro Justina*.—¿Quién fué Andrés Pérez?—Popularidad del *Quijote* en 1604 y 1605.—Prisa de Cervantes en componer su libro.—Sus descuidos.—Sus variaciones de ideas y de plan.—El escrutinio de la librería de Don Quijote se escribió después de la aventura de los molinos de viento y el combate con el vizcaíno.—Estos incidentes aparecían en la primera salida, cuando el hidalgo iba sin escudero.—Introducción de Sancho, cambio de orden en los capítulos y frase que se le olvidó borrar á Cervantes en el capítulo II.—El indicio de los ataques á Villalonga, según Rawdon Brown..... 73-79

## II

## POBREZA Y ESPÍRITU DE AVENTURAS

- Situación de España cuando apareció el *Quijote*.—Pobreza general y de los nobles.—«Los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire». El horrible desgobierno.—La realidad y la fantasía.—El *desempeño* del conde de Villa-

longa y el yelmo de Mambrino. — Pobreza y prodigalidad. — Los testimonios extranjeros: Brunel, la condesa d'Aulnoy, Villars.—Don Quijote malbarata sus bienes.—Demostración naval contra el Gran Turco en 1613.—Burla de Cervantes.....	79-86
---	-------

## III

## EL MAL GOBIERNO

Los enormes tributos.—Guerra del Fisco á la industria, la agricultura y el comercio.—Los tributos impuestos por los Austrias parecen «adrede imaginados» para hundir á España.—Los vinos.—Batalla de Don Quijote contra los cueros de vino tinto.—Embargos por orden del Rey del oro y plata de particulares que venían de América, y su pago en papeles sin valor. El tributo sobre la harina.—El gran discurso del procurador Alarcón.—Abandono de la agricultura.—Tributos á la ganadería.—Lamentos de un ganadero á Sancho Panza.—«Iglesia, mar, ó Casa Real».—La muchedumbre eclesiástica. Remedios propuestos.—Observación de Don Quijote sobre el número de religiosos.—Nada buena voluntad de Cervantes á los eclesiásticos.—El eclesiástico de casa de los duques.—¿Llamó Cervantes á los frailes <i>satanases del infierno</i> ?—Burla á la Inquisición en el <i>Quijote</i> . La Inquisición, sin embargo, no observa en el libro nada que la agravie.—La expulsión de los moriscos.—Evidente ironía de Cervantes al aplaudir esa medida.—Simpatía que despierta Ricote.—Cervantes nota que hay «libertad de conciencia» fuera de España.—Robos á los moriscos.—Estragos causados por la expulsión.—La corrupción de los Tribunales de justicia, según el <i>Quijote</i> .—La historia de Roque Guinart.—El Gobierno, impotente para reprimir á los bandidos.—El virrey de Cataluña «peor ladrón» que Guinart.....	86-100
---	--------

## IV

## EL DUQUE DE LERMA

Responsabilidad de Lerma y de Olivares.—Consejos de Don Quijote á Sancho alusivos á Lerma.—Altanería y soberbia del duque.—Sus robos.—Cuarenta y cuatro millones arrancados al rey.—El proceso de Lerma.—Más sobre el conde de Villalonga.—Las cosas más difíciles, dice un personaje del *Quijote*, se obtienen en la Corte por el favor y las dádivas.—Adónde iban los dineros del rey.—Los cien escudos de Sancho hallados en Sierra Morena.—Exactitud de la pintura de Lesage en *Gil Blas*.—Los amigos de Lerma sólo obtenían los buenos destinos.—Fracaso de Cervantes en su empeño de ser gobernador, y observación sobre esto de Don Quijote á Sancho Panza.—Lerma sube la moneda de vellón, como una panacea semejante al bálsamo de Fierabrás.—Lerma tuvo «encantado» al rey.—La aventura de la cueva de Montesinos es un ataque al duque de Lerma, representado en Merlín.—El rey, representado en Durandarte.—La emperatriz Doña María, representada en Belerma.—El lujo de Lerma.—Consejos de Don Quijote á Sancho sobre sus libreas como gobernador, y las libreas de Lerma en 1612.—Lo que dijo el padre René Rapín sobre Cervantes y Lerma.—Lerma no es Don Quijote.—Superioridad de éste sobre el duque..... 100-111

## V

LOS LIBROS DE CABALLERÍA Y LA SÁTIRA  
DE CERVANTES

«La palabra honrada de un gran hombre», según Ticknor.—El *Quijote*, sin embargo, como la obra literaria más amplia, humana y profunda que se ha escrito, no puede ser la mera parodia ó burla de un género de novelas.—Poca im-

## Páginas.

portancia de los libros de caballerías en aquella época.—Una observación de Menéndez y Pelayo.—Origen de la idea del <i>Buscapié</i> .—Daniel Defoe y Cervantes.—El testimonio de Alonso Fernández de Avellaneda.—El <i>Quijote</i> , <i>Gargantúa y Pantagruel</i> y los <i>Viajes del Capitán Gulliver</i> .—Aspecto político de estas obras.—La política en la literatura y el teatro.—El <i>Passagero</i> de Suárez de Figueroa.—Necesidad de comentar el <i>Quijote</i> como la <i>Divina Comedia</i> .—Los primeros comentadores fueron ingleses.—Gayton y Bowle.....	111-118
---	---------

## VI

## EL DUQUE DE SESSA Y LOPE DE VEGA

El duque de Sessa, conde de Cabra, atacado por Cervantes en el <i>Quijote</i> .—Aventura de la condesa Trifañdi.—Los versos de <i>Urganda la Desconocida</i> y el proceso de Lope de Vega por Jerónimo Velázquez.—El viejo alcahuete y hechicero de la aventura de los galeotes, otro ataque á Lope de Vega.—El hechicero Rosicler y Lope.—Angélica y la Osorio.....	118-124
--	---------

## VII

## CERVANTES Y EL «QUIJOTE»

La amargura del *Quijote*.—El éxito del libro no aumentó el prestigio personal de Cervantes.—Felipe III nunca se ocupó del gran novelista, aunque sí de Lope de Vega y Jorge de Montemayor.—La anécdota de Don Felipe III y el estudiante que leía el *Quijote*, inventada por Mayans y atribuída á Baltasar Porreño.—Cervantes, siempre pobre y sin influjo.—Por su infelicidad le procesó Villarreal.—Los sufrimientos de Cervantes, reflejados en su novela.—Su noble compasión á sus contemporáneos.—La tris-

- teza del *Quijote*.—Comparación de su sátira con la de Rabelais y Savift.—Por qué todo noble corazón admira á Don Quijote.—La página dolorosa que hizo llorar á Heine.—Cervantes no censuró á España con ojos de enemigo porque era un español y amó á su patria con honda ternura.—Fué también un caballero andante, que lidió contra el egoísmo de los hombres.—El *Quijote*, l'bro melancólico de las experiencias de un viejo á quien la vida no agota la grandeza del alma.—Una frase de Emile Montegut..... 124-133

## VIII

## LA MORAL DEL «QUIJOTE»

- El mal aspecto del quijotismo.—Explicaciones de Cervantes.—Unico sentido en que el *Quijote* puede ser una censura contra España.—El romance de D. José Carrillo.—Proporcionar nuestros empeños á nuestras fuerzas, la moral del libro, según Prescott..... 133-137

## IX

## INGLESES Y ESPAÑOLES.—CARLOS V Y LA DECADENCIA DE ESPAÑA

- El quijotismo inglés en la época de Cervantes. La expedición de Raleigh en busca del Dorado.—*Westward Ho!*—Los ingleses, románticos.—España decayó por emprender empresas superiores á sus fuerzas materiales.—Carlos V comienza la serie de quiebras en la Hacienda española.—Semejanza entre Carlos V y Don Quijote.—Las fiestas de Blins.—La aventura de los leones.—Los españoles, sin recursos, se mantuvieron contra el mundo entero.—El *Quijote* no es un libro simbólico. 137-143

## X

## CERVANTES Y VELÁZQUEZ

- Cervantes, genio gráfico.—El único español que se le iguala, Velázquez.—La verdad, como inspiradora de ambos.—Superioridad del arte literario sobre el pictórico.—Las grandes síntesis de Cervantes, según Klein.—Shakespeare, Goethe y Cervantes..... 144-146

## XI

## DON QUIJOTE

- Don Quijote no es tampoco Carlos V, ni un hidalgo de Esquivias.—Lo que tiene de Cervantes y de Amadís.—Cuándo Don Quijote deja de ser un español y se convierte en un tipo universal.—«Muchos son los andantes..., pocos los que merecen nombre de caballeros».—Don Quijote, el primero entre los caballeros.—Cervantes arranca la máscara á la hipocresía.—La frase más amarga que se ha escrito.—El último desengaño.—Injusticia de Byron contra Cervantes.—Injusticia de Lope de Vega.—Los caballeros andantes inferiores á Don Quijote.—Oriana y Dulcinea.—Dulcinea y la Purísima Concepción.—Dónde está Dulcinea y cómo se puede verla.—La locura de Don Quijote.—Don Quijote y Hamlet.... 147-157

## XII

## EL BUEN SANCHO

- Falstaff y Sancho Panza.—La castidad, el valor y la lealtad de Sancho.—Butler y Fielding, al imitar el tipo de Sancho en sus obras, lo juzgaron cobarde erróneamente.—Una equivocación de Beránger.—La escena pintada por Smirke.—Sancho gobernador..... 158-164

## XII

## LOS DEMÁS PERSONAJES

- El cautivo.—El incidente de Dorotea.—Una observación de Clemencín.—Fondo bondadoso de los personajes del *Quijote*.—Excepción de los duques.—Don Alvaro Tarfe.—Sansón Carrasco.—Los incidentes.—Filosofía y resignación de Cervantes.—El *Quijote*.—Su mayor recompensa..... 165-175

LA IDEA DEL «QUIJOTE» EN INGLATERRA,  
DESDE CHAUCER HASTA BEAUMONT Y  
FLETCHER

## I

## SIR THOPAS Y DON QUIJOTE

- Semejanzas entre Chaucer y Cervantes.—Los cuentos de *Canterbury*.—Un precursor de Clavileño.—Sir Thomas, abuelo indigno de Don Quijote..... 177-187

## II

CERVANTES Y SHAKESPEARE.—LA HISTORIA  
DE CARDENIO

Fracaso de los que han llevado á Don Quijote á la escena.—Influencia de la literatura española sobre la inglesa en tiempo de los Tudor. Shakespeare y sus contemporáneos.—Shakespeare se inspira en la *Diana*, de Montemayor. También en una novela de Antonio de Esclava.—Colabora con Fletcher en *Cardenio*, obra dramática sacada del incidente de Dorotea en el *Quijote*.—¿Leyó Shakespeare el *Quijote* en español, ó sólo en la traducción de Shelton?

Páginas.

El manuscrito de <i>Cardenio</i> , destruído en 1613. ¿Dió Shakespeare el mismo desenlace de Cervantes á la historia de Dorotea?—¿Cómo serían Don Quijote y Sancho descriptos por Shakespeare?—Contraste entre Shakespeare y Cervantes.....	187-196
--	---------

## III

## LA PRIMERA IMITACIÓN DEL «QUIJOTE»

Un sueño del doctor Brandés.—Beaumont y Fletcher y <i>The Knight of the burning pestle</i> .—Argumento de esta obra y sus semejanzas con el <i>Quijote</i> .—Ralph, imitación de Don Quijote.—¿Conoció Cervantes sus triunfos en Inglaterra? .....	196-205
--	---------

LA EPOCA LITERARIA DE CERVANTES	207-235
---------------------------------	---------

## APENDICES

## I

SOBRE «LA TÍA FINGIDA»	237-244
------------------------	---------

## II

## DOS CENTENARIOS

Algo más sobre Cervantes y Shakespeare.....	244-254
---	---------

ADDENDA	255-256
---------	---------



## Algunas erratas advertidas.

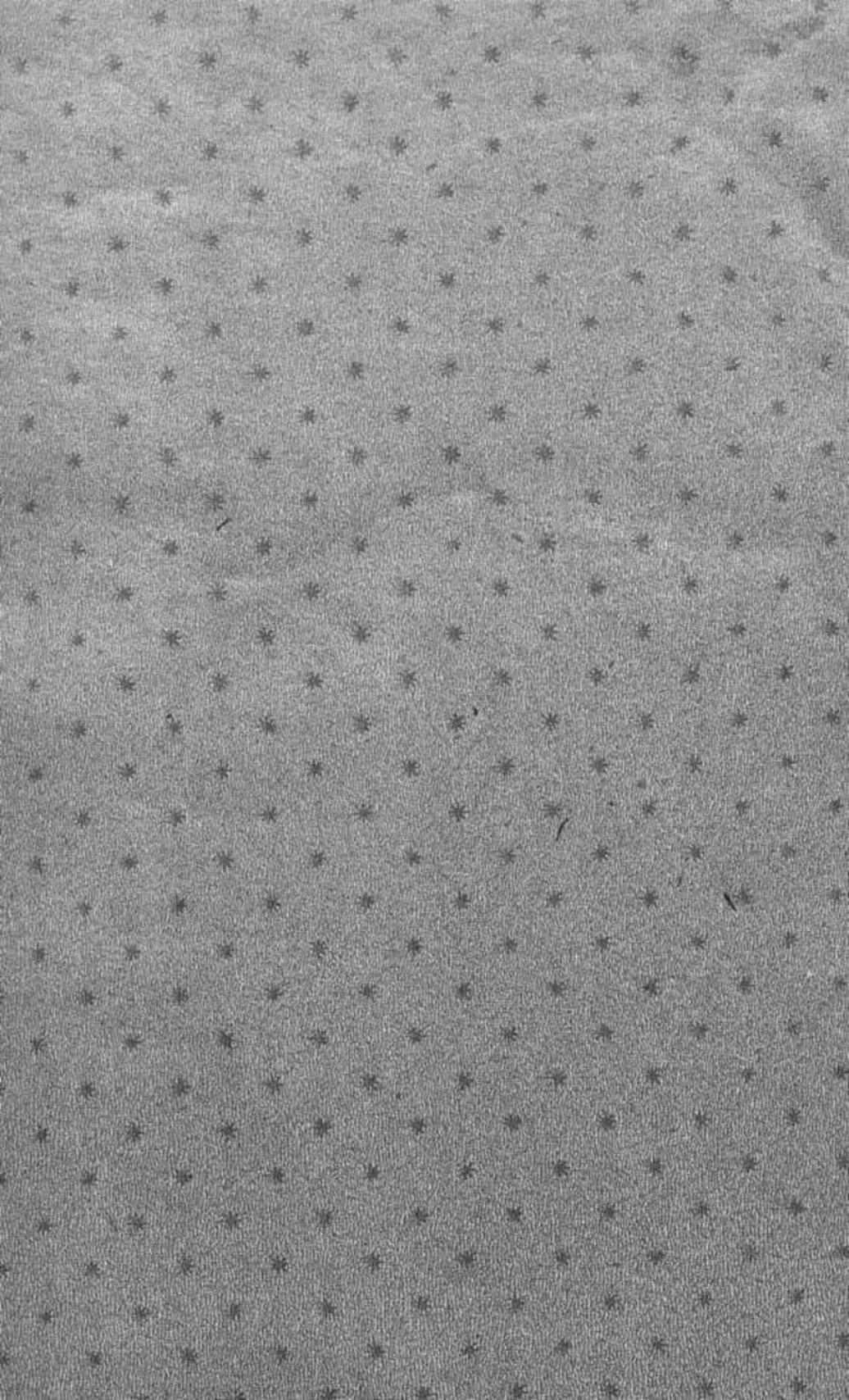
PÁGINAS	DONDE DICE	DEBE DECIR
6	París	Paris
56	posteriad	posteridad
62	ditancia	distancia
105	1611	1601
119	1906	1606
121	Haber latines rehu-	Hablar latines rehu-
138	historia	histórica
144	VIII	X
147	IX	XI
152	Se escribe	Se describe
158	X	XII
165	X	XIII









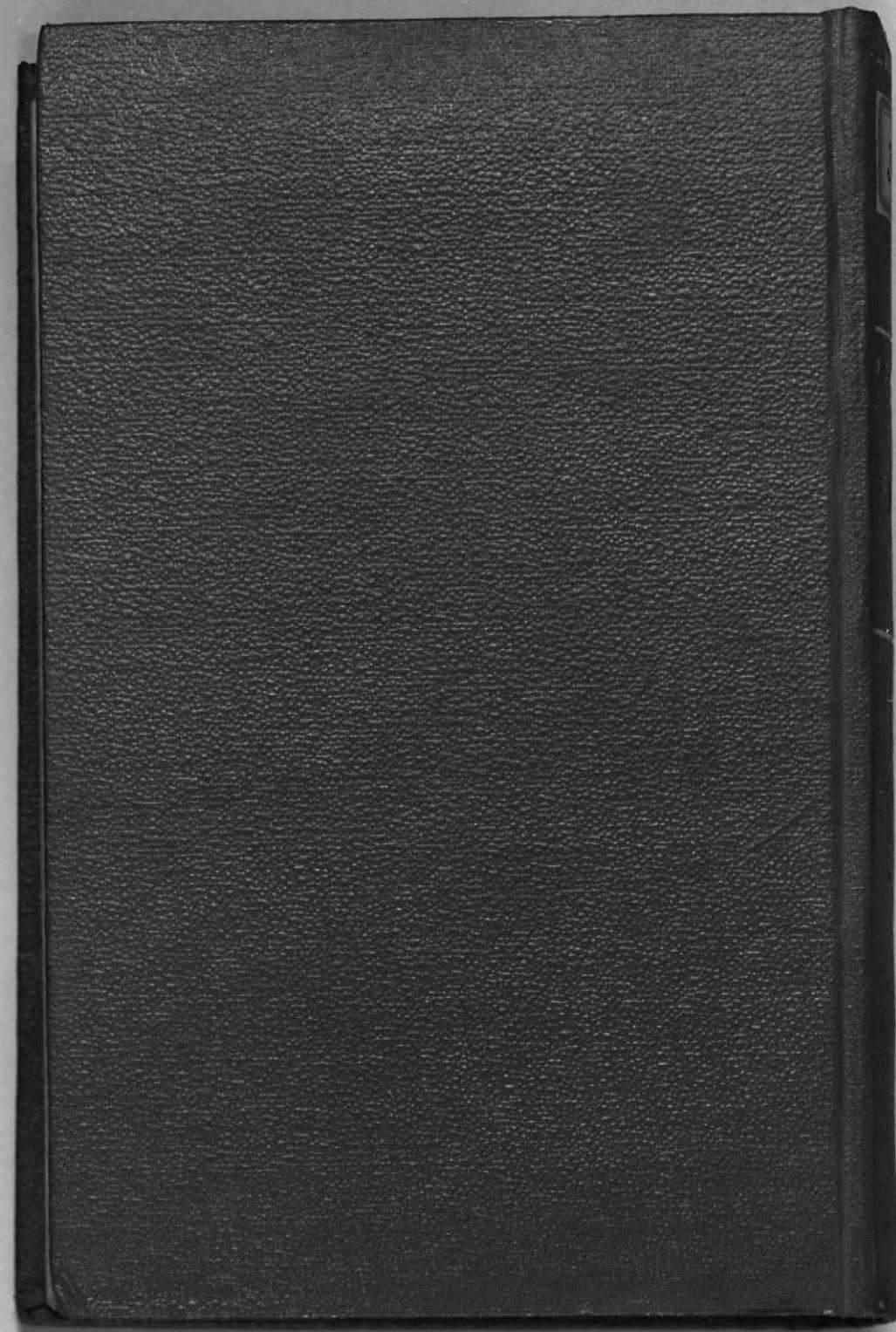


# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.	3038	Precio de la obra.....	.....
Estante..	63	Precio de adquisición.	.....
Tabla.....	5	Valoración actual.....	.....
Número de tomos....		.....	.....



3038.

J. DE ARMA

---

NO OULIATE

---